

MENSAJES ocultos

LIZZIE QUINTAS



MENSAJES
ocultos

LIZZIE QUINTAS

Título: *Mensajes Ocultos*

© 2019, Lizzie Quintas

De la maquetación: 2019, Meiga Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2019, Nerea Pérez Expósito (www.imagina-designs.com)

De la corrección: 2019, Isabel No

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Mi psicóloga me ha recomendado que escriba una novela. ¿Por qué? Simplemente para sacar lo que tengo dentro, y que ella conoce tan bien, además de que me encanta el mundo literario. De pequeña me embelesaba Harry Potter y ese estupendo mundo mágico, en el que deseaba vivir como una más y correr grandes aventuras.

No sé si puedo decir que soy buena escribiendo o que de las letras que junte salga una buena historia o si sabré transmitir realmente los sentimientos que me embargan cada vez que lo recuerdo, lo que sí es que os contaré los hechos tal y como ocurrieron.

Pero antes creo que lo mejor, será que empiece presentándome.

Mi nombre es Liabeth. Sí, es muy raro y muchas veces he deseado cambiármelo, pero ¿qué le vamos a hacer?, demasiado papeleo para cambiar un nombre. Mi madre quería hacer un homenaje a su madre y a su abuela, mujeres muy importantes para ella, lo entiendo, pero la combinación no es muy bonita que digamos; aunque al final acabé acostumbándome y como todos me llamaban Lia no me parecía demasiado horrendo, a no ser que tuviera que escribirlo en exámenes y cosas oficiales.

A pesar de las burlas y todo lo que supuso en mi infancia mi nombre, hice muy buenas amigas. Mi pequeño grupo lo formaban Montse, Nuria, Lidia, Esther y un par de chicos: Chechu y Javier. Con ellos pasaba las horas muertas en clases, jugábamos en los recreos y a medida que crecíamos hablábamos de chicos, chicas y nos apoyábamos en todo para acabar nuestra formación. No fuimos unos cerebritos, pero todos acabamos con nuestro ciclo de formación profesional bajo el brazo. Disfrutábamos de las tardes jugando a videojuegos, viendo animés o leyendo manga, además de pasear por nuestra preciosa isla. Tenerife tenía un encanto especial, unas playas preciosas con agua cristalina, otras que llamaban mucho la atención a los extranjeros por sus arenas negras. No todo es playa, hay grandes bosques, castillos centenarios y muchas pozas que visitar y disfrutar.

Todo era muy tranquilo, a excepción de las temporadas de verano, cuando los turistas llegaban a revolucionar todo. Más trabajo en los bares, más gente por las calles y, casi siempre, los mejores sitios de las playas ocupados. ¿Qué tenía el calor que a tanta gente le gustaba? Yo era más de inviernos, aunque aquí realmente no los teníamos como en otras partes que se pasaban meses encerrados en sus casas porque la nieve les impedía salir.

Y así transcurrió nuestra adolescencia hasta que llegó ese momento en que todo cambió. Hay un día, creo que es el día 0, en el que todo termina o todo empieza, depende de cómo lo veas.

Ese día fue cuando acepté lo que realmente sentía por Javier, aunque llevaba tiempo sospechándolo. La venda se cayó para bien o para mal y me hizo cambiar.

Esa noche, esa discoteca, la fiesta de obtención del título. Amigos, alcohol y un amor escondido que sale a la luz.

Hay veces en los que odio ese día, ¿por qué? Por hacerme ver algo que yo misma me ocultaba, por hacer de un día importante, un día mejor y por consiguiente odiar el día después.

Porque después del día 0 viene el día 1, ese en el que aún no sabes realmente lo que has hecho y el alcance de tus actos. No sabes lo que cambiará tu vida por algo que recuerdas y solo parece

un sueño.

Ese día, esa noche, esa fiesta. El fin del principio o el principio del fin.

Capítulo 1

Recuerdo la jornada de graduación como si fuera ayer, pero han pasado al menos dos años desde entonces. Este día para mí, pensando ahora en frío, fue el detonante de todo lo que ha pasado después. No es que creyera al subir la persiana y abrir la ventana que todo daría un vuelco y mis sentimientos estarían patas arriba. No quiero irme por las ramas y os contaré lo que pasó, lo que hizo que mi interior se resquebrajase poco a poco en mil pedazos.

Después de haber cursado bachiller a trancas y barrancas y comenzar un año de universidad, me di cuenta que ese no era el camino que quería seguir. Me sentía un poco perdida en cuanto a mi futuro, mientras muchos de mis amigos seguían estudiando ya fuera en la universidad o en formación profesional, yo solo seguía probando hasta dar con algo que realmente me gustase estudiar. Podría decirse que perdí varios años entre repetir cursos y los de indecisión, pero, finalmente, encontré lo que quería estudiar a mis veinte años.

Por suerte, mis mejores amigos, habían empezado un nuevo curso de formación profesional y coincidimos los tres en el mismo instituto. Javier iba a empezar a estudiar electrónica; Nuria, mi mejor amiga y compañera de locuras, servicio social y yo, me decidí por la imagen personal. Me encantaba maquillar y mis amigas siempre me pedían que las arreglase, ese fue mi empujón para decidirme por esa rama profesional.

Después de dos años estudiando un montón de cosas, que a día de hoy sigo sin ver en que me puede ayudar en mi quehacer diario, terminé el curso; ya solo quedaban las prácticas en empresas. Esas tan deseadas y temidas por partes iguales. Era bueno pensar que tendríamos un trabajo, que aprenderíamos mucho más, pero también sabíamos que al ser de prácticas haríamos los peores trabajos sin cobrar un solo euro.

Cuando llegaba ese momento, en nuestro instituto se hacía una ceremonia simbólica de recogida de diplomas, que no era otra cosa que la orla y la foto de rigor de todos los alumnos del curso y demás patochadas sin sentido ya que nos faltaban las prácticas y podíamos suspenderlas y, por consiguiente, quedarnos sin el tan ansiado título. ¿Alguien suspendía las prácticas?

Las chicas vinieron a mi casa porque querían que las maquillase y alguna en plan vacile me dijo «para que vayas practicando antes de ir a la empresa». ¡Qué graciosa! Ni que en las clases estuviera mirando para el aire.

Teníamos horas prácticas en el curso, normalmente nos maquillábamos entre nosotras, hacíamos pareja durante una semana y nos intercambiábamos los puestos, un día maquillaba una y al siguiente la otra. En ocasiones venían señoras que pedían cita y, lo que más disfrutaba eran las épocas de festivales de la escuela, los demás alumnos de la E.S.O, Bachiller y de los demás ciclos formativos descubrían nuestro trabajo. En Navidad llenábamos todo de purpurina, en carnavales los maquillajes fantasía eran de lo más divertidos y para las funciones de fin de curso nos atrevíamos con maquillajes de diferentes épocas. ¡Me encantaba maquillar!

Después de maquillar a todas en tonos suaves o maquillaje de tarde como lo llamaban en clases, me tocaba a mí. Las dejé a todas sacando la ropa que habían traído en unas mochilas para cambiarse en mi casa y fui al baño a maquillarme.

Me sujeté mi larga y morena melena en una coleta para poder hacer magia sin manchar el pelo de ninguna clase de potingue, y allí, delante del espejo del armario donde guardaba el maquillaje,

me miré pensando que, tal vez, podía maquillarme diferente por una vez. En esa ocasión hice un ahumado ligero, sin marcar demasiado, pero lo suficiente para darle intensidad a mis ojos verdes. Delineé los párpados en negro, me apliqué la máscara de pestañas y me puse un brillo en mis carnosos labios. No era momento de pintarlos rojos, eso lo haría después de cenar, por lo que cogí el labial para meterlo en el bolso. Me peiné y volví con mis amigas que ya estaban vestidas y decidiendo si iban a ligar con algún chico.

Yo no tenía ninguna expectativa para esa noche, solo poder estar con mis amigas y disfrutar de nuestro paso a ser mujeres independientes. Nos habían dicho miles de veces durante este último curso que si lo hacíamos bien y en la empresa quedaban contentos teníamos la posibilidad de que luego nos contrataran. Eso es lo que queríamos todas, un trabajo para poder financiar nuestros viajes, salidas al cine y de cenas sin depender del dinero de nuestros padres. Yo no estaba segura de quedarme trabajando, quería seguir formándome y acabar siendo maquilladora en la televisión, teatro, fotografías, todo ese mundo que no está al alcance de todos, pero que mi profesora me había dicho que si me esforzaba llegaría porque tenía mucho potencial.

Me cambié de ropa, me puse unos vaqueros con una camiseta negra con mangas de encaje. Mis amigas me dieron el visto bueno y fuimos a reunirnos con los chicos.

Entramos en el salón de actos hablando de la cena y de a dónde iríamos. El acto era a las siete de la tarde y estaríamos allí una hora como mínimo, esperaba que no mucho más porque la verdad estar en el instituto un viernes por la tarde, en la que no llovía y hacía bastante calor, no era mi sueño. Podíamos estar paseando por los parques o mismo en las piscinas refrescándonos.

El acto fue todo lo tedioso que me esperaba. Después del discurso de la directora, en el que enumeró las virtudes de los ciclos formativos y comentó lo contenta que estaba con todas las clases y de los alumnos que eran serios y profesionales a los que auguraba un buen futuro, habló la profesora que llevaba el tema de prácticas en empresa para darnos ánimos a los que íbamos y felicitar a los que volvían con un trabajo bajo del brazo.

Cada alumno de los cursos inferiores al nuestro fue llamado para recibir la orla, posicionarse en el escenario y luego hacerse la foto de rigor. Cuando nos tocó a nosotros, vi desfilar por el pasillo a cada uno de mis compañeros para seguir con el mismo ritual. Hacían una foto cuando se la entregaban con las típicas sonrisas falsas que se ponen en las fotos, cuando lo que quieres es estar en la calle paseando bajo el sol de la tarde, y subían a la tarima del salón de actos para reunirse con los demás compañeros. Se colocaban en fila y esperaban a que estuviéramos todos para hacer la foto final. Yo fui la última en subir, me ubiqué entre mis amigas y puse la mejor sonrisa que tenía. Tenía unas ganas de que acabara eso, pero me gustaba estar con mis amigas en un momento tan especial.

Después de la entrega nos agasajaron con unos pequeños pinchos, con la tontería eran casi las nueve de la noche y por poco cumplimos con la mayor pesadilla de todos los estudiantes: ¡quedarse encerrados en el instituto! Nuestra tutora en el último año de peluquería se había enrollado con los buenos deseos y estuvieron a punto de cerrar las puertas porque pensaban que ya no quedaba nadie. Menos mal que mis amigos me estaban esperando sentados en las escaleras que si no... ¡uf, no sé qué haría sin ellos! Me despedí de mis compañeros y nos fuimos al centro comercial.

No teníamos claro donde cenar, casi nunca nos poníamos de acuerdo a la primera, luego de discutirlo nos decidimos por un italiano, me apetecía mucho comer lasaña, sabía de sobra que luego iríamos a alguna discoteca y lo mejor era llenar bien el estómago para que el alcohol no afectara tanto, aunque yo no era de beber demasiado.

Me daba rabia ver a chavales, mucho más jóvenes que yo, tirados en las entradas de los

locales medio mareados, otros vomitando e incluso alguno ya tumbado de lado esperando y sobre todo rezando para que no le diera un coma etílico. ¡Para divertirse no hace falta beber! Una pena el camino que llevaban algunos.

Al salir de cenar, con las barrigas llenas y con las risas que siempre nos acompañaban, nos dirigimos a un parque cercano para hablar de lo que nos esperaba en unos meses. Podíamos disfrutar del verano, la playa, el sol, el levantarse a mediodía casi para comer...

Antes de que nos diéramos cuenta, empezó a llegar mucha gente con bolsas llenas de alcohol y refrescos, vasos de plástico y bolsas de hielo. Estaba a punto de empezar el botellón. A pesar de que algunos conocidos nos invitaron a disfrutar con ellos, nos fuimos paseando por las calles, viendo escaparates que aún permanecían iluminados, imaginando viajes al ver las ofertas en los cristales, hasta que llegamos al bar al que solíamos ir. Entramos y nos sentamos en la mesa de costumbre, cerca de la diana. Pedimos los dardos, unos cubatas y ahí empezó nuestra noche.

Después de jugar varias partidas en las que quedamos empatados decidimos irnos a la discoteca y, como todos los viernes, nos fuimos a Dulzor. Allí empezaba toda la marcha en nuestra isla, y en verano se llenaba de turistas en busca de la borrachera de su vida. Música alta, gente chillando las canciones, otros bailando o más bien empujando, gente en la barra y los camareros corriendo de un lado a otro con vasos llenos de hielo, botellas de alcohol de muchos colores y mucho dinero algo que hacía feliz al dueño del local.

Mis amigas y yo nos pedimos un cubata, salimos a bailar y dejamos que el ambiente nos embriagara llegando a un estado en el que todo era uno. ¿Dónde acababa mi brazo y empezaba el de Nuria? ¿Era Montse la que estaba a mi lado rozando mi espalda?

Chechu enseguida encontró un objetivo a por el que fue de cabeza; un chico moreno, alto con unos ojos color miel le sonreía desde el otro lado de la barra, y Esther siguiendo su ejemplo, fue por su objetivo al que enseguida engatusó con sus sonrisas de niña buena. Montse se puso a bailar con un chico un poco más alto que ella, de pelo corto castaño que, a pesar de su semblante serio, le sonreía de una manera descarada mientras bailaban juntos.

Yo me quedé sentada en uno de los bancos laterales donde solíamos dejar las chaquetas en invierno, hasta que Javier se acercó a mí con la mano extendida para invitarme a bailar. Me levanté y bailé con mi amigo, mientras Nuria iba por un par de chupitos.

Sonó una vieja bachata, y nuestros cuerpos tomaron la rienda de los movimientos que nos acercaron más el uno al otro. Nuestras miradas conectadas, su mano en mi cintura, nuestros cuerpos pegados de tal manera que era casi imposible que el aire pasase entre nosotros, y la música resonando en mis oídos.

No sé cuándo ni por qué, pero Javier apoyó su frente en la mía. Así bailamos un rato, sintiendo la respiración del otro acompasándose lentamente casi como si respiráramos a la vez. Metiéndonos en un mundo en el que solo estábamos los dos y la bachata de fondo moviendo nuestros cuerpos.

Javier me miró, sus ojos tenían un brillo diferente al de costumbre. Poco a poco se inclinó hacia mí y yo elevé un poco mi mentón para facilitarle el trayecto. Cerré los ojos a la vez que él apoyó su boca en la mía con suavidad.

Sus cálidos labios envolvieron los míos. Los saboreé y mordí ligeramente tirando un poco hacia mí. Entonces su lengua se abrió paso hasta la mía que enseguida fue a su encuentro para empezar un baile pasional.

Sus brazos me envolvieron acercándome más a él. Yo posé mis manos en su cuello, abrazándolo como si fuera mío. Cuando el beso terminó nos miramos de nuevo y descubrí que sus ojos brillaban de una manera intensa, parecían unos faros que estaban ahí para alumbrarme el

camino. Mi camino hacia sus labios, esos que estaban entreabiertos invitándome a besarle una vez más. Su respiración estaba agitada como la mía. Sentía oleadas de corriente eléctrica surcándome cada rincón de mi cuerpo. Notaba mi corazón acelerado, ¿el suyo iría igual?

Nuestras respiraciones agitadas. Mi corazón haciendo carreras de Fórmula Uno. Sus labios pegados a los míos y nuestras lenguas danzando sin parar mientras sus manos recorrían mi espalda suavemente consiguiendo que mi vello se erizase. Todo ello hizo que lo que nos rodeaba desapareciera en un instante, incluso la música.

¿A dónde nos iba a llevar esto?

Capítulo 2

Las cosas no siempre son fáciles en nuestro día a día, hay momentos determinantes que hacen que nuestra vida cambie ciento ochenta grados. Ya nada será lo mismo a partir de ese instante y el mío había comenzado.

Dicen que después de la tormenta llega la calma o que después de una tempestad siempre brilla el sol, me da igual el dicho sino lo que significa. Mi vida tranquila acababa de cambiar.

Me levanté y me froté la frente. No había bebido casi nada, no me había emborrachado, pero todo me llegaba de manera entrecortada a mi mente. Recordaba el baile, Nuri buscando un chupito y el beso. ¿Un beso? ¿Nos hemos besado? ¡Nos dimos un beso! No, no podía ser.

Javier era mi amigo de la infancia. Nuestras madres eran amigas de toda la vida y paradójicamente nos habían tenido casi a la vez. Nos criamos juntos, íbamos a la misma guardería, al parque, a las fiestas del barrio, disfrutábamos de las piscinas en verano, los campamentos y las noches estrelladas en las que jugábamos al pilla-pilla o al escondite. Siempre le había visto como un hermano mayor, a pesar de que solo lo era por cuatro meses. Era mi confidente cuando me gustaba algún chico o tenía problemas. No permitía que nadie me hiciese daño, y muchas veces cuando me metía en alguna pelea porque algún chico me levantaba la falda, él se llevaba las culpas por mí. ¡Era mi guardaespaldas!

Siempre estaba pendiente de mí era ese amigo que siempre te acompaña a hacer locuras y está más loco que tú. Mis recuerdos de niñez con él eran preciosos: noches de verano jugando en la calle bajo la atenta mirada de nuestras madres sentadas en un banco, carreras en bicicleta que algunas veces acababan mal paradas por choques contra las paredes, caídas de culo cuando aprendimos a patinar con los patines de línea. Siempre me ganaba a las canicas y se pedía las mejores que tenía para cobrarse su deuda. Las ponía en una bolsa y las dejaba en su habitación como si fuera un trofeo de guerra. Cuando nos fuimos haciendo mayores, los juegos de niños cambiaron y pasamos al fútbol, al voleibol, ambos probamos el balonmano y al final él se metió en un equipo de hockey a la vez que yo lo hacía en el de bádminton; se me daba bastante bien. Cuando visitaba su casa, veía todas las medallas colgadas en su pared de cuando hacíamos atletismo, siempre acabábamos en el podio juntos. Era increíble que compartiésemos tantas aficiones.

Empezamos a pasar menos tiempo juntos por el tema de los partidos, competiciones que no siempre nos dejaban ir a ver al otro. La distancia se hizo rara, hasta que un día decidí dejar aquello. Yo solo quería hacer algo de deporte y conocer gente, pero se había vuelto demasiado exigente, todos tenían la vista puesta en las competiciones regionales y aquello no era para mí. Al poco tiempo Javier también dejó su equipo porque se había roto la tibia y el peroné no sé muy bien cómo, más bien no lo recuerdo, y desde entonces no ha vuelto a estar en un equipo.

Juntos descubrimos el anime y el manga al que nos volvimos adictos desde el primer momento. Sus padres iban de viaje a Japón con frecuencia y compraban en tiendas especializadas lo que allí estaba de moda, luego ya con Amazon, Ebay y ese tipo de tiendas no teníamos problema en conseguir lo que queríamos ver. Nos encantaba *Hatori: El ninja*, *Dragonball*, *Doraemon: el gato cósmico*, pero descubrí que también había anime para chicas con *Sailor Moon* y *La familia crece*. Me encantaban sus trajes, cómo peleaban por salvar el mundo y sobre todo el

romance que había detrás de cada anime que me conquistaba y hacía soñar con encontrar mi Yu o mi Hombre enmascarado, con una rosa siempre lista para salvarme del mal en el momento más crítico en el que no ves la salida.

Después de esas primeras que nos iniciaron hemos visto muchas otras como *Naruto*, *OnePiece*, *Death Note* y yo, además de *Mermaid Melody*, *Sakura cazadora de cartas*, *Tsubasa Chronicles* entre otras muchas series. Después de ver tantos animes, leer mangas y descubrir mitología y sus hermosos paisajes, cada vez tenía más ganas de conocer Japón. Vivir en mis carnes el *hanami*, sentarme debajo de un cerezo en flor azotado por el viento mientras sus pequeños pétalos caen, siempre al lado de mis amigos, y disfrutar del *obento* típico de allí: los *onigiris* o bolitas de arroz rellenas de salmón o atún; *tamagoyaki* que es una tortilla francesa con forma cuadrada y muchas cosas más que salen en los animes que solemos ver. Aunque, el que más ganas tenía de probar, por mis raíces gallegas, era el *takoyaki*, un tipo de buñuelo relleno de pulpo. También me encantaría vivir el *hanabi*, la fiesta del verano en los templos. Fuegos artificiales, casetas en las calles con comida con su increíble aroma confundiendo a los turistas y lugareños. Mujeres con el kimono tradicional, otras más modernas, pero siempre con ese tono festivo que hace que sea increíble. ¡Debería dejar de ver animes! Solo me dan ganas de ir y sentir todo por mí misma.

Me gustaba mucho discutir teorías con Javier sobre lo que veíamos, volvíamos a estar juntos como siempre y en plena adolescencia, había algo en mí que no entendía bien lo que era. Sabía de sobra que mi amigo era guapo, tenía a todas las chicas de clase locas por sus huesos. Sus ojos marrones a veces tenían un brillo dorado que destacaba, su pelo corto impecable castaño y su altura hacía que no pasara desapercibido, aunque para mí era mi larguirucho. Era más alto que yo y muy delgado, cosa que cambió con el tiempo y las horas que pasaba en el gimnasio.

En ese momento, en que las hormonas se disparan, noté que me fijaba más en Javier. Sus movimientos, su sonrisa pícaro al mirarme, como entornaba los ojos cuando se le acercaba una chica para darle una carta. Cómo revolvía el pelo y mordisqueaba el bolígrafo cuando se frustraba atascado en algún ejercicio, si estaba nervioso apesaba el labio inconscientemente y se ponía más serio de lo normal. Era lo malo de tenerlo a mi lado. Nada me pasaba desapercibido, pero me convencí de que no era nada más que una tonta confusión, éramos amigos de toda la vida. Estábamos juntos a todas horas, si no era en el colegio era en casa jugando con la videoconsola o viendo anime. Era normal confundirse, ¿no?

El tiempo pasó y poco a poco desterré la idea de que sentía algo por mi mejor amigo. Él empezó a coquetear con las chicas que no dejaban de acercarse a él continuamente. Nunca hablaba de ellas, sabíamos que estaba con alguna porque desaparecía por las tardes en las reuniones que teníamos, no venía al cine, a cenar o mismo estar en el parque hablando de cosas triviales cuando había quedado en ello dando alguna excusa pobre. El tiempo pasó rápido y gracias a mis amigos, sus ocurrencias y sus ganas de emparejarme con algún turista, la idea de que sentía algo por Javier se acabó diluyendo.

En nuestra adolescencia estuvimos muy unidos todos, pero al llegar a la etapa final de los estudios en el instituto nos dispersamos. Unos siguieron en la universidad, Esther se tuvo que ir a la península con sus padres y empezó en una universidad sus estudios, otros siguieron en el instituto con el ciclo formativo. Por mi parte, y después de probar en la universidad, decidí ingresar en un ciclo formativo. Era raro siendo tan mayores, que siguiéramos en el instituto, ¿no podían tener los ciclos formativos separados en otro edificio aledaño al instituto? A veces, me sentía como si tuviera quince o dieciséis años de nuevo en vez de los veinte que realmente tenía.

Nuria y yo éramos las que más nos veíamos porque estudiábamos lo mismo, aunque ella había

estudiado, además, dos años peluquería para ser una empleada más completa, aunque, en realidad, quería ser vendedora en tiendas especializadas de peluquería y estética. Los dos años que yo había perdido repitiendo curso en el instituto, mi amiga los había empleado bien en labrarse un gran futuro. Había empezado a salir con Julián, un chico de electricidad de los cursos superiores. Era muy simpático, tenía unas salidas muy graciosas y enseguida se acopló a nuestro grupo e hizo amistad con Javier y Chechu. Me gustaba ver a mi amiga feliz, siempre tenía una sonrisa preciosa en sus labios y yo era lo que más valoraba en una relación.

Yo había conocido a un par de chicos monos, con los que salí un tiempo, pero no conseguí sentirme realmente a gusto con ellos. Solo buscaban salir de fiesta durante la semana, emborracharse y pelarse con sus amigos para demostrar lo fuertes que eran. Eso, a mí, no me llamaba la atención. Sí que me gustaba salir con mis amigos y tomar unas copas, pero estar hasta altas horas de la madrugada no era lo mío. Me gustaba pasar tiempo en casa, con mis amigas, hacer un maratón de películas o mismo ver un montón de peinados en YouTube y probarlos con ellas. Disfrutaba sobremanera los fines de semana de películas con Javier o ver series de anime. Siempre había alguna nueva que descubrir. Incluso quedarme en casa leyendo un libro era un gran plan, ¿para qué iba perder mi tiempo con gente que lo único que busca es emborracharse?

Nuria a veces se nos quedaba mirando de manera extraña. Sus ojos relampagueaban decisión y me preguntaba sobre chicos que me gustasen. A veces, me insinuaba que entre Javier y yo había algo, tema que desterré totalmente hacía años gracias a ellas. Dejábamos el tema después de decir que éramos muy buenos amigos y tal vez eso la confundiese, pero ¿cómo sabemos cuándo es amistad o hay algo más?

¿Acaso realmente sentía algo más por él? ¿Era verdad lo que veía Nuri entre nosotros? ¿Podría dar el paso de descubrir realmente lo que sentía? Y lo más importante, ¿por qué no me había dado cuenta de nada hasta ahora?

Recordé su sonrisa traviesa, sus ojos de brillo dorado, su manera de revolverse el pelo, pero, sobre todo, su manera de alterar mi corazón con un simple beso. La piel de gallina que se extendía por todo mi cuerpo por culpa de una corriente eléctrica desencadenada por sus caricias. El temblor en mis manos y la flaqueza en las piernas y su abrazo fuerte.

¿Qué sentía yo realmente por él?

Capítulo 3

Con todas las ideas, sensaciones y recuerdos aflorando, una pastilla de Ibuprofeno, las gafas de sol para que no me molestase la luz y ganas de que mi amiga me confirmase si realmente todo aquello había pasado me reuní con Nuria en su casa. Igual había sido producto de mi imaginación, el alcohol y la temperatura del local.

No quería revivir viejos fantasmas, en especial el de las dudas que había tenido durante mi adolescencia sobre si era normal que él alterara mi corazón siendo amigos. Que nos unieran tantas aficiones, que nos gustasen las mismas cosas; que a veces pensáramos de la misma manera no había hecho fácil la decisión de enterrar en lo más hondo de mi corazón esa pregunta sin respuesta: ¿amigos o algo más?

Llamé al intercomunicador del piso de mi amiga. Enseguida se escuchó el sonido para que abriera la puerta y accediese al edificio. Subí las escaleras hasta la tercera planta y entré a través de la puerta entornada que lucía la letra B.

Me conocía aquella casa como si fuera mía, por lo que caminé directa a la habitación de Nuria como tantas otras veces. Ella estaba sentada en la cama, mirando un viejo álbum de fotos. ¿Estaría nostálgica?

—¡Hey! ¿Echas de menos los viejos tiempos? Siempre podemos ir a un parque de noche y jugar en la arena...

—¡Boh! ¡Calla! Sabes de sobra que prefiero columpiarme y no mancharme las manos.

Me acerqué a ella y vi la foto que ocupaba casi la totalidad de la página. Era de un verano muy lejano, tendríamos ocho años. Estábamos sentados en una grada de piedra rodeados de flores y enredaderas. En ese verano se había unido a nuestro grupo Matías, un primo de Chechu. Era muy simpático y enseguida había congeniado con todas, lo malo fue que se mudó al extranjero ocho años más tarde y no volvimos a vernos nunca más. La foto la tomaron antes de que fuésemos a la piscina. Hacía mucho calor y solo queríamos darnos un chapuzón, por lo que corrimos como locos para meternos en el agua cristalina. Había sido una tarde fantástica rodeada de grandes amigos, aunque para mí era especial por otro motivo.

Hay momentos que nunca se olvidan, aunque no fueran con la persona adecuada quedan grabados a fuego en el alma y que a veces se relegan al olvido para salir con fuerza cuando menos te lo esperas.

Ese momento único, que jamás se repetiría fue mi primer beso. ¿Qué importancia tiene esa primera vez? ¿Es el primero tan especial como nos hacen creer? ¿Elegimos adecuadamente al afortunado de recibirlo?

Siempre soñé que fuera como los de las películas, supongo que de esto tiene la culpa Disney y todas las películas americanas que he visto a lo largo de mi vida. En cambio, el mío fue algo accidentado, pero no por eso ha dejado menor impronta; aunque, a veces, no lo he considerado el primero a pesar de serlo.

Ahora, pensándolo fríamente, parece una broma del destino todo lo que está pasando. ¿Por qué me volvía a juntar con la persona que había decidido olvidar?

Recuerdo que estábamos corriendo por la calle, buscando dónde escondernos de Nuria que era la que pillaba. La urbanización tenía forma cuadrada. En la plaza interior, dividida en dos

partes al igual que los edificios, había jardines en los que jugar, correr, andar en bicicleta y lo que se nos ocurriera.

Nos dividimos en grupos, Nuria se quedó en el centro del parque para contar hasta cien. Yo me fui hasta la parte de abajo con Javier, para escondernos entre las escaleras y los matorrales que había plantados por todo el parque.

Allí, escondidos detrás de un arbusto con bayas rojas, quedamos en silencio para no dar pistas de nuestro sitio. No recuerdo muy bien qué pasó, ni de lo que hablamos hasta que ella llegó. Solo recuerdo una acción. Un simple gesto que se quedaría grabado en mi memoria para siempre.

Javier me miró. Se acercó a mí despacio, intentando no mover mucho el arbusto que nos hacía de escondite. Le miré y le di un puñetazo en el hombro para que se alejara un poco. Ya había poco espacio y si se aproximaba más tenía la sensación de que me iba a quedar sin aire, en cambio, se acercó más a mí y posó sus labios sobre los míos. Sin más, solo ese pequeño gesto. Un tímido, infantil e inocente beso que se convirtió en el primero que he dado a un chico.

Volví a preguntarme si mi destino era estar con Javier. Mi primer beso había sido con él, en mi adolescencia pensé que estaba enamorada de él y hacía unas horas habíamos compartido un beso de lo más tórrido. ¿Cómo iba a relegar todo eso al fondo de mi alma otra vez? ¿Qué estaba pasando?

Me senté al lado de Nuria en su cama. La abracé y poco a poco las lágrimas acudieron a mis ojos y rodaron por mis mejillas. Mi mente no dejaba de buscarle una explicación lógica a lo que había ocurrido. ¡Nada tenía sentido! Él había tonteado con otras chicas y yo con otros chicos, ¿por qué volvía de nuevo este sentimiento con todo lo que me había costado olvidarlo hacía unos años atrás?

—Lia, esto no va a ser bueno. No será fácil, pero me tienes a tu lado.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté hipando.

—He visto como os besabais ayer, Javi y tú.

Me quedé petrificada. ¡No lo había soñado! Nos habíamos besado de verdad, las sensaciones que recordaba eran reales...

Lloré con más ganas. La incertidumbre de qué hacer o cómo reaccionar ante algo que yo me había obligado a creer, estaba derrumbándose a pasos agigantados, que los recuerdos que a veces acudían a mi mente los había malinterpretado y que él no sentía nada por mí. ¿Qué debía hacer? ¿Hablar con él?

—¿Qué hago ahora, Nuria?

—No lo tengo claro. Lleváis toda la vida juntos y tú, aunque digas lo contrario, siempre te has sentido atraída por él.

—Yo...

—No digas nada, solo tengo que ver la manera en que le miras, como eres cuando estás con él y sobre todo los momentos que he podido compartir con vosotros.

—No sé qué hacer. Hasta hace nada pensaba que el beso de ayer lo había soñado.

—Yo creo que le gustas, pero tal vez lo mismo que te ha frenado a ti tantos años le haya frenado a él. Deberíais hablar sobre esto.

¿Hablar sobre el beso? ¿Perder una amistad por una hipotética relación? Tal vez él solo estaba borracho y pensó que era otra. Nada tenía sentido y menos que Nuria dijera que creía que le gustaba a Javi.

Me quedé callada, sin nada que decir ante la verdad que estaba oculta en mi corazón. No había olvidado mis sentimientos por él. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no dejaba de llorar?

—Quiero estar con Javier —dije entre hipidos.

Capítulo 4

Las dudas no son buenas compañeras de viaje, es algo que siempre me ha dicho mi madre y me ha quedado grabado en la mente como si fuera un mensaje subliminal latente para saltar cuando titubeo.

Había conseguido calmarme, ya no lloraba y ahora Nuria estaba obligándome a probar unos modelitos a la vez que ella buscaba nuevos peinados en internet. Buscaba en las revistas de moda online y vídeos de alfombras rojas o premiers de últimos estrenos.

No me sacaba de la cabeza lo que acababa de decirme mi amiga, «Deberíais hablar sobre eso». ¿Qué le podía decir? ¿Que su beso había rescatado viejos sentimientos enterrados en el fondo de mi alma? ¿Qué sentía que había algo que nos unía desde siempre?

No quería sonar cursi y menos aún repetirle lo que tantas otras le habían dicho cuando él las dejaba. Había visto cientos de películas románticas en las que la consigna era: «donde hubo fuego siempre quedan cenizas» y ahora, a la vista de lo que acababa de pasar, pensaba que tal vez podía ser cierta.

No es que fuera mi mejor momento, toda la seguridad que tenía se había ido a la basura, dudaba de todo y sobre más aún de ese beso robado entre alcohol y música de bachata. ¿De qué me servía saber que ese beso había sido real si con el traía más preguntas sin resolver?

Mis preguntas se agolpaban en mi cabeza y era imposible seguirles el hilo para responderlas. ¿Sentía él algo por mí? ¿Javier estaba borracho? ¿Se acordaría del beso? ¿Recordaría nuestro primer beso infantil? ¿Tendría en su corazón recuerdos de infancia especiales como yo? ¿Haría como si nada hubiese ocurrido? ¿Podríamos vivir un romance sin miedo a lo que pasase si salía mal? ¿Tendría el valor de hablar con él? Demasiadas preguntas sin respuesta.

El miedo se apoderó de mí cuando el teléfono sonó. Miré la notificación en nuestro grupo de WhatsApp mientras movía la cabeza desaprobando mi propio comportamiento.

Javi: Quedamos por la tarde para tomar un helado?

Mis manos temblaban y empecé a escribir una respuesta que inmediatamente borré para empezar otra que, de nuevo, acabé eliminando. Esperé a que alguien contestase, no era capaz de hilar las palabras y que no sonasen como una chica desesperada, como todas las que le rondaban, con la única intención de repetir un beso que me había calado hasta el fondo.

Nuria: Por nosotras bien. Estoy con Lia eligiendo modelito :P

Miré a mi amiga, que una vez más me sacaba del atolladero. Suspiré aliviada. Un helado era algo inocente que no tenía connotaciones amorosas, es decir, tomar un helado con amigos y no solos. No era una cita. Giré la cabeza de un lado a otro con fuerza, ¿de verdad esperaba que me propusiera una?

Nuria enseguida me sacó de mis pensamientos pidiéndome ayuda para elegir un modelo bonito y casual. Su chico vendría con nosotras, quería ir guapa y que sus ojos estuvieran fijos en ella. Por mucho que yo le decía que no tenía que arreglarse para eso, ella no me hacía caso. Aquel chico no

tenía ojos para nadie más que mi amiga.

Mi amiga se puso insistente y dejé que me maquillase un poco, aunque no estaba tan segura como ella de que Javier se fuera a fijar en mí por ir arreglada. En pleno dos mil doce y aún había gente que pensaba que las mujeres solo teníamos que estar bonitas y lucir espléndidas del brazo de un chico, que Javier me gustase no significaba que iba dejar de hacer todo lo que me hacía que fuera yo misma; como mi camiseta rota y descolorida, mis pantuflas de garras de oso y mis moños de andar por casa.

Nos reunimos todos en la heladería Firenze, abierta por artesanos heladeros italianos hacía ya cien años. Sus copas de helado eran grandes, dulces y las decoraban con alguna sombrillita, nueces y almendras. Siempre era algo diferente por lo que no podíamos evitar tomar fotos de ellas.

Nos reunimos todos en la entrada del local. Una enorme vitrina de cristal tapaba las cubetas de los sabores de los helados. ¿Cuál tomaría hoy? ¿Me arriesgaría a probar un nuevo sabor? ¿Mejor los de siempre?

Estaban tan absorta en elegir un sabor que no me di cuenta de que Javier estaba a mi lado observando una cubeta en especial.

—¿Te apetece probar el de la fruta de la pasión? Seguro que sabe bien y nos deja un buen sabor de boca —me preguntó Javier mirándome fijamente.

—Yo... esto... Creo que mejor pido el de vainilla y si eso... Me dejas probar de tu fruta de la pasión —respondí poniéndome roja ante lo que podía interpretar.

—Me parece muy buena idea. ¿Seguro que vas a pillar el de vainilla? ¿No prefieres probar otro sabor?

—Pues no sé, la otra vez Nuria probó uno de plátano que estaba muy bueno.

—¡Sí! Coge ese y así compartimos. Yo te doy de mi fruta de la pasión y tú me das tu plátano.

No pude evitar reírme ante lo que empecé a pensar. Se supone que son los chicos los que tienen la mente un poco más perversa, pero en ese momento parecía que habíamos cambiado los papeles y él era el ingenuo. ¿Mi plátano? ¿Su fruta de la pasión? Seguro que, si esto lo hubiera dicho yo, tendría a todos los chicos de la pandilla haciendo chascarrillos.

Nos sentamos en la terraza después de juntar dos mesas. Cómo siempre me coloqué al lado de Nuria y con Javier a mi otro lado, empezamos a hablar de las nuevas series que estábamos viendo todos. Javier y yo, intentábamos que nuestros amigos viesan más animados, era cierto que de vez en cuando Chechu se nos unía a los maratones o a partidas del Final Fantasy.

Mi amiga y su chico se besaban, siempre tenían las manos entrelazadas y yo me moría de envidia. No podía dejar de mirarles y soñar con el día que en yo hiciera lo mismo con Javier. ¿Llegaría a vivir esa experiencia?

De repente, noté una presión suave y cálida en mi mano izquierda. Me giré y vi a Javier sonriendo, con mirada fija en mí y enseguida se me subieron los colores a las mejillas.

—¡¡Te decía si mañana empezamos el maratón de Naruto!! ¡Estás en babia!

—¡Aah! Sí, claro. Nos quedan unas cuentas temporadas y está muy interesante.

—Vale, pues a las ocho en mi casa. Trae unas gominolas o algo, la cena la pongo yo.

—Sí, bueno, cena... Harás un par de pizzas que te habrá dejado tu madre en la nevera. Eso de cocinar no se te da muy allá. Acuérdate de la última vez. ¡Casi quemas la cocina!

—¡Qué exagerada eres, Lía! Sólo echó humo la sartén. No se quemó nada...

—¡Fue un milagro! ¿A quién se le ocurre dejar la sartén en el fuego con aceite?

Todos empezaron a reírse, echarle en cara que había quemado una sartén dejándola inservible no era algo muy normal. Tenía que quitar la tensión que se había instalado de repente en mí. No

era la primera vez que pasaríamos el fin de semana juntos haciendo un maratón de anime, pero esta vez me sentía diferente. Ya no le veía como mi amigo de toda la vida, el que comparte risas y juegos, ahora era mayor, tenía un buen cuerpo y mis hormonas estaban revolucionadas con el beso del día anterior que todavía no se había ido de mi cabeza.

El resto de la tarde la pasé ausente, apenas respondía cuando me preguntaban o juntaba palabras para hacer una pequeña y concisa frase que alejara de mí la atención. En unas horas estaría con Javier, en su casa, cenando juntos y comiendo golosinas con anime de fondo. Tal vez no debía de preocuparme, era algo que solíamos hacer cada poco tiempo y sacábamos muchas teorías que poco a poco se cumplían y otras nos dejaban chafados.

—Bueno, yo ya me voy —dijo Javier levantándose y sacándome de mis miedos interiores.

—¿Tan pronto? —preguntó Nuria.

—A ver, entiende que ver cómo te magreas con tu chico delante de nosotros sin que yo pueda hacer lo mismo, me da mucha envidia —dijo mirando hacia mí—. Además, mis padres se van mañana temprano y hoy vamos ir comprar «provisiones» para la maratón.

—¡No creo que sea comida muy saludable la que vayas a comprar! —respondí yo.

—Pues alguna sí, es la ventaja de invitar a tu casa a una chica que sabe hacer delicias con poca cosa.

Me puse roja, escondí la cara entre las manos y no le respondí. Ya sabía que le gustaba como cocinaba, pero nunca lo había dicho abiertamente. Muchas veces me había pedido que le hiciera lasaña, decía que me salía riquísima, aparte de que los bizcochos que solía hacer salían súper esponjosos y dulces, incluso duraban una semana sin volverse una piedra. «Así da gusto desayunar» me decía cuando le llevaba la mitad del que hacía para casa.

La repostería me tranquilizaba. Me gustaba medir y dejar todo preparado para hacer cualquier postre. Mis padres tenían muchos libros de recetas y yo siempre procuraba probar una nueva. Empecé por lo simple que poco a poco se fue complicando, pero siempre que llegaba carnaval, haciendo gala de nuestras raíces gallegas, preparaba bandejas de orejas de carnaval y flores, algunas las cubría de chocolate. A mi padre le encantaban.

Javier se fue y mis amigos empezaron a dispersarse. Cada uno tenía sus planes y yo volví sola a casa.

Una oleada eléctrica recorrió mi cuerpo al recordar el beso pasado y el deseo de uno nuevo que atesorar se apoderó de mí. ¿Tal vez esta era mi oportunidad de sacarle una confesión?

Las dudas asomaron de nuevo tan rápido como me ilusionaba con una velada romántica con mi amigo. Él había actuado como si nada hubiese pasado entre nosotros y yo estaba dándole vueltas como si estuviera cerca el fin del mundo. ¿Él no se acordaba de nuestro beso? ¿De nuestro baile sensual? ¿No sentiría nada por mí? ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía dejar de darle vueltas una y otra vez a lo mismo? ¿Me estaba volviendo un disco rayado?

Con mil preguntas sin dejar de rondar en mi mente, entré en mi habitación para preparar una pequeña mochila con todo lo necesario para pasar un fin de semana lleno de aventuras que no me iban a cansar.

Encendí el reproductor de música que tenía en la habitación y con la banda sonora de las series que me gustaban, recorrí mi habitación eligiendo lo que meter en la mochila, bailando y haciendo que mi peine era un micrófono con el que mi voz era llevada a una multitud de japoneses que me veían bailar y cantar en las pantallas grandes de un concierto.

Capítulo 5

Lo nuestro no era algo típico; en vez de declarar nuestro amor ya empezábamos besándonos, en vez de ir a una cafetería o un restaurante, un maratón de anime, ¿qué sería lo próximo? ¿Una boda en lo alto de una colina con el sonido de una banda de gaitas de fondo?

¡Pero qué hacía pensando en una boda!

No tenía claro si «lo nuestro» iba a algún lado como para pensar en cosas más serias. Tal vez nuestros padres no lo verían descabellado e incluso algo natural ya que éramos uña y carne desde siempre, pero... Bueno, hay que ser sincera con una misma y la idea empezaba a gustarme. Ya me veía vestida de blanco yendo hacia el altar del brazo de mi padre mientras Javier me esperaba al lado de su madre agarrándose las manos del nerviosismo. Las lágrimas acudirían lentamente a mis ojos enturbiando mi vista y mis pasos empezarían a ser vacilantes cuanto más cerca estuviera del altar. Mi padre le daría mi mano una vez estuviésemos a la par y un par de lágrimas traicioneras recorrerían mis mejillas, que mi chico limpiaría con sus dedos a la vez que me sonreía como solo él sabía.

Tenía que alejar esos pensamientos de mi cabeza. Dejé la mochila en el sofá, era muy cómodo y tenía dos reposabrazos ideales para usar cuando me cansaba de sujetar los libros en los que me zambullía. No me iba demasiado lejos, solo a tres portales, pero la maratón no podía interrumpirse, además, de que estaba bastante interesante en el punto que lo habíamos dejado.

Me duché con la esperanza de que el agua tibia relajara mi cuerpo e hiciese que mi mente dejase de vagar por suposiciones de un futuro incierto. Estaba nerviosa, muy nerviosa. ¿Pasaría algo entre nosotros? Instintivamente llevé mi dedo índice a mis labios al recordar el momento que cambió mi realidad. Ese beso había trastocado todo.

—¿Te pasa algo hija? —inquirió mi madre—. Pareces un león enjaulado dando vueltas sin cesar por el salón. ¿Has discutido con alguno de tus amigos?

—No, mamá. Es solo que... —Empecé, pero ¿cómo le decía que mis nervios solo tenían una razón y era pasar el fin de semana con Javier?

—¿Sí?

—Nada, no me pasa nada mamá. ¿Qué vais hacer el fin de semana que no estoy?

—Pues, nada especial. Iremos al cine, cenaremos por ahí y quien sabe que más. Ya sabes que tu padre es muy dado a las sorpresas.

Empezamos a decir planes como un viaje exprés a la península, visitar a su familia en Ourense, un fin de semana romántico en algún spa con sesión de masajes, todo era posible. Mi madre y yo nos reímos ante lo que podía estar planeando mi padre. Era un hombre muy detallista y estaba segura de que algo había planeado para ellos.

Me sobresaltó el sonido del telefonillo. Miré el reloj y vi que eran las ocho de la tarde. ¡Era Javier!

Bajé directamente sin contestarle, después de coger la mochila, darle dos besos a mi madre y deseárselo un fin de semana inolvidable. Tenía muchas ganas de verle y estar con él, pero, sobre todo, saber si algunas de mis dudas se resolverían. ¡Maratón allá voy!

—¡Hey! ¿Lista? —me saludó.

—¡Claro! ¡Naruto allá voy!

—Justo de eso quería hablarte.

—¿No vamos a ver Naruto?

—Me han hablado de una serie de ciencia ficción...

—Sabes que no me gusta demasiado la ciencia ficción —le interrumpí.

—Siempre haces igual, ¡déjame acabar de hablar!

—Vale —le respondí no muy segura de querer escuchar el resto.

—He visto un par de capítulos y creo que te va a gustar mucho. Vemos la primera temporada, si no te gusta lo dejamos.

Asentí ante su proposición, tal vez no me vendría mal probar algo nuevo. No me gustaba mucho la ciencia ficción, sobre todo si tenía que leerla. Los escritores se centraban demasiado en describir la tecnología y yo era más visual, aunque, a decir verdad, me había visto Stark Trek la nueva generación con mi padre y me había gustado. Supongo que al final yo era más visual en ciertas cosas... Fuimos a su casa y enseguida coloqué mis cosas en la habitación de invitados, como solo iba a pasar dos días no había sido necesario que trajera mucha ropa. Coloqué mi cepillo de dientes en el baño en el vaso de cristal con mi nombre y me fui al salón. Me senté en el sofá reclinable mientras Javier sacó de la estantería de DVDs la primera temporada de la serie.

—Te comento un poco: se llama *Doctor Who*, es inglesa y aunque esta te dije que era la primera temporada, no lo es. Es la primera de la nueva era, antes ha habido más doctores. Lo digo para que no te pierdas mucho.

—Entonces no empezamos por el principio...

—Estoy esperando que me lleguen las primeras de verdad.

—Bueno... Vale. Le daré un voto de confianza. ¿Voy por palomitas?

Javier asintió y fui a la cocina por las bolsas de palomitas y un par de latas de coca cola. Me iba a sentar de nuevo en el sofá reclinable cuando Javier me hizo una seña para que me sentase a su lado.

Empezó la maratón de *Doctor Who* en versión original con subtítulos. Una temporada siguió a la otra y empecé a emocionarme con cada capítulo. Adoraba el sonido de la T.A.R.D.I.S, los monstruos que aparecían y los mundos increíbles que exploraban. ¿¡Dónde estaba el doctor!? ¡Yo también quería explorar esos mundos y vivir esas aventuras tan emocionantes!

Bien pasada la media noche llegó el capítulo que me hizo llorar. Lloré como nunca lo hice en una serie, las lágrimas no paraban de caer. ¡No era justo!

Rose se le había declarado a el Doctor. Él parecía que también lo iba a hacer, pero... Se fue la conexión de la cosa rara que había hecho para hablar con ella.

Lloré por ellos, por una bonita relación que se acababa antes de empezar y sobre todo porque vi paralelismos conmigo y Javier.

Javier se acercó a mí, me abrazó y pasó sus manos por mi cabello para tranquilizarme. Sus manos se posaron en mis mejillas y con sus dedos pulgares fue apartando las lágrimas que salían de mis ojos sin ganas de cesar.

—No te preocupes, Lia. El doctor volverá por ella seguro.

—Ella le ha abierto su corazón, y él se va así.

Miré la pantalla que había puesto en pausa Javier. El Doctor también lloraba. Le dolía dejarla. Hacían una pareja perfecta. ¡Era muy duro!

Decidimos irnos a dormir. Me dolían los ojos y me picaban. Me fui hasta mi habitación, por el fin de semana, acompañada de Javier.

—Mañana seguimos. Seguro que el Doctor encuentra la manera de volver y estar con ella — dije convencida.

—Claro, no te preocupes.

Me dio un beso en la mejilla y se fue a su habitación, enfrente de la mía. Me toqué la mejilla mientras cerraba mi puerta y me metía en cama. Estaba agotada, ya no solo el maratón, sino toda la tensión emocional, las dudas, el miedo, mis ganas de tener una respuesta a lo que me estaba pasando, empezaba a pasar factura.

Javier no era de dar besos, era un poco arisco en ese sentido. Desde pequeño era el típico niño que podría pasar por sinvergüenza. Muchas veces le decía su madre, «dale dos besos y diles hola», pero él se escondía detrás de sus faldas y ni un tímido «hola» salía de su boca. ¡Y a mí había dado un beso! Podía contar con los dedos de la mano las veces que él me había besado. Sí que me abrazaba para consolarme, pero besos nunca.

Me acosté y Morfeo me acogió entre sus dulces brazos para llevarme a un mundo de ensueños.

Me encontraba en una caseta de playa cambiándome la ropa por el triquini. La arena de la playa, fina y tostada se metía entre los dedos de mis pies. Estaba atardeciendo, los tonos anaranjados y rojizos me envolvían. Con pasos seguros me fui acercando a la orilla. El agua tibia tapó mis pies, consiguiendo que me recorriera un escalofrío por todo el cuerpo.

Sentí una leve presión en mi hombro derecho y me giré para encontrarme de frente con una cara borrosa y un cuerpo de hombre. ¿Sería Javier?

Se acercó a mí y con sus brazos rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él. Su cabeza se acercó a mi frente para luego posar un beso tierno. ¿Cómo podía besar una sombra? Alcé mi cabeza para exigir mi beso, mi interior decía que teníamos algo. Sus labios se unieron a los míos y una ola de placer me recorrió. Él y yo éramos uno.

Me desperté sobresaltada por el ruido de una puerta abriéndose. Unos ojos marrones se asomaron por el resquicio de la puerta.

—¿Lia? ¿Estás dormida?

—Me has despertado...

—Perdona es que había escuchado un ruido.

—No pasa nada. ¿Quieres acostarte aquí?

—¿No te importa?

—No, para eso está la cama.

Javier entró en la habitación y se metió en la cama de al lado. Casi sin darme cuenta, la respiración acompasada de mi compañero de habitación me envolvió. Siempre me había preguntado cómo se dormía tan deprisa. Se le veía tranquilo, su cara reflejaba serenidad y me alegraba que sintiera eso a mi lado.

Él era un gran chico, le veías tan seguro de sí mismo, ligoteando con cuanta chica se encontraba y a veces no era más que un niño indefenso. Un sonido fuerte me distrajo de mis pensamientos. Javier volvió a abrir los ojos.

—No pasa nada, estoy aquí —le dije.

Mi amigo volvió a cerrar los ojos y a los pocos minutos volvió a dormirse. Él había ido a un psicólogo unos años atrás, una banda de ladrones albaneses había entrado en su casa de noche haciendo un gran estruendo. Sus padres salieron de la habitación a ver qué había pasado y se encontraron a los ladrones revolviendo todos los cajones. Al escuchar el chillido de la mujer y después de forcejear, los ataron espalda con espalda. Los llevaron hacia una esquina del salón mientras seguían buscando joyas. Entraron en todas las habitaciones, por suerte, Javier se había escondido debajo de la cama al ver que habían atado a sus padres y se dirigían por el pasillo en busca de las habitaciones.

Solo lamentaron la pérdida económica de algunas joyas, pequeños electrodomésticos y la

televisión.

No pude evitar sonreír al verle dormido. Me daba mucha ternura esa faceta que casi nadie conocía. Me tapé de nuevo con la sábana y dejé que mi mente vagase de nuevo, poniendo rostro a la sombra.

Ya no era un desconocido, era Javier el que me besaba con desesperación, el que abrazaba como si fuera una tabla salvavidas. El que me susurraba palabras de amor al oído y hacía que mi corazón se desbocase como un caballo salvaje al cual quieren apresar.

Capítulo 6

La noche dio paso al día. La tenue luz que traspasaba la persiana tocó mis párpados y pestañeé. No me gustaba mucho la luz, como decía Javier muchas veces, yo era una vampiresa.

La verdad que todo mi problema con la luz apareció hace seis años. Un día de verano normal, iba a la playa con mis amigos. Me tumbé en la toalla y dejé que el sol calentase mi piel con el deseo de que me quitase ese blanco radioactivo. Cuando me levanté, después de un tiempo, empecé a ver un montón de puntos que consiguieron marearme. Me dolía la cabeza y el cuerpo me picaba.

Mis amigos me llevaron al centro de salud y allí me midieron la tensión, que estaba muy baja. Me hicieron algunas pruebas más y cuando llegaron mis padres, me mandaron a casa con la receta de una crema hidratante en la mano. No sabían exactamente que tenía, pero creían que podía ser una alergia al astro rey. Pues vaya, ¡vivía en el mejor sitio para esa enfermedad!

Los sueños con las sombras con rostro de mi amigo no se iban de mi cabeza. Besos, caricias y palabras que nunca habíamos dicho se entremezclaban con una respiración lenta y fuerte.

Me giré en la cama y allí estaba él. Durmiendo en la cama de al lado. Su respiración rítmica me calmó. Decidí ir al baño antes de que mi amigo lo acaparase, sabía de sobra que hasta que no le despertaran el seguiría profundamente dormido.

Me di una ducha rápida y con una toalla en la cabeza a modo de turbante volví a la habitación sin hacer demasiado ruido. Seguro que tenía varios mensajes de Nuria para saber cómo iba la «cita».

Entré en la habitación en silencio. Me senté en la cama y cuando iba a coger el móvil...

—Lia...

—¿Sí?

—Yo... Siento...

—¿Qué sientes? —pregunté con el corazón acelerado.

Un ronquido rompió el silencio que se había formado después de mi pregunta. ¿Estaba hablando en sueños?

Me acerqué a su cama y, efectivamente, su cara estaba relajada y sin signos de haberse despertado. ¡Era la primera vez que hacía eso!

Me senté de nuevo en mi cama. ¿Qué querría decirme? Dicen que las personas cuando tienen mucho estrés acumulado, hablan en sueños sobre lo que les preocupa. ¿Acaso el sentía cosas por mí? ¿Le gustaba a Javier? Si ese era el caso, ¿por qué no lo decía? ¿A él también le preocuparía perder la amistad que nos unía?

Un largo y sonoro ronquido tronó en la habitación. Miré asustada hacia mi amigo. Las sábanas se movieron y mi amigo las movió hasta dejarlas caer a sus pies. Estiró las extremidades y se sentó en la cama.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien?

—Bueno... Alguien ha estado roncando y me he asustado.

—¿Estás insinuando que ronco?

—Yo no insinúo nada, solo confirmo.

Después de reírnos un rato y yo hacerle la burla de cuando roncaba, nos fuimos a la cocina a

buscar algo para desayunar.

Con un buen tazón de cereales nos fuimos hacia el salón para seguir viendo Doctor Who, una serie que al final había conseguido engancharme. Ya me imaginaba disfrazada del Doctor por carnavales.

Me daba pena cuando cambiaban de doctor y de acompañantes. Les cogía cariño y ver cómo se iban me dolía tanto como al mismo Doctor. ¿Por qué tenía que sufrir tanto el pobre?

Comimos sentados delante de la televisión y apenas hablamos de algo que no fuera la serie y que íbamos a comer.

Casi sin darnos cuenta llegó la noche del sábado y dejamos de ver la serie a pocos capítulos de acabarse la temporada.

—Será mejor que descansemos un poco la vista —sugerí.

—¿Ya te quieres acostar?

La verdad no estaba cansada ni tenía sueño. Quería estirarme un poco, tenía el cuerpo entumecido.

—¿Qué te parece si damos una vuelta por la playa? Necesito estirar los músculos —comenté.

—Sí, claro.

Salimos de su casa y nos fuimos andando hasta llegar a la playa. No es que habláramos de grandes cosas o de cómo arreglar el mundo y mucho menos de esa conversación mientras él dormía y escondía más cosas de lo que a simple vista se veía.

La noche le daba un toque diferente a la playa. Miré el horizonte oscuro y aterrador. Me saqué las bailarinas y me dispuse a caminar por la fina arena que ahora ya no quemaba a pesar de que el sol estuviera todo el día brillando.

Caminé despacio, dejando que la arena se metiera entre mis dedos. Paso a paso me acerqué a la orilla, donde la arena fina dejaba paso a la compacta, mojada y oscura. El agua bañó mis pies y la grata sensación que me recorrió me hizo recordar la película de la sirenita dos. Cuando Ariel metía los pies en el mar y disfrutaba. Suspiré y miré al cielo de la noche.

Javier se acercó a mí y rodeó mi cintura con sus brazos. Así pegados y con los pies bañados por las pequeñas olas que se acercaban a la orilla, bailamos con una música inexistente.

No podía evitar sentir que algo me unía a él. Que mi destino era a su lado y él en el fondo lo sabía, debía de saberlo, sino, ¿por qué se comportaba así conmigo?

La dulzura que me demostraba en momentos como este me tocaba el corazón.

Cerré los ojos y disfruté de las sensaciones que me recorrían.

Mis manos enredadas con las suyas y el suave balanceo, además del agua en mis pies, habían relajado mi cuerpo de una manera excepcional.

Acercó sus labios a mi oreja y susurró:

—Estás muy misteriosa. ¿En qué piensas?

Me separé un poco de él, llevando el torso hacia atrás. Javier seguía abrazándome por la cintura. Le miré a los ojos, brillaban de una manera especial. Una brisa de aire nos atravesó, moviendo mi flequillo que hasta ese momento se había mantenido detrás de mis orejas. Liberó una mano de su agarre de mi cintura y con mucho cuidado, llevó mi flequillo hacia su lugar. Sus suaves dedos recorrieron mi mejilla y mi cuello, deteniéndose en mi lunar antes de seguir su camino por mi espalda para volver a mi cintura.

Estaba segura de que, si alguien paseaba por allí, y nos veía de esa manera pensarían que éramos una pareja más. Por mi parte era un deseo escondido en mi corazón, ¿cuáles serían los sentimientos de mi amigo?

Capítulo 7

No tiene caso decir que el fin de semana se me pasó volando. Cuando quise darme cuenta ya era domingo por la tarde y tenía que volver a casa. Sabía de sobra que Nuria estaba enfadada porque no me había dignado a escribirle un solo mensaje desde que había empezado mi «cita».

Cuando me encerré en mi habitación con la excusa de preparar las cosas para el día siguiente para la piscina, llamé a mi amiga.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

Se estaba haciendo de rogar.

Cuatro tonos.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo —respondí.

—No sé quién es «yo».

—¡Anda! ¡No te enfades! Vente a mi casa, tengo mucho que contarte.

—Bueno... Está bien «yo», iré. Pero espero, por tu bien, que me esté esperando una buena copa de helado de vainilla.

—Por supuesto —respondí riéndome.

Colgué el teléfono. Metí en mi mochila la toalla, el gorro de piscina, las gafas de bucear y una muda de ropa para cambiarme después de hacer unos largos en la piscina y me fui a la cocina a preparar una buena copa de helado para mi amiga.

—Cariño, nos vamos a dar un paseo. No creo que tardemos mucho, pero si no estamos a la hora de la cena puedes ir empezando sin nosotros —me comentó mi madre regalándome una de sus hermosas sonrisas.

—Os espero, no es que tenga mucha hambre, y ahora que venga Nuri tomaremos un helado.

—Vale —respondió cogiendo las llaves del piso y dándole la mano a mi padre—. No manches nada —me advirtió señalando los helados que estaba haciendo.

Mis padres se marcharon y yo terminé de rellenar las dos copas de helado de vainilla. El mío, además, tenía fresa.

Justo cuando sonó el timbre, estaba poniéndole esas cositas de azúcar arcoíris y un barquillo.

Abrí la puerta con la copa en la mano. Mi amiga la cogió y, a modo de saludo, sonrió. Después nos sentamos en la mesa a comer el helado. Acababa de poner la colcha blanca con mi nombre bordado en dorado. Era algo de lo que se sentía orgullosa. Lo había bordado ella cuando aún estaba embarazada de mí. Reliquias familiares, supongo. Si mi madre se enteraba de que estaba en la habitación con comida me mataba, además de que ya me había advertido antes de marcharse.

—Vale, ya estás escupiendo. ¿Acaso te has olvidado de que existo?

—No, Nuria. Ha sido un fin de semana algo... Intenso.

—¿Intenso? ¿Se te ha declarado?

Me quedé callada un momento. No se había declarado ni había dicho nada que indicase que iba a hacerlo, pero lo de la playa había sido algo tan romántico, que con solo recordarlo el vello se me erizaba.

—¿No hablas? ¿Javier te ha comido la lengua?

—¡Ojalá! Es solo que tuvimos un momento muy romántico y no sé muy bien como tomarlo.

Despacio y sin prisa, le fui contando lo que habíamos hecho todo el fin de semana. La mini «conversación» del dormido, el paseo por la playa, mis sueños raros y, sobre todo, las miradas fugaces que creía me había imaginado.

—Tía, le gustas. ¿Qué más necesitas? —me preguntó Nuria.

—¿Qué voy necesitar? ¿Qué me lo diga? Que no todo sean suposiciones de «me parece», «tal vez le da vergüenza»... Necesito que me diga si es verdad o no lo que me imagino. Somos adultos, ¿no? Debería ser sincero conmigo.

—Lia, ¿te das cuenta de que sois amigos desde la infancia? Supongo que es difícil para él abrir el corazón de esa manera. ¿Y si lo vuestro sale mal?

—¿Crees que no lo he pensado ya mil veces? Pero como dice Brom en *Eragon*: «mejor pedir perdón que permiso».

—Entonces, ¿por qué no te lanzas? No sería la primera vez, ¿acaso Damián se te declaró?

—No —respondí no muy segura de querer seguir por el camino que estaba marcando mi amiga. A Damián lo había conocido por casualidad, había venido de vacaciones como muchos otros. Me gustó y decidí que no iba esperar a que él diese el primer paso y me lancé, pero este no es el mismo caso.

—Pues no dejes todo en su mano, lánzate. Con lo que me has contado, más lo que yo he visto... Todo indica que hay algo más que amistad.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Si uno de los dos no da el paso, nunca lo sabréis. Parecéis niños de quince años. ¡Madurad!

La verdad no era fácil plantearse la magnitud de nuestros actos si decidiéramos dar el paso y convertir nuestra relación en algo más que amistad. ¿Estropearíamos nuestra amistad? ¿Nos llevaríamos mejor por ser amigos de toda la vida? ¿Tendríamos un grado más de compenetración como las parejas que llevan años juntas?

El maratón de fin de semana solo había conseguido infundirme más dudas y miedos respecto a lo que podría o no ser. Demasiadas paradojas y no se me daba muy bien la física ni las matemáticas.

Los días fueron pasando como si aquellos ratos especiales no hubiesen ocurrido o más bien, no significaran lo mismo para él. Necesitaba aclararme. ¿De verdad estaba enamorada de Javier? ¿Era solo atracción? Dicen que lo prohibido es más tentador, ¿era él mi amor prohibido? Decidí alejarme de mi amigo dentro de lo posible. Si no daba el paso para sacarme de mis dudas, igual es que me lo estaba imaginando todo, aunque Nuria se empeñase en lo contrario. En las salidas a la playa, paseos en las montañas y muchos ratos más que compartimos todos juntos, intentaba por todos los medios solo hablarle lo necesario. Nuria no estaba de acuerdo, pero me apoyaba. ¿Si él no hacía por acercarse a mí por qué iba a hacerlo yo?

Planificamos un fin de semana de chicas. Mis padres se iban de casa a visitar a mis abuelos, por lo que aprovechamos para quedarnos todo el fin de semana en mi casa. El viernes quedamos por la tarde para ver unas películas antes de salir a la noche. Habíamos ido a comprar unas pizzas a la mañana que esperaban en la nevera la hora de saciar nuestros estómagos antes de ir a la discoteca y celebrar el cumpleaños de Montse por todo lo alto.

—Cariño, nos vamos ya. Tenemos que llegar antes de que cierre la librería —me comentó mi madre.

—¿Vais a ir por la librería de Juan?

—Sí, ya sabes que me he acabado el libro que me ha recomendado y a ver si tiene alguno nuevo que llame mi atención. ¿Tú quieres uno? —inquirió con el ceño fruncido.

—Si puede ser... —Puse la mejor cara de niña buena que tenía en mi repertorio—. Me han

recomendado The Host de Stephenie Meyer, quiero ver si me engancha como Crepúsculo.

—Vale —respondió cogiendo las llaves del piso y dándole la mano a mi padre—. Recuerda limpiar todo antes de que lleguemos el domingo de casa de los abuelos.

—¡Que sí, pesada!

—Nos conocemos, Lia.

Cuando se fueron mis padres, la educación que mis amigos mantenían hasta el momento se disipó; Montse fue directa a la habitación a tirar toda la ropa que había traído sobre la cama. Nuri, al estar más familiarizada con mi casa, puso un CD en el reproductor. La música dance nos puso a todas en sintonía para un día de fiesta.

Dos películas románticas y una de comedia después, con el estómago lleno y todo medianamente recogido, nos fuimos a mi habitación a prepararnos para ir a la discoteca.

Luego de muchas vueltas, Nuria se puso un vestido de corte ibicenco con unas sandalias negras con brillantes. Montse iba con un vestido negro con vuelo, entallado debajo del pecho, y yo me vestí con un pantalón corto rosa palo cubierto con encaje y una camiseta de tirantes negra. Vale que no era el mejor look del mundo, pero iba cómoda.

Después de peinarnos, maquillarnos un poco y perfumarnos, miramos el reloj para decidir a qué pub ir primero. Eran las dos de la mañana, lo mejor sería empezar en el bar de siempre tomando unos cubatas. Nos llegaba el tiempo para ir a la discoteca que debía de estar abarrotada de turistas deseosos de jugar y pasar una noche llena de alcohol y ligués.

Chechu apareció por el bar y enseguida se unió a nosotras. Después de felicitar a Montse por su cumpleaños, nos sugirió ir a la discoteca. Así que nos fuimos cantando por la calle hasta que llegamos a la discoteca que, a pesar de ser bastante grande, parecía muy pequeña en esos momentos por la cantidad de gente que había dentro.

Un par de copas, el calor acumulado de tantos cuerpos bailando, la música y mis amigas crearon una atmósfera digna del mejor videoclip del verano. Bailaba con ganas, el alcohol hacía que olvidara mis comeduras de cabeza con Javier y en lo que podía o no pasar con él. Todo era relegado a segundo plano a medida que el líquido agrídulce del vodka negro con lima bajaba por mi garganta.

Mis amigas me llevaron hacia el centro de la pista. Apenas había hueco para bailar con tanta gente. Los extranjeros se magreaban con locales, los locales disfrutaban de las atenciones de los turistas y, sobre todo, allí todos estaban ocupados ya fuera bailando o disfrutando de la boca de otra persona.

La música me envolvió por completo. Gabry Ponte pinchaba sus éxitos más famosos y yo tenía debilidad por ese hombre y su música. Con él recordaba mis raíces italianas por parte de mi madre y esperaba que algún día pudiera ir a visitar ese grandioso país. Las veces que había ido era muy pequeña y solo tenía el recuerdo de las fotos. Me tocaba ir ahora de mayor. ¿Quizás un viaje con mis amigas? ¡Tenía que comentárselo!

Al girarme entre salto y salto, vi algo que llamó mi atención al lado de la puerta de los lavabos. Un chico alto y moreno, muy bien vestido estaba abrazando a una rubia despanpanante. No le di importancia, otra pareja de guiris más.

Después de varias canciones y con la vejiga a tope por el alcohol me fui hacia el baño después de avisar a Nuria para que viniese conmigo. Estaba segura que aún no habían arreglado las puertas desde la semana anterior, eran un poco dejados los propietarios y no por falta de dinero.

Pasé al lado de la pareja que había visto antes entre salto y salto, mientras disfrutaba de la música y me quedé paralizada. ¡No podía ser!

—¿Javi? —pregunté en un susurro.

Cómo si él me hubiese escuchado llamarle, se giró aún con la chica pegada a él. Ella seguía buscando su boca y tocándole con insistencia para que volviera a lo que acababa de interrumpir.

Nuria tiró de mí para que me moviese. Me llevó hacia el baño y allí, en un pequeño habitáculo, me derrumbé en brazos de mi amiga.

Capítulo 8

Dos semanas después...

No quedaba con la pandilla. Mis amigas al principio venían a verme, pero solo Nuria seguía insistiendo en darle algo de vida social a mi encierro voluntario.

Javier estaba liándose con una rubia de cuerpo de infarto. Olvidándose de todos los recuerdos que yo atesoraba como únicos. Momentos románticos de película. ¿Solo era un juguete? ¿Se divertía seduciéndome?

Mi madre estaba preocupada e intentó interrogarme sobre que había hecho que mi estado de ánimo cambiase tan de repente.

—Hija, ¿qué te pasa? Sabes que puedes confiar en mí para contarme lo que te apena. Intentaré ayudarte.

—No lo entiendes mamá, esto no tiene solución.

—¿Por qué? ¿Es por un chico? ¿Por las prácticas?

—Mamá... —empecé, tal vez ella podría aliviar un poco este dolor y darme un consejo—. Déjalo, ya se me pasará.

—No me gusta irme tanto tiempo de casa y más cuando estás así. Va a venir Nuria unos días, ¿verdad?

—Claro, haremos noches de chicas —le mentí.

Se fueron a su convención internacional. Aunque sé que mi madre iba intranquila, era una cita ineludible.

Encendí el ordenador dispuesta a ver su Facebook para convencerme de que todo era mentira. Que mi mente me había jugado una mala pasada. ¡Estaba convencida de que existía algo entre los dos!

Llamaron a la puerta de mi habitación que se entreabrió dejando ver la cara de mi amiga.

—¿Puedo pasar? —preguntó Nuria después de cerrar la puerta—. Tu madre me dejó pasar antes de irse.

—Para que preguntas si ya estás dentro.

—No seas antipática. ¿Qué haces con la persiana bajada? ¿Quieres convertirte en vampiro?

—No me hace gracia.

—¡Ni a mí! ¿Crees que me gusta ver cómo te destruyes? ¡Reacciona de una vez!

—Yo había pensado que había algo, que era importante para él. Los momentos que pasamos en esos días fueron tan románticos...

—¡Déjalo ya! ¿Dónde está mi amiga? Lia cogería el toro por los cuernos y seguro que lo solucionaba.

Suspiré y me levanté de la silla de mi habitación en la que estaba sentada. Me dirigí hacia el mueble bar del salón a coger una botella de tequila y un vaso corto.

—¿Qué haces? —preguntó mi amiga siguiéndome por las estancias de la casa.

—Tomarme un chupito. ¿No lo ves? —dije señalando lo obvio.

Me lo bebí de un trago y puse otro. Casi parecía una de esas películas en las que los depresivos protagonistas se destrozan el hígado porque creen que así solucionarán sus problemas.

Sabía que no era la solución, que en algún momento tendría que enfrentarme a lo que sentía y tomar las riendas, pero ahora era lo que me apetecía. Tenía veinte años y ahora todo estaba patas arriba por algo que con todo mi ser intentaba evitar, enamorarme sin remedio de Javier y perder su amistad. Sabía que esto no podía ser verdad, que él era solo mi amigo y yo me ilusioné como una tonta.

—Vale, esto lo solucionamos hoy de una vez por todas.

Mi amiga salió de la habitación y regresó con un vaso corto que colocó al lado del mío y llenó de tequila. Nos pusimos mano a mano y cuando ya notaba un pequeño pitido en los oídos mi amiga habló.

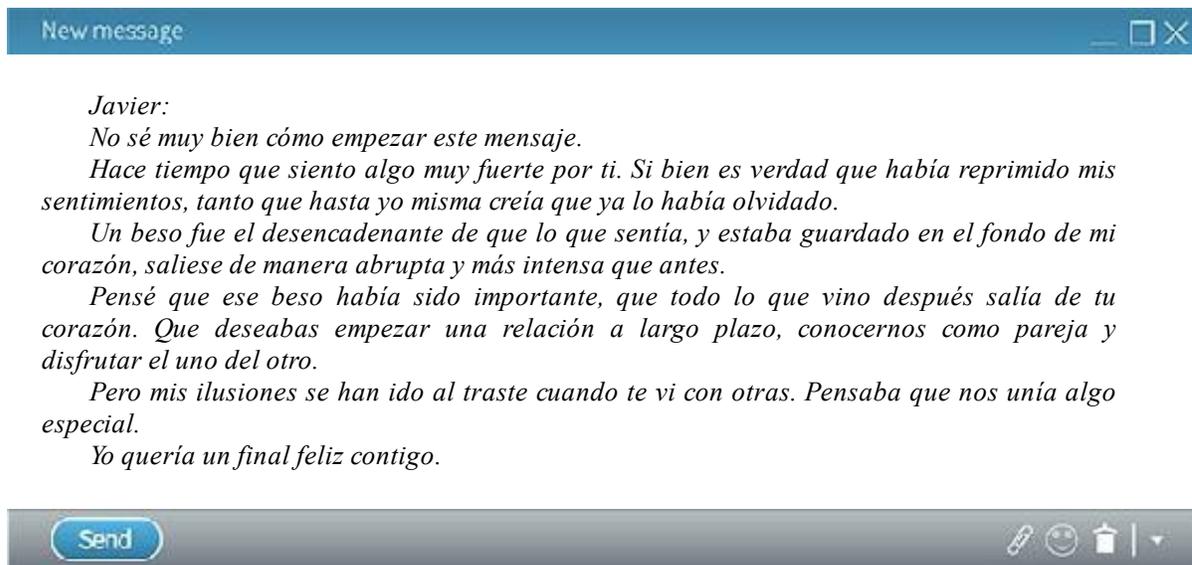
—Escríbele diciéndole lo que sientes por él. No seas niña, coge el toro por los cuernos. El no ya lo tienes. Algo hay entre vosotros. ¡Os he visto! Vuestras miradas cómplices, las caricias distraídas, lo que ocultan los silencios y sobre todo las sonrisas de tontos que ponéis. ¿Crees que no lo he visto?

Me quedé descolocada ante su discurso. ¿En serio ella lo había visto?

Se acercó a la pantalla y abrió el correo electrónico, puso el de Javier y me puso el portátil en las piernas.

—Si no te atreves a decirle en persona lo que sientes, ¡usa las nuevas tecnologías! ¡Escríbele!

Me tomé otro chupito de tequila. Me senté en la silla del ordenador y puse mis dedos sobre las teclas después de suspirar para tomar valor. Entonces escribí:



—¡Venga! Dale a enviar. ¡No lo pienses más! —exclamó mi amiga llevando mi mano hacia el botón enviar.

Hice caso a Nuria. Tomé aire y después de expulsarlo le di a enviar. Ya no había vuelta atrás.

—¡Muy bien! Has hecho lo que tenías que hacer. Ahora la pelota está en su tejado. Seguro que recapacita y estáis juntos.

Me sentí mejor después de exponer lo que sentía de esa manera. Él era importante para mí y tenía que saberlo. No me atrevía a decírselo en persona, me daba mucha vergüenza confesarle a mi amigo de toda la vida que estaba enamorada de él.

Me acerqué a la pantalla del ordenador para ver si había respondido. ¿Cómo iba a responder tan rápido?

Miré el correo con detenimiento y grité.

—¿Qué pasa? ¿Ha contestado? —Nuria miró hacia el portátil.

Mi amiga ante mi falta de respuesta, se fijó en la pantalla del ordenador para ver si había la esperada respuesta.

—¿Qué pasa? ¡No veo nada!

—¡Que estaba abierto el correo que tengo para los juegos online! ¡No va a saber que soy yo!

Capítulo 9

¿Qué acababa de hacer? ¿Por qué había pulsado el maldito botón? Y lo peor de todo, ¿cómo iba a saber que era yo?

Javier tenía a muchas chicas detrás, tal vez demasiadas para mi gusto. Nadie sabía la existencia de ese correo, solo lo usaba para los juegos online para tener puntos extra o conseguir cosas más fácilmente y poder subir de niveles de manera más rápida.

Se me cayó el mundo encima. Había abierto mi corazón en un correo electrónico para mi amigo y resultaba que no iba a saber quién era.

—Bueno, no pasa nada. Seguro que él sabe que eres tú. No creo que después de tantos años no sepa cómo escribes y te reconozca —dijo para darme ánimos.

—Sí, claro.

No tenía nada claro lo que acababa de afirmar. Aunque entendía la lógica de Nuria no estaba segura de que unas letras escritas en un correo electrónico en vez de una carta, iban a revelar mucho de su autor.

Esa noche dormí enseguida, con pesadillas alcohólicas en las que mi mejor amigo se besaba con una rubia despampanante y me ninguneaba cuando me acercaba a él. Nadaba en mares de tequila en una balsa de limón mientras lloraba lágrimas saladas. Al despertarme al día siguiente me juré no volver a beber tanto alcohol en la vida.

Me volví a refugiarme en mi habitación. Las películas dramáticas y de terror se sucedían una detrás de otra hasta que Nuria dijo que no podía más, que necesitaba estirar un poco las piernas. Paseamos por los alrededores, pero enseguida subí a casa y mi amiga suspiró antes de seguirme.

Casi sin darme cuenta se acababa el fin de semana. Había pasado sin pena ni gloria.

El lunes llegó Nuria con su aire fresco, ganas de hacerme salir y me dejé convencer por ella. Salimos al cine e incluso dar un paseo por la playa donde los niños pequeños hacían castillos de arena y, otros no tan niños, unas esculturas increíbles.

Al volver a casa para la hora de la cena, mis padres ya habían llegado de su viaje de negocios. Mi madre estaba deshaciendo las maletas y colocando la ropa que aún estaba limpia, mientras mi padre ponía una lavadora.

—Hola, Nuria, qué alegría verte —saludó mi madre—. Pequeña, te veo mejor cara.

—Sí, hemos estado hablando y paseando toda la tarde y nos hemos tomado unos helados riquísimos. También nos encontramos con Chechu y nos comentó que estaba empezando a conocer a un chico y le vimos muy ilusionado, ¿verdad Nuri? —respondí.

—Sí, a veces un paseo reconfortante hace que veamos las cosas de otra manera.

Puse buena cara por mi madre, aunque en el fondo estaba más nerviosa que antes de enviar el maldito correo si cabe. ¿Por qué no puse mi nombre al final? ¿Es que no había aprendido nada en clases? ¿De qué me había servido estudiar un tema entero de cartas, tratamientos y demás si ni siquiera pongo mi nombre al final de un correo?

Ayudé a mi padre a preparar la cena para todos; algo fresco y ligero que no se nos hiciera pesado con este calor.

Nos quedamos en el salón a pesar de que mis padres habían insistido en que comiésemos con ellos en el comedor. Prefería ver el programa de humor que retransmitían esa noche. Tal vez esos

monólogos consiguieran distraerme y hasta devolverme el optimismo que había perdido.

Nuria se marchó, Ya había pasado muchos días conmigo intentando levantarme el ánimo. Me miró con ternura y supe que le costaba dejarme en casa en mi estado medio catatónico por la ausencia de respuesta a mi correo.

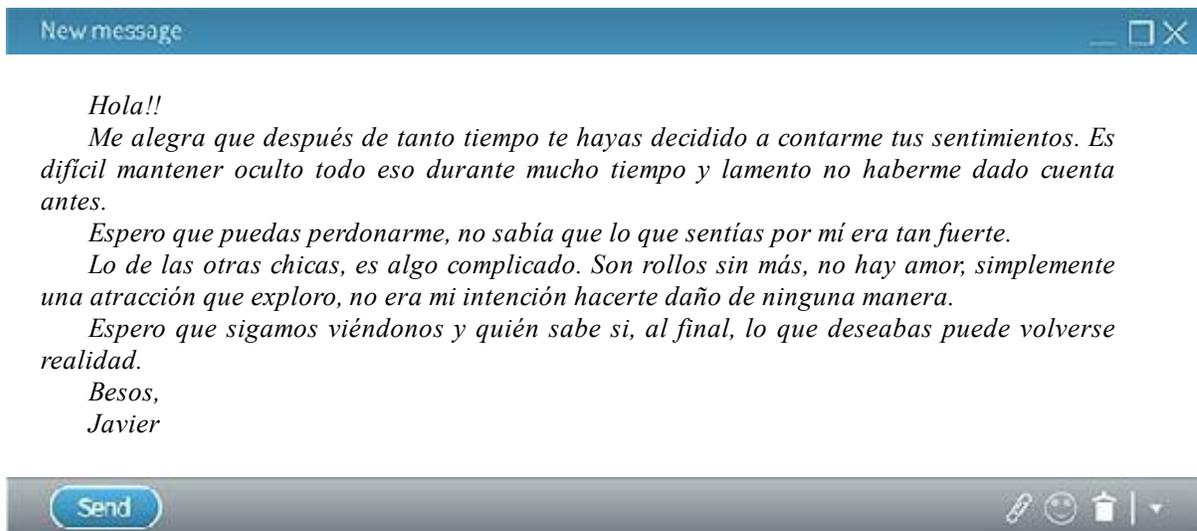
La pantalla del ordenador seguía encendida. Miré el correo, segura de que no vería nada más que los típicos mensajes con información sobre ofertas de viajes, ofrecimientos de crédito y demás cosas que no me interesaban, y que llegaban de manera masiva a esa cuenta.

Me senté en mi silla giratoria dispuesta a borrar los correos spam y ver vídeos de las flores de cerezo cayendo al suelo. Con eso estaba segura de que mi ánimo subiría. Japón tenía un poder hipnótico sobre mí.

Abrí los ojos como platos. Porque era imposible, sino había jurado que se me habían salido los ojos de las cuencas. ¡Me había contestado!

La mano me tembló al coger el ratón. Con miedo y sobre todo incertidumbre por la respuesta acerqué la flecha al correo con su nombre. Inspiré y expiré como en las clases de relajación. ¿De verdad me había contestado? ¡Seguro que solo dice que quién soy para decir tales cosas!

Un nudo se formó en mi garganta impidiendo que tragase saliva de manera normal. Conté hasta tres y me dije mentalmente «no es para tanto». ¿Por qué me ponía así? Cliqué en el mensaje e inspirando una vez más para coger valor ante lo que podía haber escrito, me dispuse a leer su respuesta.



Capítulo 10

Releí más de diez veces el correo electrónico de Javier. Si bien no decía nada sobre sus sentimientos, si explicaba el tema de sus rollos. No era nada serio y eso me daba esperanzas de que, como él mismo escribía al final de su misiva, en el futuro pudiera tener con él todo lo que me imaginaba. Como decía mi madre: «la vida da muchas vueltas, nunca sabes cómo van acabar las cosas. Solo cómo empiezan».

Me acosté con una sonrisa de oreja a oreja en los labios. No le contestaría inmediatamente, tenía que saborear sus palabras una última vez. Esperanza, ilusión y el corazón lleno de alegría habían desterrado las últimas semanas de sufrimiento autoimpuesto. Ahora, en ese momento, me daba el lujo de soñar con un futuro idílico y deseado.

Morfeo me llevó a la playa en la que la última vez había estado con Javier. Estaba de espaldas a él, sus brazos me rodeaban y bailábamos con una música inexistente mientras el cielo se volvía más y más oscuro a la vez que las pequeñas olas nos cubrían los pies.

Nos balanceábamos, despacio. Sentía oleadas eléctricas recorrerme entera. Mi vello se erizó cuando susurró: «te quiero».

Me giré para poder observar sus ojos. Enseguida sentí de nuevo esa extraña conexión. Las mariposas que se supone sentimos en la barriga se habían convertido en abejas asesinas y solo deseaban otra caricia. Una y otra más.

Javier posó sus manos en mi cara e hizo que la levantara. Entonces me besó. Comenzó siendo dulce y tierno, pero poco a poco fue pasando a más insistente hasta rebosar pasión.

Mi piel ardía, mis manos temblaban. Él las llevo hacia sus duros pectorales después de quitarse la camiseta y paseé mis dedos por ellos notando su suavidad. Me acerqué más para empapar me del olor de su tostada piel. Un aroma a mar y madera me inundó. ¡Qué bien olía!

Sus brazos me atrajeron hacia él y sus labios volvieron a apresar los míos. Nuestras lenguas empezaron una lucha por el poder que rápidamente quedó en empate.

Javier, me fue quitando el vestido veraniego que llevaba a la vez que dejaba un reguero de besos en mi piel.

Sus manos se pararon en mis senos para torturar con sus dientes mis pezones. Su lengua jugaba con ellos, consiguiendo que se pusieran duros y que miles de sensaciones me recorrieran. Solo estaba segura de una cosa: no quería que parase.

Me tumbó en la arena de la orilla, endurecida por el agua y las miles de pisadas de la gente. Javier se posó encima de mí y noté su erección entre mis piernas. Deseaba más, quería más caricias y más pasión.

Nuestras bocas se encontraron y bebieron una de la otra. Nos necesitábamos, lo sentía. Era nuestro momento, uno único que atesoraríamos para siempre. Mis manos recorrieron su cuerpo para quitarle el bañador que llevaba a modo de pantalón corto. No le hacía falta ahora mismo. Con un rápido movimiento se desvistió e hizo lo propio con mi ropa interior.

El agua rodeándonos, la arena pegándose a nuestros cuerpos calientes, caricias y un reguero de besos hicieron estremecer mi cuerpo. Caricias, besos, su lengua en mis pezones, oleadas de sensaciones me recorrían por todo el cuerpo deseando que no parase. Quería descubrir nuevas cosas y, sobre todo, tener mi primera vez con la persona que realmente amaba.

Sus manos bajaron lentamente hacia mi pelvis recorriendo mi piel y erizando mi vello. El miedo me invadió. Era mi primera vez. ¿Me dolería mucho?

Enseguida mi mente desechó la idea ante la avalancha de placer que Javier me estaba proporcionando. Su lengua experta empezó a lubricar y torturar mi clítoris que combinado con mordidas suaves sentía que iba a explotar en cualquier momento.

Gemí cuando uno de sus dedos fue hacia mi sexo para jugar y hacerme disfrutar. Con movimientos expertos conseguía que cada vez hubiera menos resistencia a su entrada.

El tiempo se fue difuminando, nada me importaba. Me daba igual si alguien nos veía, yo solo quería disfrutar.

De mi boca salió un gemido que no pude ni quise reprimir. Javier succionaba mis labios inferiores mientras con sus dedos me pellizcaba de nuevo el clítoris. Yo solo podía agarrarle el pelo e intentar no desfallecer ante las intensas oleadas de placer que me estaba provocando.

Javier cambió sus hábiles dedos por su miembro duro y erecto. Poco a poco y acompañado con palabras de amor, consiguió entrar. Un gemido mezcla de dolor y éxtasis salió de mi boca. Estaba haciendo algo prohibido, ya no era mi amigo sino mi amante.

Jadeos y gemidos eran arrancados en cada empuje, mi vello estaba erizado y la necesidad de más imperaba en todo mi ser. Continuamos una batalla sin tregua entre nuestras lenguas. Mi cuello estaba a su merced y su afán por morderlo me despertaba nuevas sensaciones que me gustaban.

Le rodeé con mis piernas mientras él aceleraba el ritmo para llegar al suyo propio. Le mordí el cuello y tras chillar mi nombre cayó sobre mi cuerpo.

Así nos quedamos unos minutos. Abrazados, sudados y cubiertos de arena y sal.

Capítulo 11

Me desperté más temprano de lo normal. En mi cara seguía una sonrisa de oreja a oreja. Fui al ordenador que había dejado encendido y releí el mensaje de Javier.

Estaba en una nube. Él no sentía nada por la rubia pechugona con la que se estaba besando la otra vez. ¡Lamentaba haberme hecho daño! Eso era que sentía algo por mí, ¿no?

Me dispuse a responderle y durante unos minutos, empecé y borré varios mensajes. ¿Qué debía decirle ahora?

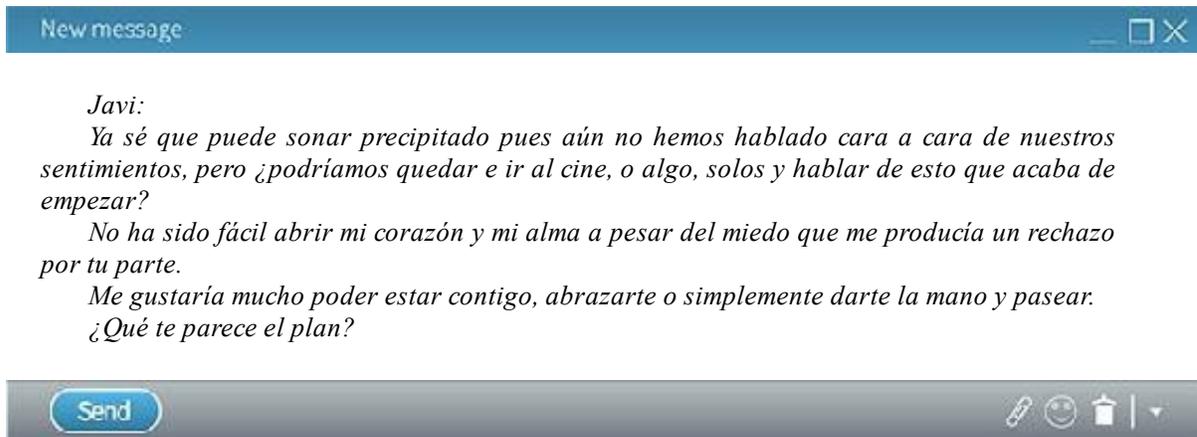
Cogí el móvil, abrí el WhatsApp y le envié un mensaje a Nuria con la palabra «S.O.S.». No salía que estuviese en línea, estaba segura de que no tardaría en contestar. Mi amiga me daba seguridad, sabía que si ella estaba conmigo las palabras saldrían al igual que había ocurrido con el correo electrónico. Aun así, había una pregunta que rondaba sin cesar por mi cabeza y no lograba responder, ¿por qué estaba tan insegura? Yo no era así.

El sonido de las notificaciones me sacó de mi razonamiento en busca de una explicación a mi inseguridad. Abrí el mensaje de Nuria.

Nuri: No seas tonta, proponle una cita. Él y tú solos, cine, algo...

A ver, me había costado años y una botella de tequila abrirle mi corazón. ¿Cómo iba pedirle una cita ahora?

Regresé al ordenador. Volví a leer su mensaje por enésima vez y armándome de valor empecé a teclear:



Le di al botón de enviar sin releer lo que acababa de escribir. Me conocía demasiado bien y si lo hacía me echaría atrás.

Una hora, dos, tres, cuatro... ¿Acaso no me iba a contestar?

Caminaba por casa como un león enjaulado. Me desesperaba que tardase tanto en responder, cada dos por tres iba a mirar en el ordenador si había alguna notificación.

—¿Va a venir a comer Nuria? —quiso saber mi madre.

—La verdad es que no le dije nada, espera que le mando un mensaje.

—Dile que estoy haciendo pechugas al Roquefort.

Miré extrañada a mi madre con el móvil aún en la mano sin enviar el mensaje.

—No me mires así, también te hice tarta de queso.

—¿La fría? —pregunté a pesar de saber la respuesta.

—Claro.

Me encantaba esa tarta y si por encima llevaba mermelada de fresa me gustaba aún más. Parecía que iba a ser un gran día. La noche había sido como el botón de RESET de las máquinas y todo tenía un nuevo color.

Mi amiga, por toda respuesta, se presentó en casa diez minutos después de que le enviara el mensaje.

—Siempre es un placer estar aquí —dijo la mar de educada.

—A nosotros también nos gusta tenerte en casa —respondió mi padre.

Después de comer, recoger y limpiar, para parecer unas niñas buenas, mis padres nos preguntaron por nuestros planes.

—No sé. Iremos un poco sobre la marcha como siempre.

—Tal vez vayamos al cine. Hay en cartelera algunas películas interesantes —respondió Nuria.

—Pasadlo bien. Nos vemos a la hora de cenar. —Mi madre se despidió de nosotras cogiendo una bolsa para irse a la playa—. Hay que disfrutar del día libre y del verano.

Nos reímos y cuando salieron de casa, nos encaminamos a mi habitación para enseñarle el mensaje que me había enviado a Javier y mi respuesta.

El móvil de Nuria y el mío sonaron. Una notificación en el grupo de WhatsApp. ¡Era de Javi!

Javi: ¿Salimos al cine o algo panda? Me aburro en casa...

Chechu: Va, venga. Seguro que hay alguna peli de terror que nos llame la atención.

Montse: No, terror no. ¿Qué tal algo de comedia o mismo, acción.

Chechu: Te dan miedo los fantasmas?? 

Montse: No, pero llevo toda la semana viendo esas pelis y quería cambiar un poco. 

Javier: Y si vemos una de polis? 

Montse: Y que tal una romántica? 

Nuria: Bueno, nos juntamos todos y elegimos algo en la cartelera.

Yo no contesté. Estaba decepcionada. Le acababa de proponer eso mismo a Javier y él se lo decía a todos. ¿No quería quedar conmigo a solas?

Salimos de casa media hora antes de la hora acordada con los chicos. Nuria me había pedido que alegrara la cara, que parecía que íbamos a un entierro en vez de al cine. Mi amiga intentaba animarme, pero la idea de que no quería que nos viésemos a solas empezaba a surgir con mucha fuerza en mi mente. No entendía nada, no era la primera vez que pasábamos las tardes solos.

—Tía, no te rayes. Seguro que tiene que digerir los que le acabas de escribir. Sois amigos de toda la vida, para él seguro que también es difícil. Veamos cómo se comporta en el cine y luego sacamos conclusiones, ¿te parece?

Nos reunimos como siempre en el centro comercial. Poco a poco fueron llegando todos; el último fue Javier, el mismo que había propuesto la salida. Nos saludamos como siempre. Al final nos decidimos por una película de comedia. Necesitaba alejar los malos pensamientos que se abrían paso en mi mente. ¿Estaría jugando conmigo? ¿No quería que nadie se enterase de lo que sentía? ¿Se avergonzaba de mí?

Tras coger un bol de palomitas y una coca cola, fuimos a la sala donde proyectaban el film y nos sentamos en nuestras butacas. Estábamos arriba de todo, se veía genial desde allí. Empezaron a pasar los comerciales y nos acomodamos, mientras la sala se llenaba poco a poco.

El film dio comienzo y a medida que bajaban las palomitas y la bebida, las carcajadas aumentaban. Hacía mucho tiempo que no me reía de esa manera. Me había acostumbrado a ver anime y series extranjeras por lo que las películas habían quedado relegadas.

Al salir del cine, paseamos por el centro comercial. Nos metimos en la sala recreativa y nos pusimos a jugar. Nuria y yo echamos un par de partidas a la máquina de baile, muy americano. Los chicos compitieron en las carreras de coches y luego todos nos unimos en el fútbolín.

Se acercaba la hora de cenar y Montse sugirió ir al Jimmy's. Un restaurante americano con muy buena comida. Siempre estaba lleno por lo que tuvimos que esperar a una mesa libre; espera que amenizamos con chistes y sobre todo con cotilleos.

Chechu nos había dicho que el chico al que estaba conociendo le gustaba mucho y le había propuesto ser pareja formal. Todos quedamos en vilo esperando a que nos dijese lo que le había respondido el chico, al que todavía no le poníamos cara, pero sí nombre: Pedro.

—¿Y bien? ¿Qué te dijo? —pregunté ansiosa de saber la respuesta de una vez.

—¡Que sí! Que estaba muy emocionado de que se lo hubiese pedido porque él tenía miedo. Solo llevamos un mes viéndonos y pensaba que si me lo proponía le dejaría.

—¡Qué bonito! —exclamó Nuria.

—Por lo que nos cuentas, se ve un chico con las cosas claras. Me alegro mucho, Chechu —dijo Montse.

Todos le abrazamos y le dimos la enhorabuena. Chechu había tonteado con varios chicos, pero ninguno le había llegado al corazón. Me alegraba de corazón de que empezase una relación que le entusiasmaba como cuando compraba un videojuego nuevo. Tenía el mismo brillo de ilusión en los ojos.

Después del cenar, nos fuimos a RobHood. Nos gustaba mucho ese bar por su decoración, además de que quedaba en un punto intermedio de todas nuestras casas. Empezamos a ir cuando el hermano de Chechu empezó en una liga local de dardos. Poco a poco, por ayudarle a entrar, acabamos cogiendo afición al juego y nos metimos en la liga también. Teníamos allí nuestros estuches con los dardos, recambios y plumas. Las mías eran mayoritariamente de calaveras. ¡Me encantaban! Nos sentamos en nuestra mesa de siempre, al lado de la diana.

—¿Una partida? —propuse.

—¡Venga! Voy por los dardos.

Cuando Javier vino con los dardos, estábamos decidiendo cómo nos repartiríamos en equipos.

—¿Qué tal chicas contra chicos? —preguntó Javier.

—Si no te has dado cuenta, no estamos pares... —sentenció Montse.

—Puedo avisar a Pedro, si queréis —ofreció Chechu algo avergonzado.

—Me parece buena idea, pero quien pierda paga una ronda de bebidas —anunció Nuria.

Todos estuvimos de acuerdo y cuando llegó Pedro quedamos fascinados ante la presencia de ese chico. Se le veía formal, tenía una sonrisa tímida, a mí, me encantó nada más verlo. Le pegaba mucho a Chechu. Ambos eran por un estilo, les auguraba un buen futuro. Nos repartimos en equipos y empezamos a jugar.

El local se fue llenando de gente de todas las edades. El ambiente mejoraba. La música actual resonaba y muchos clientes comenzaron a bailar, algunos buscando el ligue de la noche. Mujeres en grupo hablando de vete a saber qué, hombres reunidos en la barra jugando al póker con dados, todos estaban llevando a cabo un plan nocturno. Algunas personas se acercaron para usar la diana, menos mal que había dos. La multitud se arremolinaba por la pista y ya empezaba a haber espera para ir al servicio.

Entré en el baño para refrescarme. El alcohol empezaba a subir y yo necesitaba estar cuerda en todo momento. Las dos últimas veces que me había excedido un poco había cometido locuras; la primera, besar a Javier en la discoteca y, la segunda, enviarle el mensaje que me torturaba a pesar de que había contestado. No quería una tercera.

Salí del baño y en ese momento Javier salía del suyo. Nos encontramos en el pasillo angosto.

Él se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y yo, como una estúpida sin cerebro, me dejé embaucar por esos ojos marrones que brillaban como nunca. Cogió mis manos y las puso en sus pectorales. A través de la camiseta noté su fina y suave piel, además de su dureza. Le miré de nuevo. Me vi reflejada en sus ojos y suspiré.

—Estás muy guapa.

—Gracias, tú también.

Sus manos subieron por mi cadera. Entreabrí un poco mis labios, me costaba respirar de forma normal. Él me volvía loca con su simple roce. Empecé a notar las mariposas ascender y recorrer mi cuerpo. Quería un beso. Sentir que él me amaba y que éramos una pareja como cualquier otra. Javier inclinó la cara hacia mí, con su mano levantó mi mentón con suavidad. Su cuerpo me aprisionó contra la pared. Cerré mis ojos sabiendo lo que iba pasar, lo que deseaba que pasara...

—Ejem, ejem —dijo uno que quería pasar hacia el baño.

Javier se separó como si acabara de tocar un alambre electrificado. Me marché corriendo del local sin despedirme de mis amigos y dejando a Nuria con cara de póquer.

¿Porque solo pasaban estás cosas cuando estábamos solos? ¿Se avergonzaba de lo que sentía? ¿Acaso le daba vergüenza que le vieran conmigo en plan pareja?

Capítulo 12

Me encerré en mi cuarto y me tiré encima de la cama, igual que una adolescente con las hormonas revolucionadas, llorando como si hubiese perdido lo más valioso del mundo. Solo había una cosa normal en toda esta situación, que mis padres llevarían un par de horas durmiendo y no había tenido que explicarles el porqué de mi comportamiento.

El teléfono comenzó a sonar insistentemente. En la pantalla apareció el nombre de Nuria. En el WhatsApp tenía varias notificaciones de mis amigos preguntándome por qué me había ido. No me gustaba dejarles en visto, pero tampoco quería dar explicaciones, y mentir no era la solución. Ellos no tenían la culpa de que todo esto me afectara más de la cuenta y no supiera comportarme como una mujer hecha y derecha.

Me quedé dormida recordando ese momento de complicidad con Javi. Esa mirada llena de fuego que solo veía en mis sueños.

*

Cuando la luz tocó mis párpados, me giré para darle la espalda a la ventana e intentar dormir un poco más por el silencio que había en casa sabía que mis padres ya se habían ido a trabajar después de disfrutar su día libre. Lo que había ocurrido la noche anterior no se me olvidaba. Sus ojos, sus manos firmes, mi nerviosismo y las ganas de que me besara; el tipo que nos había interrumpido y, sobre todo, el «estás guapa» que me había dejado descolocada. No conseguía relajarme. Decenas de sentimientos se arremolinaban en mi interior. Como siempre me encontraba así, decidí jugar al juego de guerra online. De repente, me sonaba atractivo lo de ir a atacar otros castillos, dar muestra de mi poder y sentirme un Dios. ¿Habría una psicópata dentro de mí?

Moví el ratón para quitar el salvapantallas. Abrí el navegador y puse la dirección del juego online. En la pestaña del correo las letras comenzaron a titilar anunciando un nuevo correo. ¿Alguna oferta? ¿Estaba yo para irme de viajes o comprar televisores!

Abrí el correo y allí estaba, con letras negras, su dirección. Me temblaron las manos al hacer click, pero la curiosidad me podía más en esos momentos.

New message



Buenas:

Sé que es muy temprano pero no conseguía dormir. He estado toda la noche a caballo entre el sueño y la vigilia.

Siento mucho lo de ayer, no tengo excusa para haberme comportado así. No ha estado bien y no se repetirá nunca más, ¡lo prometo!

¿Qué tal si posponemos la cita un par de semanas? Viene familia mía del extranjero y me temo que no tendré mucho tiempo libre.

Besos,

Javier.

Send



Algo me había dicho de que venía una prima suya de Suiza a presentar a su hija recién nacida. Bueno, recién nacida no. Tenía unos cuantos meses, pero son bebés por mucho tiempo. Pataleos, lloros, ganas de tirarse de los pelos, darles de comer y cambiar pañales es todo lo que se hace durante los primeros años. También sabía por otras amigas con familiares de corta edad, que había bebés que se pasaban el día durmiendo y comiendo y que era como si no los tuvieran. Tranquilos y fáciles de manejar. ¿Cómo sería la primita de Javier?

Sin quererlo ya estaba pensando en si quería o no ser madre y si esos hijos serían con él. ¿Tendrían mis ojos y su color de pelo? ¿Al revés? ¿Mis labios? ¿Serían tranquilos o todo lo contrario?

Decidí hacerme de rogar con la respuesta. Él había pasado de mí la vez anterior y ahora debía ser yo la que le hiciera esperar. Después de comer llamé a Nuria, pero a pesar de las ganas que tenía de cotillear, había quedado con su novio en hacer un plan de parejita feliz, así que me monté mi plan de sofá, peli y manta, obviando esta última debido al calor que hacía. Rebusqué en los armarios las golosinas y aprovechando mis vacaciones de verano, me centré en mi nueva ocupación: ver películas de mi infancia. Disney me hacía soñar con un final feliz en mi propia historia, aunque, a veces, y pensándolo fríamente, se parecía más a una telenovela.

Así sin darme cuenta, llegó la noche y con él un mensaje al grupo de la pandilla.

Javi: Ya han llegado mis primos.

Con esas cinco palabras supimos que durante un tiempo Javier estaría desconectado. Durante dos semanas, la familia de mi amigo lo acapararía y él les los rincones bonitos de nuestra isla. Primero venían los de Suiza, luego los de Argentina.

Capítulo 13

Habían pasado cuatro días la más de rápido y tenía planes con Nuria para casi todo el día. ¡Era nuestro día!

Habíamos planeado un día de relax, por llamarle algo. Peluquería para ponernos guapas, manicura y pedicura sin olvidar irnos de compras para encontrar el mejor vestido para las fiestas que estaban por llegar.

—Bueno, ¿le has contestado ya? —me preguntó Nuria mientras nos hacíamos la manicura.

—Pues no, ¿debería escribirle para decirle que vale? Todos los años pasa lo mismo y sabe de sobra que siempre le espero...

—Lia, los tíos son así. Aunque sepan que algo es de color blanco, hay que recordárselo.

—Bueno... Javier sí que es olvidadizo, pero no creo que haga falta que le responda.

—Hazme caso. Seguro que está esperando que le contestes. Además, la última vez que estuvisteis solos te fuiste corriendo. ¿Ahora si vas a contármelo?

Las chicas en ese momento aplicaron el secante rápido a nuestra manicura y nos pasaron a la zona de pedicuras. Ha había dos pediluvios llenos de agua y jabón. Metimos los pies y empezó el masaje. ¡Me encantaba eso! Tenía que comprarme uno para casa.

—La verdad, no hay mucho que contar —contesté quitando importancia al asunto.

—Venga, no te hagas la interesante.

Me reí ante lo que acababa de decir. Yo no me hacía la interesante, lo que pasaba es que ella era muy cotilla. Aunque entendía sus ganas de saber, era la primera vez desde que habíamos dejado atrás la etapa hormonal revolucionaria, que me comportaba de esa manera, tan insegura de mí y de lo que decir.

—No me hago la interesante. No pasó nada del otro mundo.

Empecé a relatarle lo que había pasado en el pasillo, como me había sentido, las ganas de ese beso y, sobre todo, que nos habían interrumpido antes de poder besarnos.

—¡Joder! Pues ya podía haberse hecho un nudo en la polla y aguantarse...

Nos reímos a carcajadas y nos callamos en el momento en que vinieron las chicas para seguir con la pedicura. Mi amiga, a veces, podía ser muy bruta, aunque la mayoría del tiempo era una mujer de maneras delicadas, por eso mismo, cuando decía una burrada del estilo, me reía como nunca. Me la imaginaba con un camión en una pelea de palabras malsonantes.

—Por eso, creo que no tengo que decirle nada, la verdad. Está todo dicho de alguna manera o así lo siento yo.

—Entiendo tu punto de vista, pero te recuerdo que a los hombres hay que decirles todo. ¡No saben leer entre líneas!

No volvimos a sacar el tema y nos abandonamos al cuidado de nuestros pies. No íbamos a llegar a un acuerdo, y no queríamos estropear el precioso día de chicas que estaba empezando.

*

Después de recorrernos al menos unas cinco tiendas diferentes, dimos con una un poco escondida. Tenía un nombre raro, pero su escaparate llamaba la atención de lo bonito que estaba.

Nuestros padres nos habían inculcado desde muy pequeñas la importancia de comprar en locales pequeños y de la zona. Teníamos que apoyar el pequeño comercio local para que no desapareciera, así que entramos y observamos aquella tienda llena de atuendos preciosos.

—¡Mira que vestido más bonito! —me gritó Nuria llena de emoción después de pasar varias perchas.

—Hay cosas muy hermosas. ¡Mira este!

La dependienta se acercó a nosotras para ayudarnos a elegir la ropa. Ayuda que enseguida aceptamos. Después de un par de preguntas sobre nuestros gustos, empezó a mostrarnos prendascada una más bella que la anterior.

—Todos son diseños propios y se hacen aquí. Os lleváis unas joyas —nos dijo cuando fuimos a pagar.

Ya teníamos el vestido perfecto, ahora nos faltaban los zapatos y la joyería. Una amiga de mi madre tenía una pequeña tienda en la que se podía comprar un montón de piezas de bisutería. Cogimos nuestras cestas y empezamos a rebuscar entre todas las piedras, perlas y demás abalorios. Cuando quedamos satisfechas nos fuimos después de darle las gracias y pagar a Ania. Era un encanto de mujer.

Los zapatos fue algo más complicado de conseguir, por lo menos para mí. No me gustaban demasiado los tacones. Bueno, sí me gustaban, lo que no me gustaba era llevarlos demasiado tiempo. Al final me decanté por unas bailarinas cómodas que podría usar siempre que quisiera.

Llegamos a la Plaza Mayor. Estábamos cansadas y nos sentamos en una de las terrazas. Después de pedir dos copas de helado, empezamos a hablar de las ganas de que llegasen las fiestas. Poder lucir nuestros vestidos y disfrutar con los amigos.

Nuria estaba un poco nerviosa, su novio le había mandado un mensaje para quedar esta misma noche. ¡Ay, el amor!

Me despedí de mi amiga con un gran abrazo y entré en el portal. Ya casi era la hora de cenar y ella tenía que prepararse para su cita.

—¿Qué tal las compras? —preguntó mi madre nada más entré por la puerta.

—Genial. ¿Quieres verlas?

Dejé las bolsas en el sofá y cuando se acercó empecé a enseñarle lo que había comprado.

—El vestido es precioso, seguro que te queda muy bien.

—Gracias, mami.

Le enseñé los abalorios que Ania nos había envuelto con mucho esmero.

—Mira, con estas haré un collar y unos pendientes a juego. Ania tenía muchas cosas nuevas y muy bonitas, nos costó mucho decidirnos.

—Sí, Ania viaja por muchos sitios para traer la mejor mercancía. Me alegro mucho de que le vaya bien el negocio. Se lo merece.

Mi madre volvió a la cocina a preparar la cena. Mientras, yo recogí mis cosas y fui a mi habitación.

Dejé todo lo más ordenado posible y fui a la cocina a ayudar a mi madre. Cuando estaba casi todo listo entró mi padre y nos sentamos a cenar y hablar de nuestro día. Por la sonrisa de mi madre, sabía que estaba contenta de que volviera a ser la de siempre.

Después de la cena y de ayudar a recoger todo, me di una larga y refrescante ducha y entré en mi habitación.

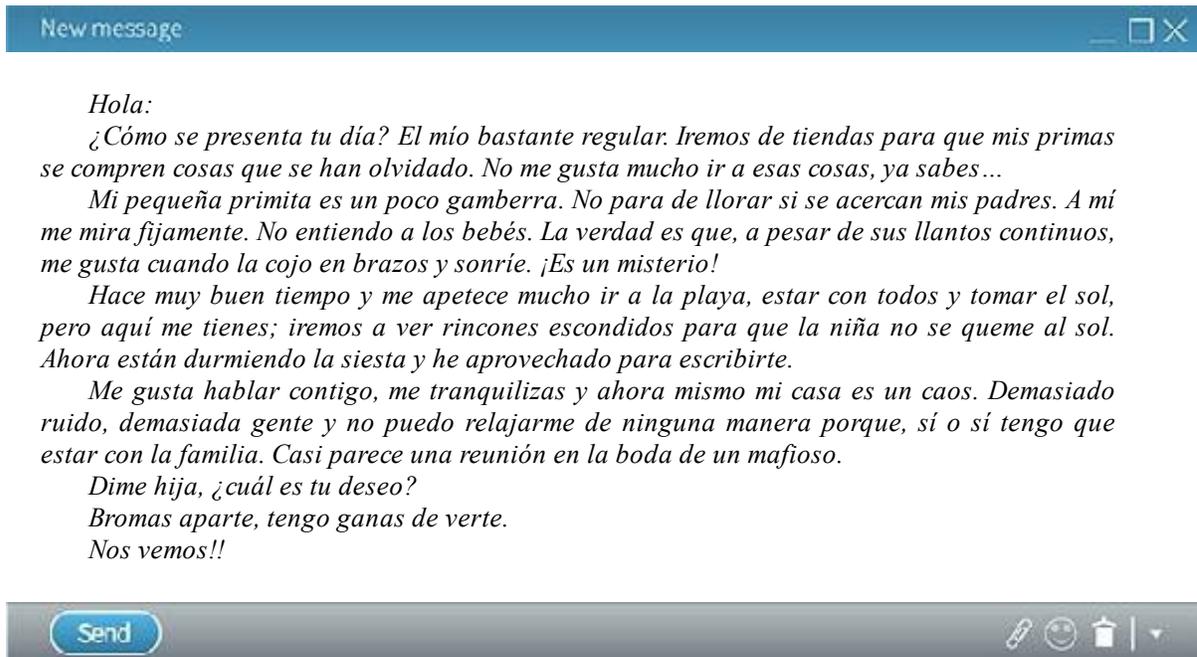
Fui hacia el ordenador para contestarle a Javier cómo me había dicho mi amiga cuando...

¡Tenía otro mensaje de él!

Capítulo 14

Me acerqué al ordenador con una mezcla de miedo y alegría. Parecía mentira que sintiera tanta dicha por un mensaje cuando solíamos vernos casi todos los días.

Después de sentarme en la silla giratoria, con la que tanto me divertía mientras pensaba en cosas insustanciales de la vida, abrí el correo de Javier.



Hola:

¿Cómo se presenta tu día? El mío bastante regular. Iremos de tiendas para que mis primas se compren cosas que se han olvidado. No me gusta mucho ir a esas cosas, ya sabes...

Mi pequeña primita es un poco gamberra. No para de llorar si se acercan mis padres. A mí me mira fijamente. No entiendo a los bebés. La verdad es que, a pesar de sus llantos continuos, me gusta cuando la cojo en brazos y sonrío. ¡Es un misterio!

Hace muy buen tiempo y me apetece mucho ir a la playa, estar con todos y tomar el sol, pero aquí me tienes; iremos a ver rincones escondidos para que la niña no se queme al sol. Ahora están durmiendo la siesta y he aprovechado para escribirte.

Me gusta hablar contigo, me tranquilizas y ahora mismo mi casa es un caos. Demasiado ruido, demasiada gente y no puedo relajarme de ninguna manera porque, sí o sí tengo que estar con la familia. Casi parece una reunión en la boda de un mafioso.

Dime hija, ¿cuál es tu deseo?

Bromas aparte, tengo ganas de verte.

Nos vemos!!

Me reí como una boba ante su pregunta. ¿Mi deseo? Estar con él, disfrutar de sus días, abrazarle, darle la mano mientras caminamos por la calle, robarle besos cuando esté despistado, pero, sobre todo, saber que es mío como yo lo soy de él.

No le contesté, cerré el portátil y con una risa boba en la cara me acosté deseando más que nunca ese final feliz. Ese día en que él y yo estemos juntos, nuestros labios unidos y con un futuro por delante.

La mañana llegó mucho más rápido de lo que me habría gustado, ¡si apenas llevaba un rato en cama!

Me aseé y mi madre me dio una lista de recados que hacer mientras ella iba a trabajar. No es que me gustara demasiado eso de ser ama de casa, pero como ella dice: «su casa sus normas». Cuando terminé todo, antes de ponerme a hacer la comida, llamé a Nuria.

—¡Ey! ¿Qué haces? —preguntó mi amiga.

—Espera que pongo el manos libres.

—Vale.

—Ya. Voy hacer la comida. Al final no me dijiste que quería tu chico.

—Ahh, eso. Nada que iba a empezar a trabajar media jornada en el taller de un amigo de sus

padres. Que igual no podíamos vernos muy a menudo, pero que me quiere con locura y siempre que pueda se va escapar.

—Bueno así coge algo de experiencia. Le vendrá bien.

—¿Y tú? ¿Algo que contarme? ¿Le has respondido?

—No a todo —le respondí entre risas.

—¿Pero por qué? ¿Quieres hacerte la interesante? Eso suele funcionar con ellos.

—No, Nuri. No quiero hacerme la interesante. Es solo que no sé qué decirle, solo me habla de lo que hace, su familia, el bebé... nada que haya que responder.

—Tía, tienes que contestarle.

—Vale, te prometo que lo haré. ¿Satisfecha?

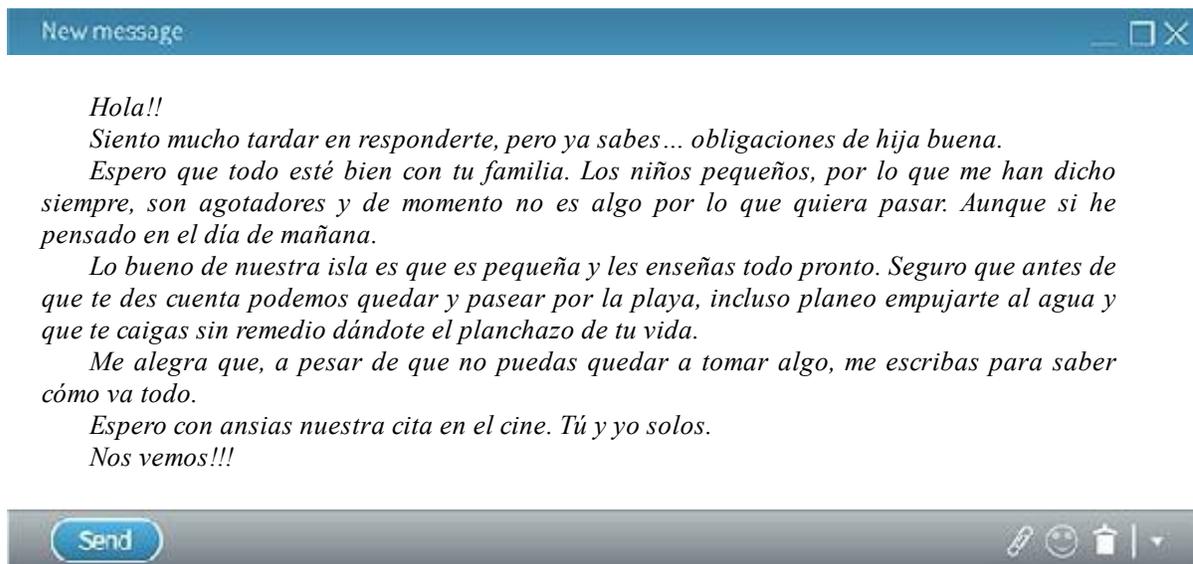
—Mucho.

—Bueno, pues te dejo que si no no termino la comida en la vida.

Nos reímos y colgué el teléfono. Mientras cortaba cebollas y pimientos, pensé en qué podía responderle a Javier.

El resto del día pasó rápido, pues me sumergí en la lectura de una nueva novela. ¿Era cosa mía o en los libros los romances siempre acababan bien? Entonces, ¿en verdad no había hombres como los que se describían? Ya no por lo guapo e imponentes que solían ser todos, sino porque eran la mar de atentos, románticos, preparaban unas espléndidas veladas a la luz de las velas y siempre declaraban su amor abiertamente sin miedo.

Después de cenar, con la promesa a mi amiga de contestarle aún en mente, me senté delante del ordenador.

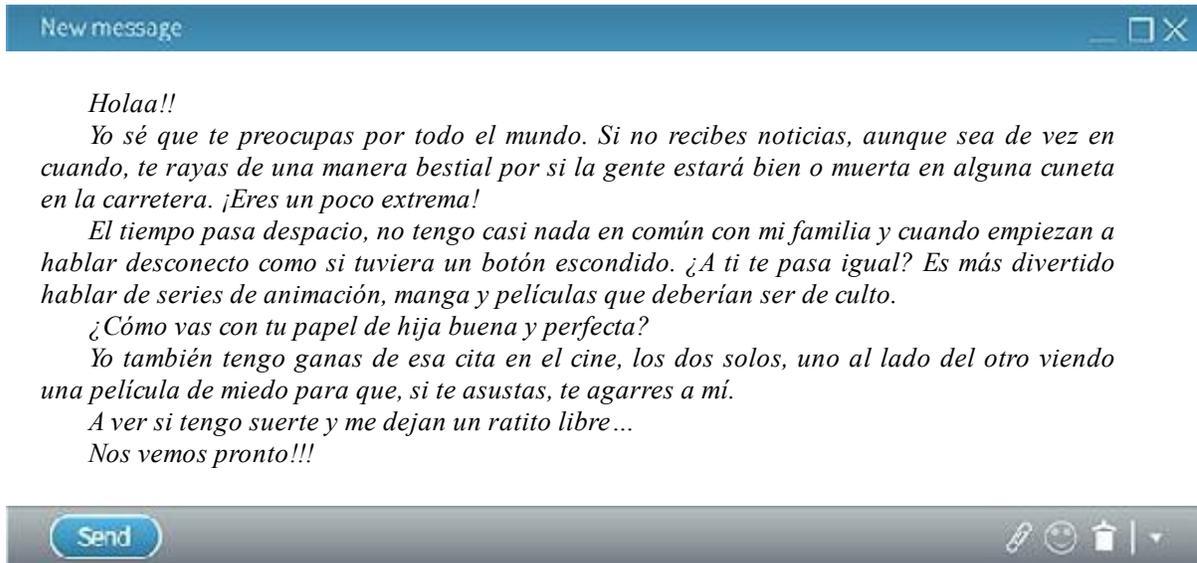


Morfeo enseguida me acogió en sus brazos para llevarme al lugar al que tanto solía ir últimamente. A mi vida alternativa con Javier. Esa vida en la que él y yo somos pareja, en la que nos complacemos y amamos como un día sin fin. Ese lugar en el que nos casamos y tenemos hijos preciosos que me dejan instalada de manera permanente una sonrisa en los labios.

Capítulo 15

Me desperté y como venía siendo lo normal en los últimos días, lo primero que hice fue mirar el correo electrónico en el ordenador.

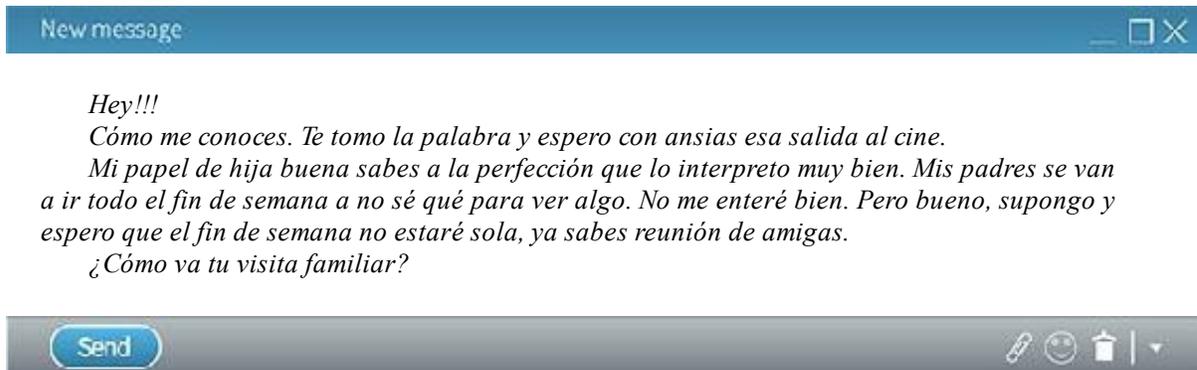
Allí, en la bandeja de entrada, había un nuevo mensaje suyo.



Suspiré con sus palabras, ¡me conocía muy bien!

Las películas de miedo no eran mis favoritas, no me daban miedo, pero alguna vez si me sobresaltaba. Me asombró sus ganas de hacer de caballero de reluciente armadura en busca de salvar una frágil damisela.

Estiré los dedos y con el corazón revolucionado empecé a teclear mi respuesta. Seguro que se asombraba de tener noticias tan pronto cuando solía dejar pasar un día o dos para responderle.



Le di al botón de enviar. Me levanté y fui a desayunar. Mis padres estaban en casa, sus jefes

les habían dado el día libre para que preparasen todo lo necesario para el simposio del fin de semana. Mi padre iba y venía con folios que salían de la impresora, mamá ya había hecho la maleta y ahora ayudaba a papá con las notas y subrayando cosas importantes en las hojas que imprimía.

—¿Va a venir Nuria el fin de semana?—preguntó mi madre nerviosa.

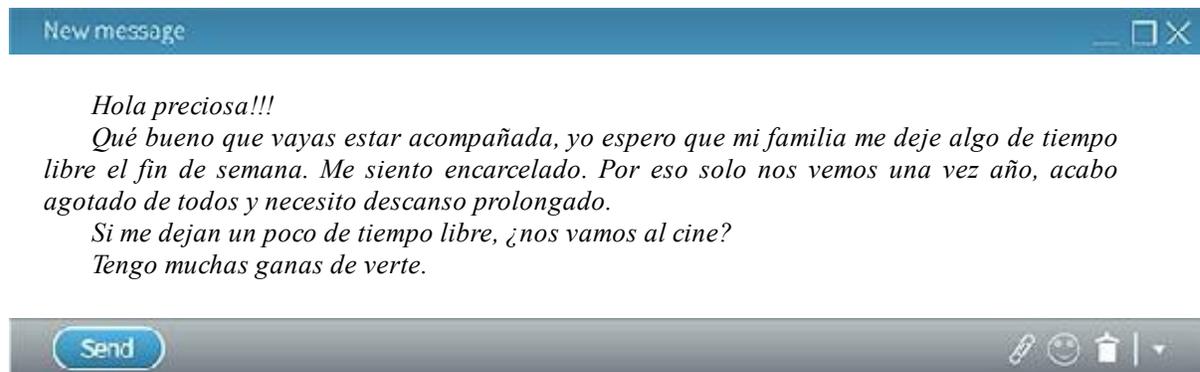
—Claro. Fin de semana de chicas.

Mi madre pareció más aliviada. Se lo dije porque no quería que se agobiase, pero la verdad es que no le había dicho nada a mi amiga todavía. Creo que, aunque el día de mañana tenga treinta años seguiré siendo su niña pequeña, la que necesita proteger del mundo y la gente mala.

Dejé a mis padres enfrascados en su trabajo y volví a mi habitación. Miré el ordenador de nuevo por si un casual de la vida había contestado.

Allí estaba, su nombre en letras negritas. Había respondido. Inspiré todo el aire que pude y poco a poco lo fui expulsando. «¡Ánimo!», me dije.

Hice click y el mensaje se abrió:



Me levanté después de leer su mensaje. Claro que tenía ganas de verle, de estar con él a solas, pero escribir un mensaje con la palabra «claro» me parecía soso. Más tarde le respondería con algo más que contarle.

Le mandé un WhatsApp a Nuria invitándola a un finde semana de chicas. Pelis románticas, llorar juntas, palomitas, pizza y todo lo que se nos ocurriera. Por supuesto, enseguida me contestó que encantada y que tenía ganas de probarme un peinado nuevo que había visto en un video de YouTube.

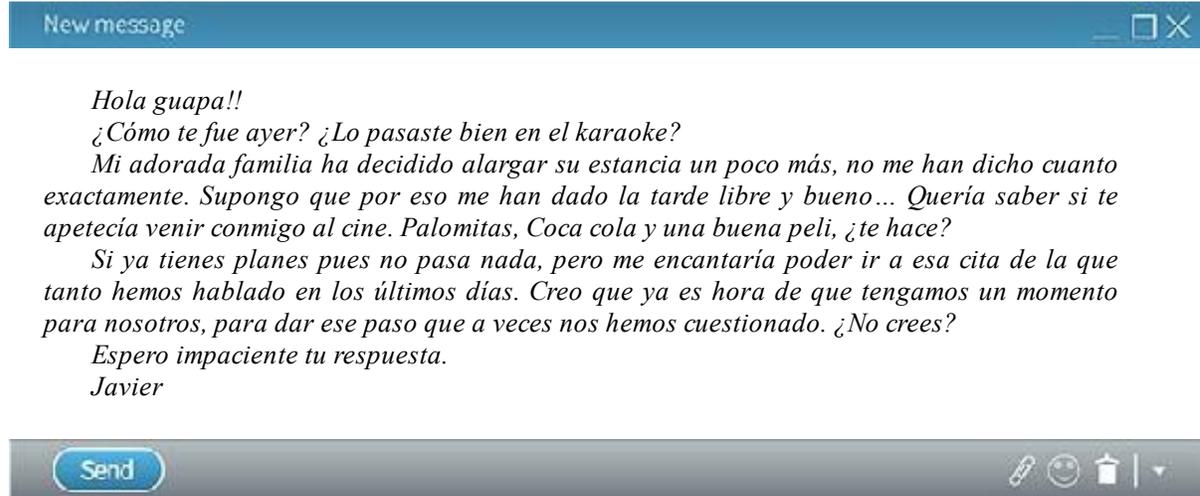
*

Los días pasaron sin tener noticias realmente importantes de Javier. Me mandaba mensajes contándome cómo le iba el día, pero nunca llegaba el mensaje de la cita. ¿Habría cambiado de opinión?

Mientras, nosotros salíamos al cine, a la playa, a nuestro bar de siempre e incluso habíamos empezado a frecuentar un karaoke en el que hacíamos el ridículo con nuestros gallos, gallinas y polluelos. ¡Madre mía, qué manera de desentonar!

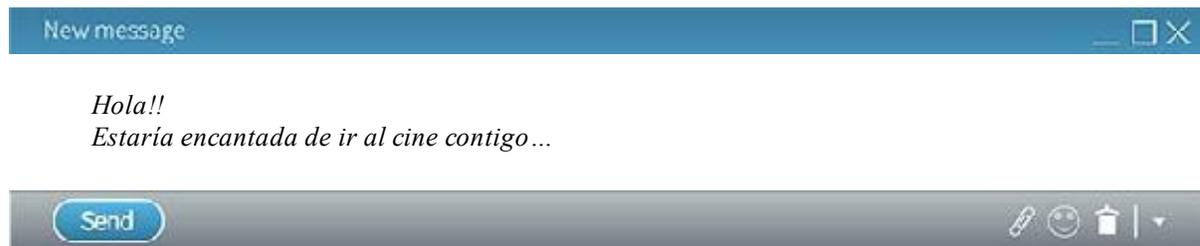
Nuria me insistía en que le escribiera a Javier preguntándole por la cita, pero no me animaba. No quería agobiarle con el tema y tampoco estaba segura de si quería dar ese paso. ¿Podríamos ser amigos de nuevo si algo salía mal? Ese miedo estaba presente cada vez que me convencía de que tenía que intentarlo.

El sonido de un mensaje entrante en el correo electrónico llamó mi atención.



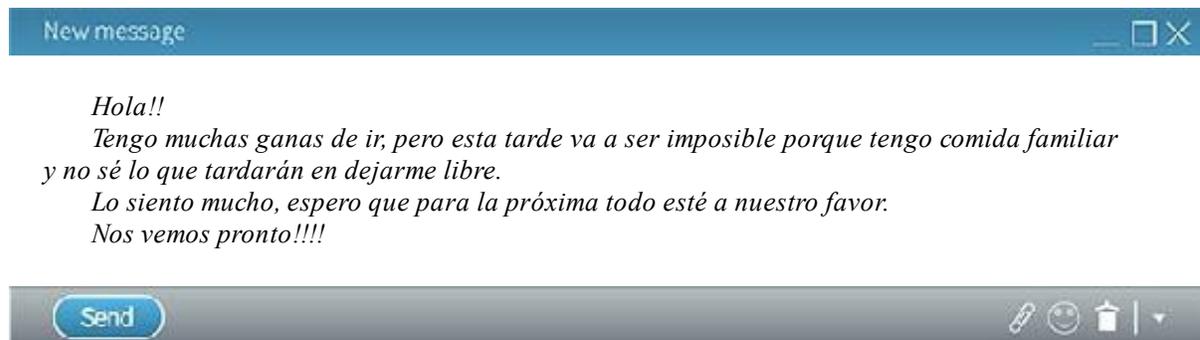
Si no fuera porque estaba sentada en la silla giratoria, me caía al suelo seguro. ¿La cita? ¿Se había cuestionado este paso? Yo mil veces y saber que él igual, me relajaba porque eso significaba que tenía los mismos miedos que yo.

Empecé a escribir la respuesta.



Inmediatamente borré lo que acababa de escribir. Volví a empezar y así durante diez minutos. Todo lo que escribía me sonaba mal y sobre todo ansiosa. ¡No quería que creyese que era lo que más deseaba!

Una vez más tecleé la respuesta.



Le di al botón de enviar y suspiré. Sí, no era la mejor decisión, pero me había entrado al miedo de repente.

¿Y si estaba idealizando nuestra cita? ¿Y si no dábamos el paso de ir más allá?

Llamé a Nuria para recordarle que se había dejado todo su arsenal de peluquería y parte de un stand de maquillaje en casa. ¡Era increíble todo lo que tenía esta muchacha! No era la primera vez que dejaba cosas durante meses en mi habitación, total tampoco vivíamos tan lejos y si necesitaba algo urgente venía a por ello o se lo llevaba yo a casa.

Limpié, recogí y esperé a mi amiga. ¿Qué planes íbamos a hacer para pasar la tarde? ¿Playa, compras? Estaba segura de que me preguntaría por los mensajes de Javier, ella estaba al tanto de todo casi desde que llegaban y los que le respondía. ¡Seguro que si se enteraba de lo que había hecho me iba caer una bronca monumental!

El sonido del timbre de la entrada me distrajo. Abrí la puerta, abracé a mi amiga y fuimos directas a mi habitación. Al ver el ordenador encendido, se dirigió hacia él para ver los mensajes como tantas otras veces en estos últimos días. Se giró hacia mí, después de leer de manera supersónica los que le faltaban. Puso su cara de «vamos a hablar de esto» y yo me senté resignada en la cama, suspiré y miré el suelo.

Capítulo 16

Mi amiga se cambió de sitio. Se sentó a mi lado, me miró seria y me indicó la silla del ordenador.

Temí lo que iba a pasar a continuación.

—¿Estás loca o qué? ¿Qué comida familiar? ¡Esta era tú oportunidad! Tía, te juro que no te entiendo.

—Me entró el miedo. No te pongas así.

—¿Cómo quieres que me ponga? Suspiras por él, sueñas con él, deseas ser algo más que su amiga y cuando, por fin se decide, tú eres la que te echas atrás como si tuvieras quince años y fuera tu primera relación. ¡No me jodas, Lia!

Durante cinco minutos más, siguió con su perorata. Me remarcaba las mil veces que le había dicho que estaba enamorada de él y que ahora me acojonaba por ir al cine y ver una película. ¡Que no tenía que pasar nada si ambos no queríamos!

Qué fácil es verlo desde fuera.

—Dame tu móvil —me exigió Nuria.

—¿Para qué?

—¡Tú dámelo!

Le tendí el móvil con miedo. Se puso a teclear como loca y cuando paró me lo devolvió.

Revisé el WhatsApp. Su nombre estaba arriba de todo, ¡le había escrito! Me puse a leer.

Yo: Hola!! Cómo vas?? Hemos decidido ir al cine todos a la tarde, ¿te apuntas? A las seis en la cartelera, como siempre.
Nos vemos!!

—¿Pero estás loca? ¡Si no vamos al cine! ¡No me hagas el lío!

—Tú tranquila que yo lo arreglo todo. Lo primero es arreglarte a ti, de los demás me ocupo yo. Tú vas a ir a esa cita y volverás radiante y saliendo en serio con el chico que te gusta. ¡Entendido!

Asentí despacio. Cuando se ponía así daba miedo de verdad.

Después de comer vino a casa de nuevo para prepararme. Yo lo que tenía era que prepararme mentalmente. Que como dicen por ahí, «aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Nuria me acompañó a la cita que ella había organizado, por si se me daba por escapar o algo, yo qué sé.

—¿Y si no viene? —me entraron las dudas de repente. No había contestado al mensaje diciendo que venía.

—Pues si no viene, tú y yo veremos la película más romántica de la cartelera y suspiraremos por los chicos que nos gustan.

Empecé a mordirme las uñas sin darme cuenta y Nuria, enseguida me dio un manotazo para que dejara de hacerlo.

—¡Estropeas la manicura!

—¡No viene! —le dije.

—¡Pues vamos a su casa y lo secuestramos!

Empezamos con la broma de secuestrarlo y meterle en un sótano al que solo iríamos a dejarle de comer y beber hasta que reconociera sus sentimientos. ¡Se nos iba mucho la cabeza! Teníamos que dejar de ver series de policías.

—Siempre podemos atarle al cabecero —soltó Nuria.

—Sí, y darle con el látigo. ¡Zas, zas, zas!

—Igual eso es demasiado.

—Vale. Lo primero será emborracharle, pero con el aguante que tiene al alcohol fijo que primero me emborracho yo.

—Pues será mejor ese plan entonces. Ya vimos lo que pasó la última vez que os emborrachasteis...

Mi mente voló a la noche de la graduación, cuando nos besamos entre canción y canción. ¿Tal vez tenía que emborracharle de nuevo? Dicen que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad y, eso era lo que necesitaba ahora, la verdad.

Mi giré hacia donde miraba mi amiga. Javier estaba saludándonos. Me puse nerviosa de repente y no pude evitar sonrojarme.

—Hola chicas, ¿y los demás?

—Les han surgido cosas de última hora —explicó Nuria—. Yo también tengo que irme, mi chico me ha llamado para dar un paseo por la playa y la verdad, es que le he echado de menos estos días. ¿No os importa verdad?

¿En serio estaba haciendo lo que creía que estaba haciendo? ¡Yo la iba a matar! Esperaba que olvidara lo que había planeado y no me dejara a solas con él.

—No, mujer. Vete, seguro que lo pasáis genial. Total, no es la primera vez que vamos al cine solos.

Claro que no era la primera vez, pero sí la primera vez desde que mis sentimientos habían explotado de esa manera. ¿Acaso para él no era diferente? Siempre era él quien se acercaba.

Compramos palomitas, refrescos y alguna que otra bolsa de patatas fritas, además de las entradas, por supuesto.

Buscamos nuestros asientos, eran los más alejados y se notaba cierta intimidad al ser solo dos sitios en una esquina. ¡Hasta el destino se había aliado con Nuria para tener la cita!

—Me alegra mucho que te hubieran dado la tarde libre —dije.

—Sí, iban a comprar *souvenirs* y yo, después de mucho rogar, conseguí que me dejaran quedarme en casa. Aunque estar en el cine contigo es mejor.

—Me alegro. Ya pronto se irán, ¿no?

—Sí. Tengo unas ganas horribles de que se vayan. Los quiero mucho, pero es muy apabullante no poder tener un respiro y estar veinticuatro horas con ellos.

La luz de la sala se fue apagando. Los *trailers* de otras películas se proyectaron y nos centramos en ellos.

Él me cogió de la mano, y al sentir la suya suave y caliente, le miré. Nuestros ojos se encontraron y me sonrió con dulzura a la vez que se acercaba y depositaba un beso en la comisura de mis labios.

Nos pasamos toda la película agarrados de la mano. Fue la primera vez que no comí nada de los que había comprado. ¡Me sentía en una nube!

Esperamos a que toda la gente fuera saliendo de la sala. No nos gustaba ir como tortugas bajando una escalera cada cinco minutos. Era lo malo de cuando las salas se llenaban. Demasiada gente, todos hacia el mismo sitio. Parecía que íbamos en procesión.

Nos sentamos en las escaleras que bajaban a la arena caliente por el sol. El atardecer que comenzaba teñía el cielo de rojos y naranjas. No nos habíamos soltado en ningún momento desde que había empezado la película. Me sentía extraña, pero sobre todo feliz e ilusionada. Esto iba por buen camino y esperaba que no se acabase nunca.

¿Podía ser un atardecer eterno? ¿Podríamos estar así para siempre?

Capítulo 17

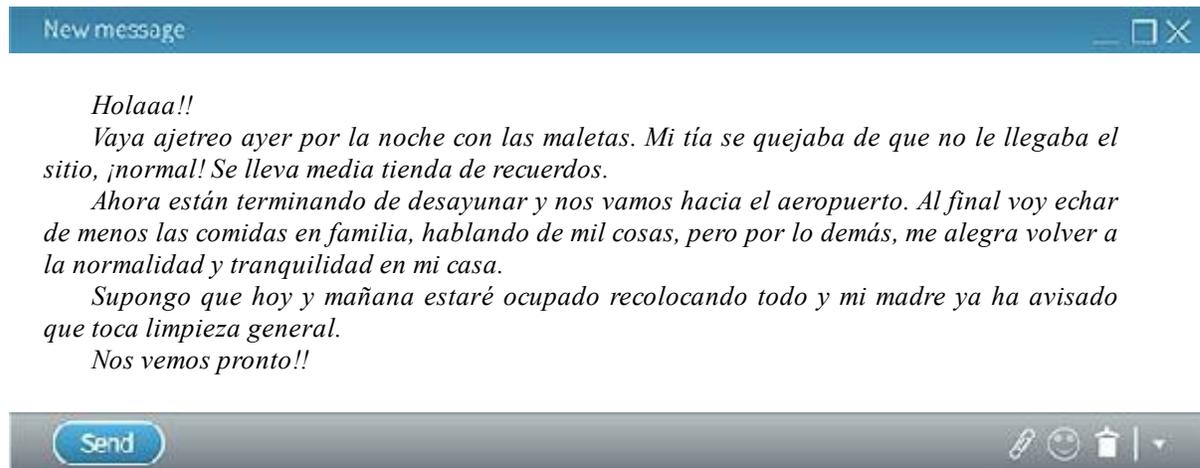
Estaba en una nube. El recuerdo de nuestra cita hacía que se instalara una sonrisa eterna en mi cara. Cuando le contaba todo a Nuria no podía dejar de sonreír y suspirar, parecía que todo iba por fin como yo deseaba.

Solo tenía que esperar una semana más a que se fuera su familia para disfrutar de mi amigo como hasta ahora. Con el cambio que había dado nuestra relación tenía más ganas que nunca de hacer un maratón de anime o cualquier serie que se le ocurriese.

Seguimos hablando por el correo electrónico, solo podía conectarse a primera hora de la mañana y a última de la noche.

Durante una semana, con dos correos al día, planeamos lo que quedaban de vacaciones para ir al cine juntos, pasear por las calas y un sitio que había descubierto por casualidad cuando iba con su familia y que tenía muchas ganas de enseñarme, a pesar de que no me gustaba demasiado el senderismo.

El domingo a primera hora recibí un nuevo mensaje de Javier.



Sabía de sobra como era su madre con el tema de la limpieza. Era tan obsesiva que una vez a la semana se levantaba de noche para dejar toda la cubertería en agua con lejía e incluso la vajilla. La madre de Javier adoraba la lejía y muchas veces decía que si no olía a lejía no estaba limpio. Era entrar en su casa y empezar a picarme la nariz del olor de su querido desinfectante.

*

Llegó el día en el que quedamos todos para ir a la playa.

Nos lo pasamos como nunca. Enterramos a Chechu hasta la cabeza y al pobre empezó a picarle la nariz. Nos reímos muchos viendo como la movía al estilo Embrujada. Aunque luego su chico vino a salvarlo de sus amigos. Con las manos quitaba la arena y de vez en cuando paraba para darle dulces besos. ¡Qué envidia!

Nuria se había rebozado en la arena blanca y fina para volver al agua del mar, en la que esperaba su novio que la besó como si fuera una película romántica de esas de fin de semana.

Javier se acercó a mí y me dijo:

—Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

—Claro —le respondí con una sonrisa en los labios.

Después de esa petición, nuestros amigos nos arrastraron al mar y empezamos a tirarnos agua como si fuéramos niños pequeños.

—¡Esto es la guerra! —exclamó Chechu subiéndose a hombros de su chico a la vez que Nuria hacía lo mismo.

Montse había cogido un alga en una de sus zambullidas y me perseguía con ella. ¡Qué asco! Javier se reía y me acerqué a él, puse mis manos en su cabeza y con toda la fuerza que tenía, empujé hacia abajo para hundirle en el agua salada.

Por la noche, al llegar a casa, sentí que todo iba por buen camino. Quería hablar conmigo y era importante. ¿Sería este el momento en que él me pediría de salir? ¿Se cumpliría ya mi sueño?

Al día siguiente, revisé el correo para ver sus mensajes y me asombré. ¡No había ninguno! Al poco tiempo recibí un WhatsApp de él.

Javi: Al final ayer no nos dejaron hablar. ¿Paso por tu casa y charlamos?

Yo: Por supuesto. Es normal que no nos dejarán ayer, llevaban mucho tiempo sin verte y les apetecía pasar el día contigo.

Por la tarde, después de comer, sonó el timbre de la puerta principal. Abrí y tras ella estaba él, más guapo que nunca. Su pelo estaba muy bien peinado hacia atrás. Llevaba una chaqueta y un pantalón vaqueros con su camiseta blanca, su sonrisa ladeada y ese hoyuelo que me volvía loca.

Le dejé pasar y después de saludar a mis padres, fuimos a mi habitación.

Nos sentamos en la cama y esperé a que hablase.

—Verás, hay una chica que me gusta. Tenemos muchas cosas en común. Nos gusta la misma música y hablamos muy a menudo, pero no sé cómo decirle que me gusta y que quiero ser más que su amigo. Ella me dijo que le gustaba, pero no sé. Es algo complicado.

Me quedé de piedra. ¿Se estaba declarando de manera encubierta?

—Pues... Yo creo que lo que debes hacer es abrir tu corazón. Sí ya sabes que le gustas no tienes que esforzarte tanto en las palabras —contesté.

—Entiendo...

—Hay un gran refrán que dice: «las palabras se las lleva el viento». Yo creo que deberías demostrarle que quieres estar con ella, en vez de decirle que te gusta. Un beso dice más que las palabras.

Esperé a que mis palabras hicieran efecto y me besara. Ya estaba claro que sentía algo por mí y no sabía cómo lanzarse, o tal vez, no lo tenía claro del todo.

Me acerqué despacio a él, recortando el espacio que había entre ambos para facilitarle el beso que ansiaba y que sellaba nuestra relación y nuestros sentimientos.

—Gracias, Lia. ¡Te haré caso!

Me dio un abrazo y un beso en la mejilla y se marchó de la habitación.

Me quedé plantada. Sin saber qué hacer, pero sobre todo sin asimilar lo que acaba de vivir. ¡¿Qué coño acababa de pasar?!

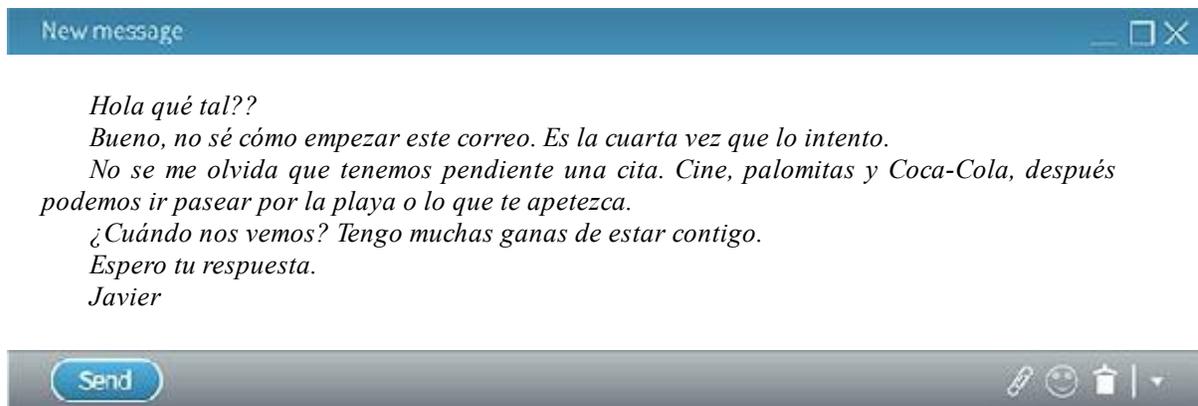
Capítulo 18

Estaba sentada en la cama, con la vista fija hacia la puerta por la que se acababa de ir mi amigo. ¿En serio se acaba de marchar? ¿Qué estaba pasando?

Me levanté y fui a mi espejo. ¿Tenía algo en la cara que le había hecho desaparecer de esa manera? ¡No! ¡No tenía nada!

Me senté en la silla del ordenador. Lo encendí y revisé mi juego online para dejar de pensar en lo que había pasado, con el juego siempre me relajaba. Mi castillo había acabado de subir al nivel 28, me tocaba subir la muralla y auguraba bastantes jornadas de recolección. Mis tropas, mis pequeños guerreros, habían vuelto e iba a mandarles atacar a todos los bichos, dragones, bestias y cíclopes que encontrara en mi camino hasta que no me quedase nada de vigor en la barra. ¡Necesitaba tranquilizarme!

Ya estaba a punto de dejar el ordenador, cuando un correo llegó a mi bandeja de entrada.



Vale, ahora sabía lo que había pasado. Mi alma se cayó a mis pies. ¡Pensaba que era otra! ¡No me había reconocido! No le respondí, ¿qué podía decirle? ¡Imbécil, soy yo! No, mejor no.

Le mandé un mensaje a Nuria, ella sabría qué hacer y decirle. Entró como un vendaval en mi habitación. Me cogió de las manos y me llevó hacia mi mullida cama en la que, un par de horas antes, había estado con él.

—¿En serio? —fue lo primero que salió de su boca cuando le relaté lo que había pasado.

—No sé qué responderle y para ser sincera, tampoco tengo ganas. ¡No entiendo nada! Parecía que sabía que era yo, los momentos que nos quedábamos a solas y me trataba tan... —suspiré por los recuerdos— tan tierno, enamorado. ¿Era todo mentira?

—Siempre podemos volver al plan de secuestrarlo. Así nos diría la verdad. Yo tampoco lo entiendo, Lía. Es todo muy extraño.

—Es fácil de entender. ¡Jugaba conmigo!

—No, yo he visto cómo te miraba. He vivido varias escenas románticas vuestras. ¡Eso todo le salió del alma!

—Pues vaya. Si de verdad saliera del alma, estaría más conmigo. Hablaríamos a cada momento, buscaría cualquier momento para rozarme y sentir mi contacto cómo hacía yo. ¡Él no

siente nada por mí!

—No deberíamos juzgar tan a la ligera. Igual está confuso. Vale que no sabe que eres tú la de los correos, pero los momentos que habéis vivido son de verdad. ¿No será que necesita ver a la chica del correo y salir de dudas con sus sentimientos?

—¡Pero no existe! ¡Soy yo!

—¡Ya lo sé! A ver —suspiró de nuevo—. El tema es que él siente algo cuando lee los correos, pero no sabe que eres tú. Tal vez de ahí la confusión.

—¿Y cómo arreglamos eso?

—Puedes decirle abiertamente lo que sientes por él.

—¿Estás loca? Y que pase de mí ahora que está tan pillado por la chica del correo. ¿Esa chica que no existe, y por la que se ha ido de mi casa como si hubiese visto al mismísimo diablo?

—Pues volvemos al plan principal, lo emborrachamos y secuestramos —sentenció Nuria.

—Entonces empecemos a ahorrar, porque con lo acostumbrado que está al alcohol, nos emborrachamos nosotras antes y se nos olvida la misión.

Enseguida empezamos a hablar del secuestro, de atarlo y obligarle a decir la verdad de sus sentimientos hacia mí, pero tan pronto como empezamos, la descartamos. Los sentimientos son algo muy fuerte y poderoso, y siempre me habían dicho que, si dos personas se amaban, pasase lo que pasase, estarían juntas. Igual sólo tenía que darle tiempo al destino para poner todo en orden.

Después de que se fuera Nuria, me quedé pensando en todo lo que habíamos hablado y en conversaciones que había escuchado de los adultos.

El amor es algo serio, difícil de entender en su totalidad, pero que mueve el mundo. Eso está claro.

Javier sentía algo por mí, ya fuera solo un gran cariño, pero por todos los momentos que habíamos vivido en los últimos meses, me dejaba claro que había algo más. Esa forma que tenía de mirarme, de abrazarme y de hacerme sentir única debía de ser algo.

Tampoco quería auto convencerme de que él me amaba. Habíamos tenido momentos muy románticos en los que parecíamos una pareja y no eran fáciles de olvidar.

«El destino es caprichoso, si esa persona es tu mitad y tu compañero en el viaje de la vida, os encontraréis antes o temprano por mucho que os alejéis». Mi madre siempre repetía esa frase a sus amigas cuando tenían algún problema con sus maridos o parejas.

Si el destino era tan sabio, lo mejor era dejarlo en sus manos como decía una y otra vez mi madre.

Capítulo 19

No estaba en mi mejor momento anímico. Sentía que algo fallaba en lo mío con Javier, pero sobre todo no entendía como no se había dado cuenta de que era yo quien le escribía.

Por suerte, mis padres decidieron que nos íbamos de vacaciones familiares los últimos quince días de agosto.

Fuimos a visitar a nuestra familia en Galicia. Vivían en el interior de la comunidad por lo que, eché mucho de menos el mar y su relajante sonido, la dorada y fina arena que se metía entre mis dedos y el olor a sal de la brisa que movía mi melena.

Julia, mi prima favorita, era la única capaz de sacarme un poco de la tristeza que me asolaba. Hablábamos de libros, películas y series basadas en libros, las cuales despellejábamos por no tener nada que ver con los libros. Incluso algunas películas.

A nuestras charlas, con el tiempo se fue uniendo Diego, un compañero de trabajo de mi prima que tenía gustos similares a los nuestros. La verdad entre ellos dos, las vacaciones se me hicieron soportables. Me hacían reír y me encantaba la idea de mi prima de escribir un libro. ¿No sería muy difícil? La veía tan contenta hablando de lo que le gustaría escribir que casi me imaginé escribiendo yo una. El tema es que tal cual estaba, no tenía pinta de ser una novela romántica llena de corazones; me imaginaba más una novela oscura, triste, llena de dolor. Tal vez debería aparcar la idea.

En ese tiempo que disfruté de mi familia, de las fiestas veraniegas y la piscina, recibí mensajes de correo de Javier a los que no quise contestar. No me apetecía hablar con él. La inseguridad me atenazaba. ¿Qué era lo que me faltaba? ¿No era suficientemente guapa? ¿Delgada? ¿Era por mi cabellera morena? Me cuestioné todo y no llegaba a ninguna conclusión.

Hubo una tarde que recordaré durante mucho tiempo. Eran las fiestas del pueblo. Saqué de la maleta mi mejor vestido y dejé que mi prima me peinase. Ella no había tenido hermanas, por lo que siempre que estaba con ella me daba todo su cariño y afecto.

Cuando nos dimos el visto bueno, fuimos a la plaza que estaba presidida por el palco de la orquesta de turno. A un lado había una barra enorme, en la que la comisión de las fiestas vendía bebidas, y una gran carpa blanca en la que había mesas y bancos de madera. Allí se colocaba la «pulpeira». Adoraba el pulpo «a feira». Ese rico manjar en rodajas con un buen chorrito de aceite y pimentón, en este caso dulce. No me gustaba nada que luego me abrasase la boca. Nos sentamos todos juntos a comer y a esperar a que sonase la música que amenizaría la noche.

Cuando ya empezaban a afinar los instrumentos. Mi prima me cogió la mano y me llevó a primera línea. Lo único que hacía era reír y mirar para mí. ¿Qué me estaba perdiendo?

Escuché el típico «e, e, sí» y eso quería indicar que pronto empezaría la música.

Los acordes de una canción empezaron a llegar a mis oídos, y el telón poco a poco fue mostrando a la orquesta que amenizaría la noche. Pasodobles, algo de pop, música másailable para los mayores del lugar y música más moderna ocuparon la noche. Entonces me di cuenta de qué era lo que a mi prima le había hecho venir tan adelante cuando normalmente nos quedábamos atrás.

Diego estaba en la banda. Tocaba la guitarra y a veces hacía algún coro. ¡Este chico era toda una caja de sorpresas! En todas las conversaciones que habíamos mantenido, nunca me había

dicho que formaba parte de una orquesta.

Julia y yo bailamos y disfrutamos como nunca. Me empezaban a doler los pies cuando la orquesta paró. Ahora harían un descanso y empezaría otra.

—¿Qué calladito te lo tenías! —comenté cuando llegó a nuestra posición.

—Cosas del destino, supongo.

—¿A qué toca genial? Si le hubiesen dejado cantar, flipas —dijo mi prima.

—¿No es para tanto! —respondió revolviéndose el pelo nervioso.

—¿Y cómo es que estabas allí arriba? —quise saber.

—Bueno, mi hermano es el que tenía que estar ahí arriba, pero hace una semana que está con un esquinco en la muñeca y todos esperaban que estuviera sano para hoy. Como aún sigue mal, me pidieron si le cubría ya que hasta dentro de una semana no es la siguiente y para entonces ya estará de vuelta. No querían cancelar esta y... pues nada, me dejé liar.

Seguimos bailando cuando se reanudó la música. Diego bailaba muy bien, y nos turnábamos para bailar con él. Nos contaba chistes, algunos realmente malos, pero que me hacían reír.

Cuando me acosté en mi cama, tenía la sensación de que esa había sido la mejor noche en mucho tiempo.

El último día que disfruté de la ciudad y de los amigos de mis primos, Diego se acercó a mí para pedirme que habláramos a solas.

Era un buen chico, alto, moreno y de ojos marrones, tenía una sonrisa brillante como la de los anuncios de dentífrico, además, es simpático y me había hecho reír en más de una ocasión con sus bromas. Él había conseguido que mis vacaciones fueran alegres, que por esos días olvidara mi preocupación por Javier y que las letras y la música ocuparan mis días, porque después de escucharlo tocar con la orquesta, le pedí más veces que me tocara algo.

—Lia, te echaré de menos. ¿Prometes volver pronto?

—Bueno, suelo venir una vez al año, pero quién sabe —le respondí guiñando el ojo.

Nos intercambiamos los teléfonos para seguir en contacto, era lo bueno de las nuevas tecnologías. Seguro que si lo hacíamos por carta como hacía unos años atrás, acabaríamos perdiendo las ganas de escribir. ¡Bendito WhatsApp!

*

Maleta, regalos para Nuria y las demás chicas, ropa nueva, algún que otro antojo y sobre todo una estrella de mar que habíamos disecado. La había encontrado en un viaje a Playa América con mis primos. Fue súper emocionante. La playa era hermosa, de arena dorada y suave en los pies. Aunque el agua estaba fría, descubrí que andar por las rocas y buscar conchas con mis primos era gratificante. De hecho, teníamos una pequeña competición a ver quién encontraba la más bonita. La sorpresa para todos fue encontrar un par de estrellas de mar, que enseguida metimos en el cubo de agua de los niños para llevárnoslas.

Ahora tocaba coger un avión y volver a casa. Recuerdo la primera vez que subí en uno y el miedo que sentí durante el despegue, pero sobre todo con el aterrizaje; parecía que no iba a frenar en la vida y si lo hacía sería en seco y contra algún muro, por suerte ahora era algo de lo más normal y no me ponía tan nerviosa. Me puse mis auriculares con la música para relajarme y así pasé las tres horas de vuelo.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue llamar a Nuri. Estaba muy emocionada por darle su regalo, y segura de que le iba a gustar. Mis padres, después de dejar toda la ropa en el armario y una lavadora en marcha, se marcharon a ver a sus amigos para quienes tenían unos pequeños

presentes. Además, habíamos traído embutido gallego y leonés, además de quesos. ¡Me encantaba el queso! Cuando tuviera mi propio dinero, estaba segura de que haría viajes solo para conocer la gastronomía del país.

Mientras mi mejor amiga llegaba, me puse a hacer un bizcocho con la receta de mi prima. Me gustaba mucho la repostería y aprender nuevas recetas y, gracias a YouTube, eso era más fácil en la actualidad, aunque me gustaba preservar las recetas familiares.

El timbre sonó. Abrí la puerta, Nuria entró y lo primero que dijo fue:

—¡Qué bien huele! ¿Qué estás haciendo?

—Bizcocho. En unos minutos ya vale.

—Buena cosa esa. Vengo en muy buen momento.

—Sí. Ven a mi habitación, tengo allí tu regalo. —Apenas había dado dos pasos cuando Nuria pasó a mi lado corriendo. Me reí con ganas al ver las ansias de mi amiga por ver su regalo. ¡Adoraba esa reacción infantil suya!

Encima de la cama, había una caja envuelta en un papel muy colorido. Ella me miró como pidiendo permiso y yo asentí. El sonido del papel rasgándose y la cara de sorpresa de Nuria, fue una de las mejores cosas de los últimos días, a parte de mis vacaciones familiares.

—¡Gracias, me encanta! ¡Es preciosa!

—Me alegra que te guste.

—Claro, es que no sabes lo que me gusta y por eso estabas nerviosa.

Nos reímos mientras mi amiga no dejaba de observar la bruja que le había traído de Galicia. A ella le encantaba la tradición de las brujas, fantasmas y seres sobrenaturales de los que esa comunidad hacía gala.

—¿Aún no has respondido ningún mensaje de Javier? —Cambió de tema de conversación.

—No. No sé qué decirle y supongo que es lo mejor.

—¡Dile que eres tú! No seas tonta, mujer.

—No lo tengo muy claro.

—Venga.

Un sonido lejano llegó a mi habitación. ¡El bizcocho! Salí corriendo para apagar el horno y que no se quemase. ¡Qué cabeza!

Abrí la puerta del horno y un montón de vapor salió hacia afuera. El olor dulzón del bizcocho inundó la cocina y con un guante de silicona lo saqué. Corté unos trozos, para verificar que no se había quemado, y los puse en un par de platos de postre. Me encantaba comer el bizcocho recién hecho, frío no me sabía. Nuria cogió un par de vasos y el brick de zumo de melocotón y nos sentamos a la mesa para una merienda dulce.

Después de hablar sobre mis vacaciones, de lo que haríamos en las próximas semanas y en qué empresas haríamos las prácticas, Nuria se marchó a ver a su novio, no sin haber decidido a qué hora nos veríamos para ir juntas hasta el instituto.

¡Las prácticas! Ya casi me había olvidado de ellas, ¿a qué empresa me tocaría ir? ¿Tendría buenos compañeros? ¿La jefa sería justa? ¿Sería jefe?

Encendí el ordenador para pasarme las fotos del verano y hacer un bonito álbum. Me había llegado una oferta y no era tan difícil montar el álbum con la aplicación.

Revisé mis correos y cuando llegué al último mensaje de Javier, algo me impulsó a responder después de releerlo.

*Hola!!
Cómo van tus vacaciones?? Hace días que no hablamos y creo que es que no quieres saber de mí.
En unas semanas espero que nos veamos en el instituto, nos toca recoger la carpeta de las prácticas y saber a dónde iremos.
Ojalá nos veamos y podamos charlar un poco.
Te invito a un café!!!
Espero que me contestes pronto.
Javier*



Ya hacía una semana de ese mensaje que no le había contestado. En alguna de las conversaciones que habíamos mantenido por correo antes, hablamos de las prácticas de empresa, del instituto y lo que esperábamos de esta nueva experiencia. Claro que nos íbamos a ver, pero él no sabía que yo era la chica que mandaba los mensajes y eso me desesperaba. ¿Cómo no podía darse de cuenta? No lo entendía.

Suspiré y respondí.



*Hola!
Las vacaciones fueron entretenidas. Lo pasé muy bien con mi familia y sus amistades. Se me había olvidado que nos tocaba pronto volver a la rutina.
Yo iré mañana a primera hora para poder investigar sobre las posibles empresas que me puedan tocar. No quiero pasarme tres meses peleándome y que no me firmen las prácticas.
Hasta luego!!!*



Capítulo 20

Por primera vez en varios meses había tenido que poner la alarma del teléfono móvil. No es que fuera muy temprano, pero ya no estaba acostumbrada a levantarme antes de las diez y media. Por las rendijas de la persiana empezaba a verse la luz del día. Me levanté sin ganas, como los últimos días, y fui al baño a asearme. Una parte de mí quería ver a Javier, sus ojos dulces y su sonrisa pícaro. Mi corazón se aceleraba solo de pensarlo. Por otra parte, los últimos momentos que habíamos vivido y la decepción que se había instalado en mi ser hacían que no quisiera verlo nada más que lo necesario.

Empecé a preparar el desayuno, ya que mis padres se habían marchado hacía horas a trabajar, y encendí la televisión para ver las noticias locales, más por costumbre que por la búsqueda de conocimientos. El ruido de la televisión me hacía compañía y, aunque no le prestase atención, al final siempre se quedaba algo de información en mi fuero interno.

Nuria llamó al timbre y sin responderle, después de recoger la mesa, bajé para encontrarme con mi amiga. No hablamos de nada en concreto ni en particular. A medida que nos acercábamos al instituto, más amigos nuestros se sumaban a nuestro camino y empezamos a hablar de las prácticas de empresa.

Por todos es sabido que mucha gente se queda en las empresas cuando se acaban las prácticas y otros tantos los que se van o consiguen trabajo por mediación de ellas.

Este sería nuestro primer trabajo. Me daba mucho miedo lo que pudiera pasar. ¿Y si no me sentía a gusto allí? Nunca había trabajado. No estaba acostumbrada a estar tantas horas de pie y en las prácticas que hacíamos en la escuela estaba claro que no aguantaba a ciertas personas que venían. ¡Ojalá todo fuera bien!

Cuando llegamos, Javier ya estaba en la puerta. Tenía el pie apoyado en la pared, los brazos cruzados y su pelo revuelto como tanto me gustaba. Por mi cuerpo empecé a notar unas cosquillas, ¿serían esas las tan anunciadas mariposas? Mi corazón se aceleró y sentí como si fuera a dar un vuelco. Miré a Nuria y ella con su sonrisa amplia me dio ánimos.

—¡Hey! ¡Qué temprano has llegado! —dijo Chechu.

—Estaba esperando a alguien.

—¿Ya ha llegado? —quiso saber Nuria.

—Aún no. No creo que tarde.

—Nosotros vamos yendo. ¿Nos vemos a la salida y vamos comer todos juntos?

—¡Vale! —contestamos todos ante el plan de Montse.

Quedamos de vernos todos en la entrada del edificio, según fuéramos saliendo de nuestra reunión con los tutores de prácticas.

De la mano de Nuria fui al edificio de imagen personal, allí estaban las clases de peluquería y estética; al lado quedaba el edificio de electricidad. Ambos se comunicaban por el último piso, donde estaba mi clase, con un pasillo bastante grande. A pesar de que la puerta que comunicaba ambos edificios debería estar cerrada, muchas veces estaba entornada y habíamos pillado a varias parejas dándose el lote.

—Ánimo mi niña. Todo pasará y cuando seáis novios esto será un recuerdo con el que reírse.

Le sonreí sin muchas ganas. Ella solo intentaba animarme, pero cada vez veía más y más

lejano que pudiéramos tener nuestro «felices para siempre».

Mi reunión fue muy rápida. Apenas había parpadeado cuando ya estaba saliendo para esperar a Nuria y los demás. Al llegar, Javier estaba en la misma posición en la que le había dejado.

—¿No has ido a la reunión? —pregunté.

—Sí, fui antes de que llegais todos. El profesor se extrañó de verme tan temprano.

—¡Normal! No eres de los que suelen madrugar.

—Ya. Solo tenía ganas de ver a alguien que no ha venido.

—¿Una cita?

—Más o menos. ¡Bueno! Dejemos este tema que me deprime. ¿Qué empresa te ha tocado?

—Los moños y trenzas. Sí, riete. A mí también me hace gracia, vaya nombrecitos tienen algunas empresas.

—La verdad que es muy singular.

—Un poco, pero queda claro qué clase de negocio es.

Hablamos del verano, de mi familia, de la suya y de cómo se presentaba el resto de meses para después soltarme su bomba informativa.

—Una agencia de modelos me ha contratado. Ha visto mis fotos por las redes sociales y dice que soy fotogénico.

—¡Vaya! Cuando te hagas famoso acuérdate de mí.

—Nunca me podré olvidar de ti.

Llegaron los demás y enseguida cambiamos al tema de las prácticas. Todos hablamos de nuestras empresas, cuando empezábamos y sobre todo lo que esperábamos de esta nueva experiencia.

Fuimos a comer al restaurante de siempre, estaba cerca del instituto y tenía un estilo de decoración americano. Hacían unas hamburguesas enormes que muchas veces pedíamos para compartir entre dos.

Después de comer, reírnos y prometer que, a pesar de las prácticas, nos seguiríamos viendo todos los fines de semana, cada uno se fue a su casa.

Javier y yo fuimos juntos. Se le veía cabizbajo y sabía exactamente el porqué. La chica que él esperaba no había aparecido. Aunque sí había ido, como le había dicho en el correo. El problema es que él no me reconocía y yo tampoco sabía cómo quitarle de su error. ¿Dejaría de hablarme en cuanto lo supiera?

—Esta tarde tengo sesión de fotos. ¿Te gustaría acompañarme?

—Por supuesto —le respondí—. Siempre estaré a tu lado en tus momentos importantes.

—Te paso a buscar en dos horas. No iremos lejos; la sesión es en la playa —me sonrió y guiñó un ojo.

Teníamos buenos recuerdos en la playa y a mi mente acudió el último que compartimos. Al salir del cine viendo la puesta de sol cogidos de la mano, pero estas imágenes dieron paso a las de mi sueño con él. Mi corazón se aceleró y sentí los colores subir hasta mis mejillas. ¿Algún día llegaríamos a eso?

—¿Te parece que, después de la sesión, hagamos un maratón de series?

—¡Vale! Aviso a mis padres. ¿Llevo palomitas?

—¿Y si vamos a comprar juntos antes de ir a la playa?

—Por mí, bien. ¿Nos vemos en una hora?

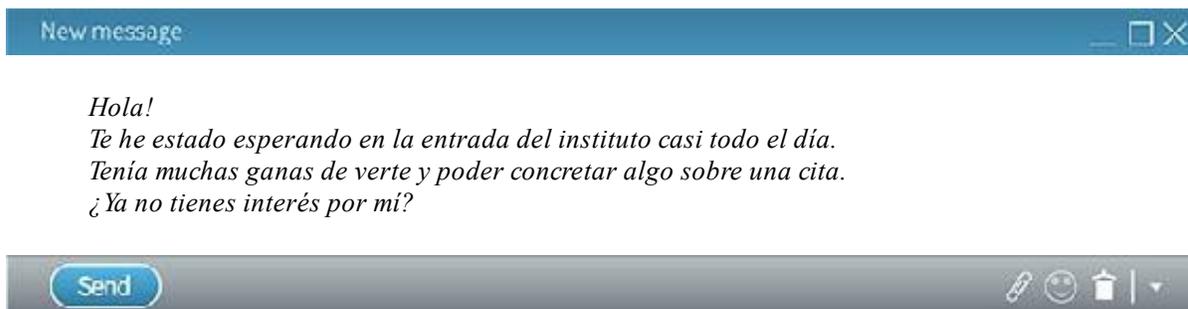
—¡Perfecto!

Nos despedimos cuando llegamos a nuestro barrio. Subí a casa y le conté a mi madre todo lo que había hablado con la tutora, dónde me tocaría trabajar los próximos tres meses y sobre todo

que estaría con Javier el resto del día.

Me alegraba que mis padres y los suyos fueran amigos de toda la vida, así no había problema si me quería quedar entre semana a dormir en su casa.

Fui a mi habitación para preparar una pequeña mochila para pasar la noche en casa de Javier. Como aún tenía tiempo, pensé que podía echar una partida rápida, pero había un mensaje nuevo en el correo. Javier me había escrito.



El corazón me dio un vuelco. Estaba muy ilusionado con una cita y yo era incapaz de sacarle de su error. En ese momento, una luz se encendió en mi cabeza. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Chechu había pasado por algo parecido, tal vez me podía aconsejar para que, de una vez por todas, abriera mi corazón a mi mejor amigo.

Chechu me había comentado una vez lo complicado que había sido el comienzo con su chico. Las dudas y sobre todo su baja autoestima jugaron un papel clave. Mi amigo había dejado hacía poco tiempo a su ex. Un tío, por no decirle de otra manera menos amable, que le había menospreciado durante más de un año. Había sido difícil para él salir de aquello y estaba seguro de que tardaría mucho tiempo en encontrar alguien que lo amase por como es, por suerte no fue así.

Le llamé por teléfono. Algo tenía que hacer y necesitaba una opinión diferente a la de Nuria.

—¿Sí? —respondió al otro lado del aparato.

—Soy yo, ¿te pillo mal?

—No, mujer. ¿Qué te pasa? Es raro que me llames —dijo riéndose.

—Verás, es solo que necesito un consejo.

Empecé a relatarle todo lo que había ocultado y que solo Nuria sabía, los mensajes, los besos, las miradas, todas esas pequeñas cosas que para mí eran un mundo. Su mirada llena de fuego, su sonrisa ladeada que me invitaba a besarle. Chechu me escuchaba pacientemente esperando su turno para hablar.

—Si bien la situación no es fácil tampoco es imposible. Entiendo tu miedo, tu reticencia a ser abierta con él, pero ¿no crees que es mejor hablar con él?

—¿Y si me rechaza?

—¿Y vas estar toda la vida dudando? Si sigues por ese camino puedes lamentarte toda la vida, porque si no le dices lo que sientes él no lo sabrá, aunque intuya que hay algo entre los dos. Él seguirá adelante con su vida y tú sufrirás por verle con otra y te costará muchísimo pasar página. No quiero verte triste, eres una gran chica que se merece ser feliz.

—Tengo mucho miedo. ¿Y si lo intentamos y no funciona? ¿Y si dejamos de ser amigos?

—No te adelantes a los acontecimientos, nunca sabes lo que puede pasar. Para correr hay que saber caminar, ¿no? Pues no corras, disfruta del camino.

—No es tan fácil.

—Tú, mejor que nadie, sabe por lo que he pasado y lo que me habéis ayudado a recuperar de nuevo mi autoestima. Mi chico me adora, me lo demuestra cada día y espero que esto siga hacia adelante, que nos casemos y podamos disfrutar de una vida juntos, con o sin hijos. Pero no voy a planear ya la boda, ni nos vamos a vivir juntos, ni nada. Todo tiene su tiempo y su momento. Haz una cosa, luego de que ocurra piensas qué dirección tomar. Si nunca le dices lo que sientes, la única que acabará mal serás tú, si se lo dices, no sabemos qué puede pasar.

—Supongo que tienes razón.

—¡Ánimo, Lia!

Colgué el teléfono y reflexioné sobre lo que acababa de decirme Chechu. Tenía razón, en el fondo lo sabía y no debía seguir actuando como una quinceañera hormonada cuando ya estaba en los veinte. Había pasado esa etapa y era hora de coger el toro por los cuernos.

Llamaron al timbre. Mi madre vino a buscarme a la habitación al ver que no salía.

—Es Javier.

—Ya voy.

Recogí mi mochila, el monedero para ir comprar y el móvil. Bajé a la calle y allí estaba él con una sonrisa de oreja a oreja con su preciosa camisa azul y sus vaqueros. Se había cambiado y estaba muy guapo.

—¿Vamos?

Asentí y nos fuimos al súper a comprar algunas cosillas para nuestra noche de maratón. Dejamos la compra y mi mochila en su casa y nos dirigimos a su sesión de la playa.

Allí había una mujer con una sonrisa en su cara hablando con un hombre con una cámara colgada del cuello. Una chica, sentada en una silla, al lado de una pequeña mesa con un montón de pinceles y estuches de maquillaje. Ella debía ser la esteticista que maquillaría a mi amigo. Seguro que Nuria estaría enamorada de todos esos pinceles y paletas de color que solo tenía la oportunidad de usar en el instituto.

—Hola, Javier —saludó la mujer.

—Hola, Lucía. Hola, Andrés —dijo estrechando la mano del fotógrafo—. Esta es mi amiga Lia. Me acompaña hoy.

—Encantada —dije estrechando las manos.

Nos movimos hacia cerca de las rocas y la orilla. Enseguida vino la chica con el maquillaje y salieron de la nada un par de chicos con focos y pantallas que no había visto hasta ahora. ¿Dónde se habían escondido?

Maquillaron a mi amigo, vi a la chica mover miles de pinceles, pero yo lo vi tal cual estaba antes de que empezara.

Y ahí empezó una serie de órdenes: ponte ahí, mira hacia allá, pon la mano así, gira un poco la cabeza, no tanto, inclínala un poco, sujeta la camisa. Pose casual, cambia el peso del cuerpo a la otra pierna y un largo etcétera que se traducían en el sonido de la cámara de fotos haciendo su magia.

Después de un par de horas terminó todo el proceso y el quipo en pleno se marchó hacia unas furgonetas que estaban aparcadas cerca.

—¿Qué te parece si te saco yo un par de fotos? No serán tan profesionales, pero serán bonitas —le propuse a Javier.

—Venga. Tú dirás, mi fotógrafa.

Nos fuimos hacia unas rocas, hicimos algunas fotos y al final nos movimos hacia la orilla de la playa. Javier se tumbó en la arena de costado y me miró mientras no para de darle al botón del móvil para hacerle fotos de pie. Las olas se acercaban y le bañaban. Empecé a sacar fotos, sin

dejar de mirarle. En una que me acerqué más de lo necesario a él para tener un buen primer plano de esos ojos que me tenían loca, me agarró de una mano y tiró de mí hacia el suelo. Sus brazos me rodearon y, a pesar del golpe que había recibido en las rodillas, me sentí segura.

Nuestras caras quedaron separadas por unos milímetros. Nuestros labios estaban muy cerca, sentía el latido de mi corazón en ellos. Sus ojos me miraban fijamente. Un mechón rebelde de mi flequillo se colocó delante de mis ojos. Javier, suavemente sin dejar de mirarme, movió el pelo detrás de mi oreja. Dejó su mano en mi mejilla por unos segundos que saboreé como si fueran horas. Cerré los ojos dejando que la sensación que me recorría entera no me abandonase. Su piel cálida contra la mía. Esa paz que me transmitía. Una ola nos engulló las piernas y nos reímos a la vez que nos levantamos para volver a casa.

Javier estaba muy animado, hicimos las palomitas y llevamos los refrescos a la habitación de invitados para no molestar a los padres de Javier, ellos sí tenían que trabajar mañana.

Nos sentamos en la cama y pusimos la serie que tocaba esta vez. Metí la mano en el bol donde habíamos puesto las palomitas y me choqué con la de Javier. Nos miramos y aparté la mirada y la mano devolviendo mi vista a la televisión. Muy de telenovela lo que acababa de pasar. ¡Lia actúa como siempre! Aún sentía un picor en la mano que él había tocado sin querer, como si hubiese metido los dedos en un enchufe.

Entraron sus padres para avisarnos de que era la hora de cenar y que luego ya se iban a dormir. Después de comer algo ligero, ya que habíamos devorado las palomitas y aún habría previsión de comer más, volvimos a la habitación de invitados a seguir con nuestro maratón. Se me caía una y otra vez el flequillo que era tan largo como el resto de mi melena delante de los ojos. ¡Tenía que haber traído una goma de pelo!

Javier se inclinó hacia a mí, me giró la cara lentamente y pasó mi pelo por detrás de mi oreja derecha. Cerré los ojos ante ese pequeño roce que hizo que mi cuerpo vibrara. Mi mente voló al momento de la playa, ese en el que había deseado que me besara.

Al abrir los ojos, Javier seguía inclinado hacia mí y me miraba fijamente a los labios. Me mordí el labio inferior como siempre que estaba nerviosa. Mi corazón se había revolucionado y latía con fuerza dentro de mi pecho. Instintivamente me acerqué a él. Javier me agarró suavemente la cara con sus manos y me besó. Un beso suave, dulce que consiguió que mi corazón diese un vuelco tan fuerte que me llevé la mano al pecho. Poco a poco su lengua fue abriendo paso entre mis labios hasta que se enzarzó en un baile infernal con la mía.

Capítulo 21

Sus dientes mordieron con suavidad mi labio inferior. Sus manos se metieron hábilmente dentro de mi camiseta. Las pasó por mis costados y mi vello se erizó.

Nuestras lenguas habían vuelto a su baile infernal mientras poco a poco y con sutiles caricias, él me arrancaba gemidos que ahogaba con sus besos.

Con una habilidad pasmosa, me desabrochó el sujetador liberando mis pechos. Sus labios empezaron a recorrer mi cuello dejando dulces besos que no quería que acabasen nunca a pesar de abrasarme la piel.

Sus manos levantaron mi camiseta que se enredó con el sujetador. Volvimos a fundirnos en besos y caricias. Torpemente, con mis dedos temblorosos, le saqué la camisa que llevaba. Me recreé ante la vista que tenía delante mí.

Paseé mis dedos por sus pectorales, rodeé sus pezones y tiré ligeramente de ellos. Seguí con mi recorrido por su suave cuerpo a la vez que él se entretenía en mis pechos.

Me tumbó suavemente en la cama y mis pechos acapararon toda su atención recibiendo lametazos y mordiscos suaves.

El resto de nuestra ropa desapareció. Oleadas de electricidad recorrían mi cuerpo, mi vello estaba erizado y yo solo quería más y más. Estaba descubriendo el paraíso.

Sus manos bajaron por mis muslos, a la vez que las mías le atraían de nuevo hacia mí. Anhelaba sus labios, su sabor, ese baile continuo que tenían nuestras lenguas en busca del poder.

Javier se colocó entre mis piernas y empezó a moverse despacio, rozando mi sexo una y otra vez mientras seguía atormentando mis pezones. Paseé mis manos por su espalda, hasta llegar a sus nalgas, que apreté con ganas.

Él me miró y en sus ojos pude ver amor, deseo y complicidad. Le sujeté la cara con mis manos.

—Despacio, por favor —fue lo único que dije con algo de miedo.

Javier asintió sin dejar de mirarme. Todo era una vorágine de sensaciones que nunca había vivido y que sabía que no querría olvidar. Se separó ligeramente de mí para coger un preservativo del pantalón que habíamos tirado instantes antes. Con una habilidad que me dejó perpleja, se lo puso y volvió a prodigarme caricias y besos que me hicieron enloquecer. Poco a poco fue introduciéndose dentro de mí, sin dejar de mirarme en todo momento. Estábamos conectados, él y yo.

Me dolió, aunque había ido despacio me hizo daño. Se detuvo y empezó a besarme de nuevo, dejando un reguero de besos en mi cuello, y mordisqueó el lóbulo de mi oreja. Las sensaciones que me había provocado hicieron que por un momento me olvidara del dolor que sentía.

De nuevo, dedicó atención a mis pechos y cuando de mi boca se escapó un leve gemido, empezó a moverse lentamente dentro de mí.

Nos besamos, nos acariciamos y me sentí suya.

El ritmo de la penetración cambió de suave a más, hasta que mi espalda se arqueó y sentí que se me había salido el corazón. Como si algo dentro de mí explotase.

Javier se recostó sobre mí y nos volvimos a fundir en un beso. Me abrazó y pude notar su respiración entrecortada y su corazón latiendo fuerte y rápido. Noté un ligero movimiento, pero

sin saber muy bien por qué, me quedé dormida entre sus brazos.

Capítulo 22

Me desperté sola, con la sábana rodeando mi cuerpo desnudo, la persiana no estaba bajada de todo y la luz entraba sin pedir permiso. A mi mente vino todo lo ocurrido la noche anterior. Javier y yo, unidos en un acto que jamás pensé que haría con él. Me toqué los labios recordando todos los besos que nos habíamos dado con pasión.

¿Dónde estaba Javi? Miré a cada lado y en la habitación no estaba. Enseguida me vestí y salí para buscarle. ¿Se habría ido a su habitación? Llamé a la puerta de madera oscura y al no obtener respuesta entré. Allí le veía, la persiana bajada no dejaba entrar nada de luz. Inspiré el aroma de la habitación, olía a su perfume. Salí por miedo a que sus padres me vieran y pensarán que estaba loca al estar ahí, inspirando como si no hubiese un mañana el perfume que impregnaba la estancia y la ropa de mi amigo.

Llegué al salón. Javier venía de la cocina con una bandeja llena de tostadas, mermelada de fresa y queso de untar tipo Philadelphia. Una botella de agua y un tazón de leche con cereales.

—No quise despertarte. ¡Estabas muy guapa!

No sabía qué decirle, opté por sonreír y darle un beso en la mejilla.

—Toca reponer fuerzas —me dijo guiñándome un ojo—. Mis padres ya se han ido a trabajar, así que tenemos la casa para nosotros solos.

De repente sonó el teléfono de mi amigo. Miró la pantalla y con una mirada de disculpa se fue hasta la cocina a atender la llamada. Cuando volvió a mi lado venía exultante. Estaba muy contento y sus ojos irradiaban un brillo especial.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Mi agente —respondió señalando el teléfono—. Que tenemos que reunirnos urgentemente esta tarde.

—Seguro que alguien se ha fijado en ti.

—Eso espero, Lia. Me haría mucha ilusión despegar en este mundo.

Pasamos el resto de la mañana hablando de sus sueños en el mundo del modelaje. Era algo que no me había contado y me había tomado por sorpresa. ¿Desde cuándo quería ser modelo profesional? No voy a decir que no tenía muy buen cuerpo y su mirada pícaro hacía que todo el mundo se fijase en él, pero era un mundo bastante difícil en el que lograr destacar. Yo le deseaba lo mejor, obviamente.

Cuando llegaron sus padres, este les dio la noticia y comimos todos juntos unas pizzas que traían. Me encantaba estar con ellos, la conversación siempre era distendida, pero me fui a casa después del almuerzo para dejar que se prepararan para la cita con Lucía. Javier prometió darme noticias al acabar la reunión.

Nuria estaba con su novio y no podía hablar con ella de lo que había pasado la noche anterior, además, yo misma necesitaba asimilarlo. Había sido algo natural, mágico y romántico, dulce, pero a la vez con mucha pasión. Mi corazón se aceleraba solo de volver a pensar en lo que había hecho con él.

Me metí en la ducha. Sentir el agua recorrer mi cuerpo siempre me había calmado y ayudado a relajarme. Esto era una situación extraña, a pesar de que la había deseado por mucho tiempo, no sabía si Javier quería algo serio conmigo. Él estaba acostumbrado a tener todas las chicas que se

le antojaban y ahora yo había caído en sus redes. Lo quería sí, él no sabía que era yo la de los mensajes en su correo. ¿Sería un premio de consolación?

Me sentía derrotada ante las dudas que me asaltaban. ¿Y si todo era un juego? ¿Y si era una conquista más en su lista? ¿Tendría el valor de preguntarle directamente?

Me tumbé en mi cama. Me empezaba a doler la cabeza y por más vueltas que le daba a todas esas preguntas que me asaltaban, sabía que hasta que hablase con él no obtendría respuesta.

Me quedé dormida y en mi sueño, él y yo volvíamos a ser uno. Estaba de nuevo entre sus brazos, me devoraba con sus labios y yo me dejaba hacer por él.

Las cosas no iban a ser fáciles, sabía que, si quería vivir de nuevo la experiencia, debía dar un paso que no tenía vuelta atrás. Dejaríamos de ser amigos para ser algo más, algo a lo que aún no me atrevía a ponerle nombre.

El despertar fue un poco agrisado, después de soñar con sus brazos me sentí peor de cómo me había acostado. Eso sí, el recuerdo de nuestra noche dibujaba una sonrisa tonta que iba de oreja a oreja.

¡Cómo echaba de menos las conversaciones con Nuria!, seguro que ella alejaba mis malos pensamientos sobre el tema.

Antes de la cena recibí un mensaje de Javier en el WhatsApp.

Javier: Nos vemos a las diez en la cala.

Yo: 🙄

¿Qué me ponía? ¿Era una cita o una salida de amigos? ¿Por qué tanta prisa? Con decenas de preguntas más me puse un vestido blanco ibicenco que había traído mi madre de un viaje.

En media hora llegué al lugar acordado. Me senté en una roca cercana y dejé que mis pies de bañaran con el agua de la noche.

—Siento llegar tarde. Las cosas se han complicado un poco en casa —me dijo después de darme un beso en la comisura de los labios.

—No pasa nada. ¿Ha pasado algo grave? —pregunté nerviosa.

—No, es solo que todo se ha precipitado después de la reunión con Lucía.

—¿Qué tal fue?

—Genial, he conseguido el contrato. Lucía tiene una prima en Estados Unidos que está buscando gente para hacer una película. En la película hay un personaje que es español y le ha preguntado a ella si conocía a alguien y le habló de mí. Lucía ya le había mandado algunas fotos mías y las últimas que hicimos en la playa fueron a petición de ella. Me ha dicho que tengo el papel asegurado, pero que de igual forma debo ir a hacer la audición. También, mientras estoy allí iré a una academia de interpretación y ya tenemos algunos trabajos apalabrados como modelo de marcas de ropa menos conocidas. ¡Estoy muy emocionado!

Me quedé callada, no podía articular palabra. Mientras hablaba se le veía feliz, entusiasmado y con muchas ganas de emprender el futuro que tanto había soñado y me daba la impresión que yo no entraba en él.

—Mis padres van a pedir una excedencia para venirse conmigo, aunque lo más seguro es que los acaben trasladando a una oficina allí. Por eso el revuelo en casa, han tenido que pedir todo apresuradamente y ahora mismo es un caos.

—Me alegro mucho por ti —le dije cuando miró hacia mí esperando unas palabras de

consuelo después de todo lo que me había contado—. Estoy segura de que te va a ir genial. Eres muy listo y sabrás aprovechar tu oportunidad.

Capítulo 23

Estaba desolada. Mi mejor amigo se iba de la isla a otro país y solo Dios sabía si le volvería a ver. ¿En dónde quedaba yo en sus planes? ¿Acaso todo lo que habíamos hecho no era importante? ¿Se iba a ir sin aclarar lo nuestro?

—En un mes nos vamos. Por medio de Lucía y su prima hemos encontrado una pequeña casa cerca de una escuela de arte dramático.

—¡Cuántas cosas habéis hablado en un par de horas! ¡Sí que os cunde el tiempo!

—La verdad es que fueron unas horas muy productivas.

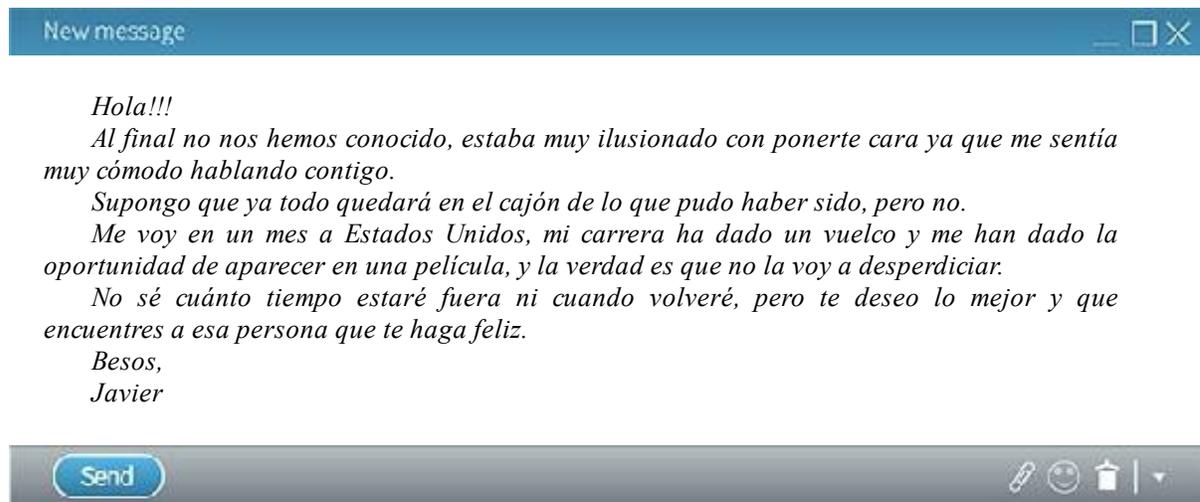
—Ya veo.

Intenté sonreírle y puse mi mejor cara mientras él soñaba despierto con su nueva vida. Una que pronto vería realizada.

Volvimos a nuestras casas después de darnos un par de besos castos en cada mejilla. ¿Por qué no había hablado? ¿Por qué no le había pedido explicaciones de lo nuestro?

Cené sin ganas, revolviendo la comida en el plato y al final me acosté después de dar las buenas noches a mi madre.

Miré al ordenador, igual podía mandarle un mensaje a Javier y decirle que se quedara, que no me abandonase, no sin saber exactamente en qué lugar quedaba yo. Me senté en mi silla giratoria, encendí el ordenador y allí ya había un mensaje de él.



De mis ojos brotaban lágrimas sin parar. Se despedía de mi yo virtual y me deseaba lo mejor. ¡Se iba para no volver!

*

Las siguientes semanas las pasé encerrada en mi habitación, no quería hablar con nadie a pesar de los insistentes mensajes de Nuria y Chechu para tomar algo y despejarme. Javier no me

había mandado ni un solo mensaje y eso acrecentaba mi sensación de que yo no era nadie importante para él. ¿Ahora que ya había conseguido acostarse conmigo se olvidaba de mí? ¿Era su nuevo trofeo? ¿No se daba cuenta de que le había dado lo más importante? ¡Mi corazón, mi alma y mi virginidad!

Mi alma estaba rota. Ya nada tenía brillo y me regodeaba en mis pensamientos oscuros. Mi madre había conseguido retrasar mi incorporación a las prácticas de empresa por enfermedad. Había conseguido que aceptara ir al médico después de dos semanas encerrada en mi habitación en las que solo salía para comer. Ella esperaba que solo fuera una fase al igual que la médica, pero sabía que algo se había roto en mi interior.

El grupo de WhatsApp se llenó de felicitaciones para Javier, ánimos para su nueva etapa y de la organización de una fiesta de despedida a la cual yo no confirmé mi asistencia ni me involucré en su organización. ¡Que se fuera ya! Cuanto antes me hiciera a la idea de que él no sentía lo mismo por mí, menos sufriría a largo plazo. Sí, ahora estaba mal y no quería pasarlo peor viéndole marchar en el aeropuerto destino a un país con el que teníamos seis horas de diferencia horaria.

Llevaba tres semanas y unos días encerrada cuando Nuria entró en mi habitación y me obligó a levantarme.

Alzó la persiana, abrió la ventana y el aire fresco que yo había desterrado de mi habitación entró a raudales. Me tapé con la sábana esperando que entendiera mi negativa a estar con gente.

—Es hora de que te levantes, cojas el toro por los cuernos y vayas a por lo que quieres. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero esta no es la solución a lo que sea que haya pasado.

—¡No quiero!

—¡Levántate! ¡Vístete! ¡Y pon la mejor cara que sepas!

—¡Qué no!

Nuria se sentó a mi lado en la cama, me quitó la sábana de la cabeza y me obligó a mirarla. Suspiró y me abrazó.

Lloré, lloré como un bebé cuando le quitan el chupete. No quería estar sin él y, en cambio, él parecía muy contento con marcharse.

Le conté a Nuria todo lo que había pasado entre hipidos. Mi amiga se quedó con la boca abierta mientras yo era incapaz de dejar de llorar. Me picaban los ojos, sabía que estaban rojos y ya no había pañuelos que taparan el grifo que se había abierto. Pero con cada lágrima que brotaba y resbalaba por mis mejillas, me sentía un poco mejor.

—En dos días es la fiesta de despedida. Es tu momento.

—¿Qué voy hacer? ¡Él es feliz!

—Ábrele tu corazón de una maldita vez, Lía.

—Pero...

—Ni peros ni peras... ¡Lánzate de una vez!

Trazamos un plan, era el todo o nada según Nuria, aunque yo no lo tenía tan claro, lo intentaríamos.

¡Dos días para el fin!

Capítulo 2 4

El grupo de WhatsApp echaba humo. Hablaban de la fiesta, recordaban el restaurante y concretaban la hora en la que quedar todos juntos.

Yo leía lo que ponían pero nunca contestaba. No quería ir y esperaba que Nuria cambiara de opinión.

—¡Como no vengas, voy a tu casa y te llevo de las orejas! —me amenazó.

¿Qué iba a hacer en una fiesta en la que se decía adiós a la persona que amaba? ¿Cómo iba a sonreír cuando solo quería llorar?

Era un mal día, muy mal día. Cada noche había tenido la misma pesadilla cuando lograba conciliar el sueño. Corría, lo más rápido que podía, pero nunca llegaba a agarrar la chaqueta de mi amigo. No podía parar su marcha. Gritaba su nombre una y otra vez, esperando que él se diera la vuelta y que se parara. Nunca lo hacía.

No tenía ganas de ir a esa maldita fiesta y verlo irse de verdad. No soportaba la idea de que fuera tan poco importante para él, aunque en cierta manera le entendía. Él solo buscaba su futuro y aún era joven, ¿para qué preocuparse por los amores?

Quedaban dos horas para la fiesta cuando Nuria entró por la puerta con el ceño fruncido.

—¿No piensas ir? ¡Vístete!

—No.

—Vamos a demostrarle a ese cabezota lo que se pierde.

—No se pierde gran cosa.

Después de escuchar su retahíla sin ganas, decidí vestirme para no volver a escuchar su discurso.

Me puse el vestido rojo escotado que me tendía con una amplia sonrisa. Unos zapatos de tacón negros y después de una sesión de maquillaje y peluquería por su parte, me dijo: ¡Estás arrebatadora!

Me miré en el espejo y de verdad estaba muy guapa, pero ¿de qué servía? ¡Se iba a ir!

—Hoy es tu oportunidad, no la desperdicies. Dile todo lo que sientes, cabezota.

Asentí sin ganas. Sería muy bonito poder estar juntos, que me dijera que me amaba como yo a él, que seríamos felices y nos veríamos todas las semanas. Que, a pesar de la distancia, todo iría bien, para eso estaban las nuevas tecnologías. Nada saldría mal. El amor es un lazo fuerte que une a dos personas.

Llegamos al punto de encuentro y todos me halagaron por lo guapa que iba. Javier solo se acercó y me dio un beso en la comisura de los labios. ¿No iba a decirme nada?

Fuimos a cenar, comimos y reímos como si fuera una reunión más. Como si fuera el cumpleaños de Javier, ya que todos les daban regalos de despedida. Yo no le había llevado nada y aunque todos me miraron esperando ver mi regalo, cambiaron de tema rápidamente al ver que me encogía de hombros y miraba hacia mis piernas.

Después nos fuimos al bar de siempre, tomamos unas copas y jugamos un par de partidas y en una de ellas gané a Javier. ¡Toma ya!

Ya empezaban a hablar de cambiar de lugar y no tenía muchas ganas de seguir con la fiesta.

Javier no me había hecho caso en toda la noche, me sentía fuera de lugar a pesar de que muchos chicos venían a pedirme bailar.

Nuria me obligó a levantarme de la silla en la que estaba postrada. Bailamos juntas, ella intentaba animarme y que pusiera una preciosa sonrisa que ahora estaba escondida.

—¡Venga, ánimo!

—No puedo.

Un chico muy guapo se acercó a nosotras. Era alto, rubio y de ojos marrones, casi me esperaba que los tuviera verdes, pero no.

—¿Quieres bailar? —me preguntó justo cuando empezaba a sonar una canción lenta.

Iba a responder que no cuando Nuria me tiró a los brazos del desconocido. Choqué contra sus pectorales. Miré hacia el suelo con vergüenza. ¿No podía haber sido un poquito más sutil?

El chico me agarró y empezamos a movernos al ritmo de la música. Poco a poco la música me envolvió y me dejé llevar. Apoyé mi cabeza en su hombro, cerré los ojos y por una vez en varias semanas, disfruté.

Al terminar la canción y ver la cara de pocos amigos de Javier, decidí marcharme. Ya había cumplido con Nuria y se estaba haciendo tarde.

—¿A dónde vas? —me preguntó Javier.

—A casa. Es tarde.

—La noche acaba de empezar, mujer.

—Prefiero ir a casa.

—Pues te acompaño.

Nos despedimos de todos e hicimos el camino a casa en silencio. Estaba nerviosa, ahora que estábamos solos podría hablar con él. Decirle lo mucho que me molestaba la situación y sobre todo que no hiciese nada por verme cuando a mí se me había caído el alma a los pies como si fuera un castillo de naipes.

Llegamos a mi portal y le di dos besos para despedirme.

—Ya nos veremos, supongo. Te deseo lo mejor en tu viaje.

Javier se inclinó ligeramente y me besó. Sus labios presionaron los míos con ardor para enseguida abrirse paso para jugar con mi lengua. Se retorcían, danzaban y gemí cuando sus manos se posaron en mis pechos.

Me separé como pude de él. No quería que volviera a pasar sin saber lo que sentía de verdad por mí.

—Para, por favor. Yo... —suspiré—, no puedo seguir con las dudas. Han pasado cosas, que para mí son importantes.

Me callé, iba a abrirle mi corazón como había dicho Nuria tantas veces, como había confirmado Chechu, esto solo tenía dos caminos y tenía que dar mi paso hacia uno de una vez por todas. Solo esperaba que él hiciese lo mismo y me dijese que me quería a su lado.

—Yo nunca he estado con otro chico antes de ti, ha sido algo especial para mí porque yo... —volví a hacer una pausa—, yo siento algo por ti desde hace mucho tiempo, siempre me lo he negado. He intentado olvidar lo que sentía, quedarme como una buena amiga a tu lado y ahora que damos un paso más, tú te vas y no sé si volverás. ¿Tú sientes por mí lo mismo que yo?

Le miré con ojos suplicantes. Les pedí a los dioses, hadas y todo ser sobrenatural, que él me quisiese como yo. Qué para él no fuera una amiga más o una con derecho a gozar de su cuerpo. Yo quería ser su compañera en la vida.

Capítulo 2 5

Estaba muy nerviosa. Parecía que pensaba lo que iba a responder, como si buscara las palabras adecuadas, y en ese momento me temí lo peor.

Me acerqué a él, despacio. Le agarré del cuello y usé mis armas de mujer. Le besé, suave, con todo el amor que tenía dentro de mí. Enredé mis dedos entre su cabello y apreté con fuerza hacia mí para que él se implicara en ese beso que había iniciado.

Javier me abrazó y apretó mi cuerpo contra el suyo. Sus dedos recorrieron mi espalda. Sentí un escalofrío que me recorrió entera. Solo él era capaz de hacerme sentir eso, incluso solo con pensar en besarnos conseguía sentir más cosas que con ninguno.

Nos separamos lentamente, aún podía sentir el escalofrío por todo mi cuerpo. Me besó el cuello y mordisqueó mi lóbulo para luego recorrer con su lengua el contorno de mi oreja.

Suspiré. ¿Por qué este hombre me alteraba de esa manera? Nunca había pensado en el sexo y desde que lo habíamos hecho, no me lo sacaba de la cabeza. Quería estar con él a todas horas en la cama y sentirme única.

—Lia, esto es complicado.

Empezaba mal. ¡Así no!

—Eres mi amiga desde que tengo uso de memoria. He vivido cosas contigo que jamás he compartido con nadie más, pero...

¡Ahí estaba! El maldito, pero. ¡Pero nada!

—No estoy enamorado de ti.

Mi alma se cayó al suelo. ¿En serio acababa de decirme eso? ¡No me amaba! ¡No le gustaba!

—Te deseo lo mejor en Estados Unidos.

Me di la vuelta y aproveché que salía una vecina por el portal para entrar velozmente. Ya había quedado todo claro y no quería que él me viera llorar. Me había hecho creer que le gustaba o, tal vez, yo había creído que había algo más.

Me encerré en mi habitación de nuevo. Lloré, sollocé como no lo había hecho anteriormente. Si hace unas semanas creía que no podía hacerlo más, estaba muy equivocada. Ahora ya sabía a ciencia cierta que él no me amaba. Qué solo era su amiga, una amiga con la cual tener sexo como si fuera lo más normal del mundo. El problema es que para mí no lo era.

*

Un mes después...

Había empezado a escribir en mi diario poemas. Poemas que desvelaban mi estado de ánimo, oscuros y llenos de dolor.

No cogía el teléfono a nadie y mi madre me decía que estaba exagerando. Qué no era para tanto y que tendría muchos desengaños como este a lo largo de mi vida. ¿En serio? ¿Cómo me iba a volver a enamorar después de lo que había sufrido con Javier?

Aún pensaba en él. Había evitado escribirle a pesar de ver sus redes sociales y lo bien que lo

estaba pasando en su nueva vida. Con sus clases de interpretación, sus sesiones de fotos y enseñando ese cuerpo que disfruté una vez. Una sola vez fue mío y no lo olvidaría en la vida.

Mi médica me derivó a la psicóloga. La chica era muy agradable, siempre tenía una sonrisa en la boca. Paloma me pedía que le contase lo que me pasaba y las primeras sesiones mi respuesta fue nada.

Nuria y Chechu habían venido a casa, estaban muy preocupados por mí y al ser sábado por la tarde no trabajaban. Habíamos decidido ver películas de comedia para reírnos un poco que como ellos decían: «buena falta te hace».

—¿Qué tal va todo con tu chico? —Quiso saber Nuria.

—La verdad que nos va muy bien. Ha sido difícil dar el paso, pero desde entonces estoy viviendo los mejores meses en mis últimos años. Es muy comprensivo, da unos masajes en los pies increíbles. Cuando llego cansado a casa y él viene a verme, se sienta a mis pies y empieza a hacer su magia. Mi madre está encantada con él, le parece muy buen chico y como dice: «mientras te haga feliz, le querré». A veces se queda a dormir un rato en casa y se va a media noche como si fuera mi cenicienta particular. Espero que esto siga por mucho tiempo más.

Mis amigos me observaron y se callaron al instante. Yo levanté la cabeza y les miré con mis ojos a punto de soltar esas lágrimas que a duras penas retenía. Me alegraba muchísimo por mi amigo, le deseaba toda la felicidad del mundo, pero yo también quería ser feliz. Feliz con Javier.

—No pierdas la esperanza —me dijo mi amiga.

—Nunca sabes que puede pasar. La vida tiene una manera retorcida de enseñarnos ciertas cosas —sentenció Chechu.

Aleje los pensamientos tristes y nos pusimos manos a la obra para empezar nuestro plan de tarde de fin de semana.

Hicimos palomitas, llevamos refrescos al salón y empezamos a ver la película. Mi móvil sonó. Una notificación de Facebook. Javier había cambiado de imagen de perfil. Estaba con una chica rubia de ojos azules despanpanante. Ella le besaba y él la abrazaba.

No sé cuántas veces pensé que mi corazón estaba roto, pero volvió a partirse una vez más. ¿Cuánto puede fragmentarse un corazón? ¿Alguna vez tendría cura?

Me disculpé con mis amigos y les dije que iba al baño. Cerré el pestillo y me senté en la tapa del váter.

Los recuerdos con Javi afloraron de lo más oscuro y profundo de mi ser. Los momentos que había relegado al olvido se abrían paso con fuerza para hacerme llorar de nuevo. Recordé sus besos, sus caricias, su mirada llena de amor que ahora ya no sería para mí y, sobre todo, que sabía que había sido mentira.

Me sentía utilizada, agotada, deprimida, sin ganas de seguir con el día a día y todo porque me enamoré hasta el tuétano y ahora nada de lo que había imaginado iba a pasar. La culpa había sido mía por creer en lo que me decían, que él y yo teníamos algo cuando él mismo había dicho que no me amaba.

Mis sueños, mis ilusiones, todo se había ido al traste y ya nada volvería a ser como antes. No quería vivir de esa manera, apagada, sin esperanza ante un futuro.

Abrí el agua caliente de la bañera. Con la ropa puesta me metí en ella cuando estaba medio llena. Me recosté y miré el techo. El agua poco a poco me fue relajando, fue entonces cuando vi la cuchilla, brillando y llamando mi atención.

Me acerqué y la tomé en mis manos. ¿Por qué brillaba tanto? La acerqué a mi muñeca y corté profundamente.

La sangre no tardó en brotar y mezclarse con el agua tibia que rodeaba mi cuerpo.

Allí me abandoné a los recuerdos. La última imagen que pasó por mi mente, fue Javier besándome antes de decirme que no me amaba.

Capítulo 26

Mientras, en el salón

Mientras Lia se ausenta, paramos la película para que ella no se pierda nada. Enseguida Chechu y yo comenzamos a hablar de nuestras parejas.

—Me alegra que a ti también te vaya bien con este chico. Se le ve agradable, además, tiene mucha labia. Seguro que te cuenta buenos chistes que te hacen reír —comentó Chechu.

—La verdad que me hace muy feliz. No me da masajes en los pies, como el tuyo, pero es muy atento, alguna vez que me he quedado a dormir en su casa, me ha traído el desayuno a la cama como en las películas de romance americanas. Él quiere ser un gran mecánico y tener su propio taller, sé que lo conseguirá. Todo lo que se propone lo consigue, sino mírame.

—Ya te miro y te veo radiante.

—Es cosa de él. Recuerdo cuando empezamos a hablar, como amigos, siempre con bromas, salidas divertidas e inesperadas. Hablábamos muchísimo, de todo lo que se nos ocurría; incluso, del típico: «¿A qué huelen las nubes?». Me sorprendí reviviendo juegos infantiles a su lado y me sentí bien.

—¿Juegos infantiles? —preguntó Chechu riéndose.

—Sí, el típico de mirar las nubes y decir la forma que tienen —le respondí mientras me tapaba los ojos con un poco de vergüenza.

—Bueno, eso es que es amor de verdad. Mi chico y yo no hemos jugado a eso, pero sí que nos vamos a nadar en el mar y hemos empezado a tomar clases de buceo. ¿Quién sabe si acabamos descubriendo un tesoro?

—Oye, pues parece divertido. Si encuentras un tesoro, no te olvides de nosotros cuando te hagas millonario.

—Prometo que, si encuentro un collar de perlas, te lo regalo.

—¡Genial! Luego me haré famosa yo por llevar un collar antiguo y quién sabe si tan caro como una casa.

—¿No crees que Lia tarda mucho en el servicio? —Cayó en la cuenta Chechu.

—La verdad que sí. Voy a preguntarle si necesita algo.

Me levanté y fui hacia el baño. Con los nudillos llamé a la puerta seguido de un tímido «¿Lia?».

Pegué la oreja a la puerta para escuchar algún ruido. Todo estaba en silencio.

—¿Lia? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Esperé un par de minutos y volví a llamar a la puerta. Llamaba a mi amiga y no me respondía, ¿Qué habría hecho esta mujer?

—¿Chechu? ¡Lia no contesta!

Empecé a llamarla más insistentemente. La puerta comenzaba a moverse y fue cuando me fijé que estaba con el pestillo echado. Una sensación de urgencia me invadió.

—Chechu, ¡ayúdame!

Entre los dos tiramos la puerta abajo y entramos atropelladamente en el baño. Allí, en la

bañera, estaba mi amiga con algo rojo en el agua. Me acerqué y vi que era sangre lo que salía de sus muñecas y se mezclaba con el agua que ya estaba fría. ¡Pero qué locura era esta!

—Llamo a la ambulancia —dijo mi amigo sacando el móvil del bolsillo de su pantalón.

Presioné la muñeca de Lia, mientras Chechu daba las indicaciones necesarias a los servicios de urgencia. Luego buscó entre los cajones unas gasas y vendas. Teníamos que parar la hemorragia.

—Llama a sus padres. Tendrán que venir al hospital.

La médica de la ambulancia llegó a mi lado y me dijo que soltara las muñecas de mi amiga, que no pasaría nada. Ella estaba allí y no dejaría que se desangrara. Un poco más tranquila y convencida de que haría un gran trabajo, las solté encima de sus piernas. Un hilo de sangre empezó a brotar de nuevo pero aquella chica, enseguida lavó las heridas con suero y las vendó para que dejaran de sangrar.

Nos explicaron que se llevarían a Lia para hacerle pruebas y ver que no tenía anemia, pues no sabíamos cuánta sangre había perdido por ambos brazos.

Yo lloré y le agarré la mano a mi amiga en la ambulancia de camino al hospital. Chechu me dijo que nos veríamos allí, iría en un autobús para no dejarme sola hasta que llegasen los padres de Lia. Nos pusimos en marcha y la sirena sonó atronadora, anunciando un destino poco favorable.

Capítulo 27

Me desperté en la habitación de un hospital. Todo blanco, con gotelé en las paredes y una televisión vieja en un pedestal apagada. ¿Qué hacía allí? Lo último que recordaba era estar entre los brazos de Javier, besándonos.

Por la puerta entró Nuria con un zumo de melocotón en las manos. Se sentó en la silla a mi lado y me miró con el ceño fruncido. Estaba enfadada.

—¿Estás loca? ¿Tu cabeza no funciona bien?

—No estoy loca.

—Lia, ¿Por qué cojones te has hecho esto? —preguntó levantándome la muñeca izquierda que tenía una venda de compresión.

—Esto...

Miré las vendas en las muñecas y esperé a que mis recuerdos volviesen. ¿Por qué lo había hecho? La imagen del Facebook de Javier con otra chica acaramelados entró con fuerza en mi mente. Las lágrimas volvieron a brotar igual que minutos antes de que hiciese la locura que ahora me tenía en el hospital.

—Él tiene novia. Subió foto a Facebook. Se les veía tan enamorados.

Nuria esperaba a que siguiera hablando. Me conocía muy bien y sabía que hasta que no dijera todo lo que escondía dentro de mi corazón no volvería a estar tranquila.

—Siento que solo he sido un juguete en sus manos. Uno que ha ido por voluntad propia, pero porque lo que siento por él es tan fuerte e intenso que me duele solo de pensarlo. Le abrí mi corazón y lo pisoteé para luego irse sin ningún remordimiento.

El silencio se instaló en la habitación. Mi amiga me miró con dulzura y me cogió de las manos para darles un beso.

—Parece que estamos en un punto sin retorno, o avanzas, aunque sea a ciegas o te quedas aquí rodeada de oscuridad y soledad. Sé que no es fácil ver la luz entre las tinieblas, pero, si te fijas bien, lograrás ver un puntito blanco a lo lejos, llamándote.

Vete hacia él y disfruta de ese paraíso prometido en el que encontrarás a pocos elegidos.

Sé que ahora no te ves como yo te veo a ti, pero tienes algo que te hace brillar en las sombras por eso sé que tu destino no es este. Levántate y lucha por tu paraíso, por tu tierra prometida y alcanza tus sueños. Mírate bien y descubre esa parte de ángel que pretendes ocultar y que yo, que te conozco muy bien, te he visto.

Me quedé atónita ante lo que acababa de decir mi amiga. Ella sabía de mi oscuridad, pero ¿dónde estaba mi luz? Todo se había apagado. Él era el que brillaba y yo me aprovechaba de ello, ahora no existía la luz. El sol se había ocultado para no salir jamás, aunque una parte de mí sabía que Nuria tenía razón.

Mis padres vinieron antes de la cena, para hacer el relevo de Nuria que no me había dejado ni a sol ni a sombra desde que había llegado. Después de las reprimendas me dijeron que tenía que volver con la psicóloga cuanto antes y que esta vez tenía que ser sincera y hablar con ella para que pudiera ayudarme.

*

Dos meses después...

Paloma y Nuria me abrieron los ojos. Lo que había hecho era una estupidez.

Me había dolido mucho saber que él estaba con otra, que sus brazos ya no los podría disfrutar y sobre todo de que con ella no se escondía para besarla, la mostraba al mundo. Todo lo que había anhelado lo tenía ella, su cuerpo, sus labios, su corazón y su tiempo.

Había actuado como una niñaata, impulsiva y sin pensar en lo que podría acarrear mi decisión, de a cuanta gente podría hacer daño. Lamentaba haberles dado semejante susto a todos. Con su apoyo, su alegría de vivir y la terapia con Paloma, conseguí poco a poco fijarme una meta y volver a la normalidad.

Empecé las prácticas de empresa y me iba bien en ellas. La jefa era muy amable, siempre con una sonrisa en la boca. Teníamos buenos momentos a pesar de todo el trabajo que había. Las clientas eran muy agradables y me daban muchos ánimos para continuar allí día a día. Aprendía un montón y estaba segura de que esta nueva etapa era especial. Sabía que no me quedaría a trabajar en la empresa, pero no porque mi jefa no quisiera, sino porque tenía otra meta. Estudiar en el instituto un Bachiller de adultos, la universidad me esperaba.

A pesar de lo vivido con Javier, estaba segura de que encontraría el hombre adecuado para mí. Ese que me hiciese sentir especial y que estaría siempre a mi lado. Un compañero en este viaje de la vida.

Capítulo 2 8

Nueve años después...

Lo que había pasado en mi juventud, no fue difícil de olvidar y relegar a un oscuro rincón de mi alma.

Nunca dejé de seguir a Javier en sus redes sociales. Me alegraba de sus éxitos y que su carrera despegara, a pesar de que nunca volvimos a vernos.

Él acabó casándose con la chica de la foto, que luego descubrí que se llamaba Allyson. Tuvieron unas preciosas gemelas con nombres muy comunes allí, aunque aquí sonaba muy raro que a tus hijas les pusieras de nombre «Manzana» o «Abril». Suponía que al ser en inglés le daba otro caché y sobre todo que para ellos era lo más normal del mundo; como aquí llamarse «Rosa» o «Violeta». Cada país con sus rarezas.

Yo seguí mi camino alejado del suyo. Me convertí en ayudante de mi psicóloga al terminar mis cuatro años de carrera. Íbamos a institutos a dar charlas de educación emocional y sexual. Para mí era importante que las nuevas generaciones supieran que, aunque pensarán que no podían vivir sin el chico con el que estuvieran, había salida y sobre todo que encontrarían a otro que las amase de verdad por lo que les hacían sentir a su lado y no por sus pechos. A parte de esto, Paloma, había creado una asociación para la mujer con depresión a la cual solía acudir a hablar de mi experiencia.

Ahora, después de tanto tiempo, soy completamente feliz. Tengo un marido que me apoya en toda esta lucha. Me hace sentir querida y, sobre todo, camina a mi lado de la mano.

Diego es ese ser especial que te envía cupido y no te das cuenta. Su amistad en todo el proceso de curación fue muy importante para mí. Cada vez que me escapaba a ver a mi prima, le avisaba y nos pasábamos horas paseando por la orilla del río, hablando del futuro y de lo que deseábamos.

Una de esas salidas que nunca olvidaré, fue cuando ya me había licenciado. Habíamos ido a pasar unos días con la familia porque era la celebración del compromiso de mi prima Julia. Llevaba un par de años saliendo con Tomás, un chico trabajador que siempre tenía buenas palabras para todos a pesar de su semblante serio. No habían dudado en ningún momento de que el uno era para el otro, que ellos serían compañeros de viaje para lo que les quedaba de vida.

Después de la cena, de un buen trozo de tarta y tomar unos chupitos de licor café, Diego me propuso ir a pasear por las cercanías para ayudar a la digestión de todo lo que nos acabábamos de comer.

Terminamos en su casa. Abrió la puerta y entramos en un pequeño salón. Nos sentamos en el sofá y Diego cogió la guitarra que tenía a su lado.

—¿Sigues tocando? —Quise saber.

—De vez en cuando, para no olvidar como se hace.

Puso sus manos en el traste y apoyó el cuerpo de la guitarra en su pierna. Unos acordes suaves y lentos empezaron a resonar. No había letra, no cantaba, solamente sus dedos danzaban de traste en traste, rasgando las cuerdas, creando una melodía única y, a mi parecer, romántica.

—¡Es preciosa! —dije cuando acabó—. Una pena que no tenga letra.

—La próxima vez que vengas, la tendrá. Una especial, solo para ti.

No sé cuándo me di cuenta de que mi corazón se alteraba al verle y que me ponía nerviosa ante la perspectiva de ir al cine con él. Tardé mucho en decidirme a abrir mi corazón, ya le habían hecho mucho daño y no quería sufrir de nuevo.

Diego decidió venir a trabajar a mi isla después de pasar meses y meses hablando solo por el teléfono y viéndonos una vez cada varios meses. Me alegró ese cambio de planes por su parte, así que empezamos a vernos con más asiduidad. Disfrutaba enormemente de su compañía. Con él había vuelto a sonreír, se me instalaba esa sonrisa tonta que tan feliz hacía a Nuria.

Nos gustaba ir al cine juntos, al bar a jugar a los dardos con toda la pandilla. Ver que se había integrado tan bien, había sido un alivio. Mis padres estaban encantados de verme de nuevo alegre, con ganas de salir con mis amigos y sabían que Diego tenía que ver en gran medida.

Empezamos a frecuentar un nuevo local, regentado por un conocido de Chechu. Era un bar-karaoke y una vez al año, hacían un concurso de talentos. Diego se presentó ante mi insistencia. Tocaba muy bien la guitarra y me gustaba presumir de su talento ante el mundo.

Interpretó una bonita balada que me dejó anonadada. Ver cómo sus músculos se movían era hipnótico, además de que su voz se colaba en mi corazón. Nunca pensé que una canción de Heavy Metal pudiera sonar tan dulce y atraerme tanto como esa vez. Diego no dejaba de tocar su instrumento musical, y todo el mundo en la sala se quedó en silencio para apreciar mejor la letra de la canción que, a pesar de ser inglés, parecía que todos entendían.

Junté mis manos y las llevé hacia mi pecho que empezaba a latir desbocado. ¿Era la música?

Hubo un momento en que nuestros ojos se encontraron. Me miró fijamente y creí ver un brillo especial, ese que me había parecido ver en Javier antes de que me rompiese el corazón. Moví al cabeza de un lado a otro desechando la idea tan rápido como había venido a mi mente.

Diego siempre tenía tiempo para estar conmigo. Muchas veces venía a buscarme al trabajo e íbamos juntos hacia mi casa. En más de una ocasión se quedó a cenar con nosotros. Creo que mis padres se sentían algo responsables de él al ser un amigo de la familia.

Tan normal empezó a ser para mí compartir mi tiempo con él que terminó a mi lado en las charlas que solíamos dar los fines de semana a adolescentes hormonadas dándome su apoyo cuando recordaba el dolor por tener mi corazón roto, que cada vez era más llevadero. ¿Sería verdad que el tiempo lo cura todo? ¿Había sido el tiempo o Diego quien me había curado?

Con el paso del tiempo, las palabras de Nuria y Chechu volvieron a mi cabeza. Esta vez tenía que ser diferente. Él había conseguido recomponer un poco mi corazón, que me ilusionara de nuevo con el futuro y volviese a ser la misma de siempre. Tenía demasiadas dudas y mucho miedo de que volviese a pasar lo mismo, pero ahora sabía lo que debía hacer, apoyarme en mis amigos, en mi familia y seguir soñando con un futuro feliz.

Un día, me invitó a cenar. Fuimos a un restaurante cercano a la playa en el que se comía muy buen marisco. Conversamos sobre el día, de los planes para el puente que se avecinaba y disfrutamos de una gran velada.

El cielo empezaba a teñirse de naranjas y rojos a la vez que el agua se veía calmada en su vaivén en la playa.

Me acerqué a la orilla seguida de cerca por Diego. Dejé que mis pies se bañaran en esa agua templada y suspiré. Me encantaba estar a su lado y tenía miedo de hacia dónde podía ir la relación que teníamos. De lo que estaba segura es que no me iba a pasar lo mismo. No iba a derrumbarme si la cosa no salía bien.

Diego carraspeó. Me giré hacia él con la puesta de sol quedando detrás de nosotros. El tiempo

pareció ralentizarse era como si el astro rey se negara a desaparecer antes de ver que había tramado el chico que me acompañaba.

—Lia, ya hace unos años que, a pesar de no poner un nombre a nuestra relación, estamos juntos y muy a gusto. Me encanta acompañarte en tu camino, me siento feliz a tu lado y solo espero que me hagas el honor de seguir haciéndolo. ¿Compartirías el camino conmigo?

Sacó del bolsillo un pequeño estuche que abrió delante de mí. Había un anillo de oro con un diamante engarzado. ¡Era precioso!

—Claro que sí. ¡Sí!

Ese, fue uno de los días más felices de mi vida. El día en que me curé, el día en que confié de nuevo y sobre todo el día que me permití ser feliz.

Epílogo

Subí al desván de la casa de mi abuela. Nos tocaba hacer en clase un árbol genealógico. Mucha información ya la tenía, pero sabía que mi abuela había tenido que hacer un trabajo parecido hace ya unos cuarenta años. ¿Acaso no podían inventarse trabajos nuevos?

Rebusqué en los baúles, cajas y libretas que encontré hasta que una pequeña caja de madera, con un troquel me llamó la atención. Lo abrí y allí había una libreta pequeña, unos folios encuadernados, un diario y una carta. ¡Era todo muy antiguo! Bajé todo a mi habitación y me senté en la silla del escritorio. Con cuidado abrí el diario.

No sé muy bien por dónde empezar o cómo escribir en este diario, nunca he tenido uno antes.

Hoy he empezado el instituto y Javier y el resto de la pandilla están conmigo en la misma clase, eso me ha relajado mucho. Empieza una nueva etapa, se supone que tenemos que estudiar mucho y me alegra que ellos estén conmigo, a mi lado para pasar esto.

Nos sentamos todo lo juntos que nos han dejado y exploramos el instituto después de que nos dieran permiso para irnos.

Nuestro tutor es simpático. El resto de la semana iremos conociendo a los demás profesores. ¿Qué tal se me darán los estudios? Esto no es la primaria y hay que estudiar mucho para poder tener una buena carrera, o eso dice mi madre.

Nuria y yo quedamos después de clases para hablar de chicos. A ella le gusta Rubén, es muy guapo, pero apenas lo conocemos. Es nuevo en la isla y no es que haya hecho algo por trabar amistad en el primer día. Yo no tengo especial interés en nadie, quien sabe lo que pasará más adelante.

Pasé un par de páginas y leí:

Javier es mi mejor amigo, siempre estamos juntos y tenemos un montón de cosas en común.

Estoy algo confusa al respecto a mis sentimientos. Cuando él me toca siento chispas y luego estoy más contenta de lo normal ¿Me estaré enamorando de él? Supongo que es fácil confundir la amistad con el amor.

Seguí pasando páginas leyendo por encima algunas hasta que llegé a la última que había escrita.

Después de veinte años de amistad, de haber tonteado con él en las últimas semanas y vivir la experiencia más grande con él. Me dice que no quiere nada conmigo. ¡No lo entiendo!

¿Ocaso Javier se cree que puede besarme cuando le venga en gana sin que pase nada? ¿La noche que pasamos juntos no fue especial para él?

Me siento usada, sucia y despreciable por ceder a algo que sabía que me acabaría haciendo daño. Así estoy ahora, sola, con el corazón roto y el alma destrozada por un amor imposible.

Si pudiera dar marcha atrás, no dejaría que pasara de nuevo aquella noche. No iría a su casa por mucho que deseara estar con él.

Me quedé pensativa. Mi abuela nunca nos había hablado de un tal Javier. ¿Quién era? ¿Por qué había sufrido tanto? Tendría que leer con calma el diario para enterarme mejor.

Cogí la libreta pequeña y observé que había dentro. ¡Eran poemas!

Leí uno:

Noche tras noche
vivo la agonía de tu despedida.
Día tras día
noto tu ausencia en mi vida.
¿Cómo olvidar esas conversaciones?
¿Cómo olvidar todo lo que me hacías sentir?
¿Por qué me has hecho esto?
Solo fui un juego y tarde me enteré.
Enredada en tus mentiras de amor,
ciega a lo que estaba pasando,
loca por tus palabras y caricias,
no vi llegar esta despedida.

Jamás pensé que me podías tratar así.
Nunca quise ver que todo era mentira,
y que las mentiras tienen que terminar alguna vez.

No quise ojear más. Estaba segura que serían todos del mismo estilo.
Me fijé en la carta. Venía de Estados Unidos. ¿A quién conocía allí mi abuela?
La abrí y empecé a leer:

Lia:

Lamento mucho todo el daño que te he hecho. Solo te pido que entiendas la estupidez que tenía en aquel tiempo.

Siempre he sentido algo por ti, me daba miedo acercarme demasiado por todo lo que sentía a tu lado. El problema vino cuando te besé por primera vez.

Tus labios suaves y carnosos se me antojaron más que nunca. Cada vez que te veía no podía evitar pensar en besarlos y hacerte mía. ¡Solo mía y de nadie más!

Cuando recibí tu correo diciéndome que estabas enamorada de mí, me emocioné porque tú sentías lo mismo. Sí, siempre supe que eras tú la que me escribía. No era solo yo el que estaba pasando por esa situación.

Lamento cómo hice las cosas, tenía que haber sido sincero y abrirte mi corazón como hiciste tú. Tenía mucho miedo de que no fuera a funcionar, de que perdiéramos la amistad que nos unía y, al final, la hemos perdido igualmente ante mi idiotez. Pensé que mentirte haría que los dos olvidásemos esto que se nos había ido de las manos.

Espero que puedas perdonarme algún día.

Javier

La curiosidad había entrado en mí para no dejarme pensar en otra cosa que no fuera en ese tal Javier y mi abuela.

Me encerré en la habitación después de cenar y me leí todo su diario, la libreta con poemas y su novela encuadrada. Unas lágrimas recorrieron mis mejillas al saber todo lo que había pasado mi abuela por la tradición de su amigo. Pero a pesar de todo se había repuesto.

La luz entraba por la ventana y yo no había dormido nada en toda la noche. Bajé a la cocina a desayunar para reponer fuerzas. Mi madre estaba poniendo la mesa y mi padre estaba tomando su café con magdalenas. La ayudé y cuando nos quedamos solas le pregunté:

—Mamá, ¿tú sabías lo de la abuela?

—¿Lo qué, cariño?

—Lo que escribió en su diario sobre Javier.

—Sí, cielo. Tu abuela me lo contó cuando cumplí los dieciséis años, es una lección de vida que le gusta que leamos. Espero que te sirva de motivación en tu vida, en lo que está por llegar.

—¿Cuándo pensabas dármelo?

—Cuando cumplieses dieciséis, al igual que ella hizo conmigo.

—¿Habéis vuelto a saber algo de Javier? ¿La abuela le ha visto alguna vez desde entonces?

—Que yo sepa no. Mamá jamás habla de ese hombre. Está muy enamorada de papá y son felices juntos. Ya ves cómo bailan y cantan en las reuniones familiares. Tu abuela no ha dejado de sonreír ni de ayudar a todas esas mujeres que, como ella, han sufrido alguna vez algo parecido.

Me quedé pensando en lo que acababa de decirme mi madre y lo que había leído de mi abuela. Ahora la miraría con otros ojos, ojos de nieta orgullosa. ¡Qué gran labor había hecho!

El amor era difícil de explicar, pero sacaba en claro que era algo que nunca podía anularte. Tiene que hacernos felices, sonreír, soñar, disfrutar de las pequeñas cosas como las canciones, las nubes y hasta de un ramo de flores. Si te hace dudar, llorar, sufrir, gritar y lo único que te aporta es soledad y decaimiento, eso no es amor y nuestro mayor trabajo consiste en diferenciarlo.

Agradecimientos

Esta parte siempre es difícil para mí porque hay tanto que agradecer que tengo miedo que se me olvide alguien por el camino.

Primero quiero agradecer a Nuri que siempre esté a mi lado, que me apoye y sobre todo por todas esas charlas al teléfono de las cuales ha surgido esta pequeña novela.

Azahara Vega, gracias por tu ánimo para que siguiese con ella. Las dudas que tenía han sido muchas y al contarte un poco de qué iba esta novela y que te gustase tanto me animó a seguir con ella.

Isabel, mi tocaya, gracias por tu ayuda en corregir ciertas cosillas para que quedara mejor. Mil gracias y no me olvido de lo que tenemos pendiente.

Yolanda, tú has sido la primera en leer la novela completa. Tu charla hablando de la novela me dio muchos ánimos, la verdad tenía mucho miedo y me quedé contenta después de eso. Has sido el empujón definitivo a esto. Gracias.

Por supuesto quiero agradecer a Paloma, Julia, Cris, Pati, Silvia y Montse, que, a pesar de mis momentos de desaparecer, siempre estáis ahí. Como digo muchas veces, la verdadera amistad es la que puedes desaparecer y volver como si nunca te hubieses marchado, compartiendo risas y momentos divertidos a la par de únicos.

Agradecer a mis Charmed el apoyo incondicional en toda esta locura que es ahora mi vida, por respaldarme y consolarme en momentos de bajón. Os quiero mucho.

A mi madre, de la cual yo he tenido mucha inspiración a lo largo de mi vida.

A Daniel, mi compañero de vida. Gracias por tu apoyo en la locura que es Meiga Ediciones, por estar ahí y ser una parte importante de esta nueva etapa que estamos afrontando.

Por último, pero no menos importante, a ti lector. Agradecerte que hayas leído esta historia, que le dieras una oportunidad y que te quedes con el mensaje oculto que tienen sus páginas.

¡Muchas gracias a todo el mundo!

Biografía



Lizzie Quintas nació en Ourense en marzo de 1989. Desde su tierna infancia descubrió el mundo de los libros, soñando con miles de mundos. Desde pequeña se dio cuenta de la facilidad de escribir y sus redacciones e imaginación en el colegio, dando lugar a descubrir su vocación como escritora.

A los quince años escribió *Amor predestinado* su primera novela que publicó en septiembre de 2014, iniciando así su carrera como escritora. Desde ese momento no ha parado de escribir ha participado en el libro *Treinta relatos y un poema* (2015), en la antología *La vida es bella* (2015) y en la antología *Mi princesa Rett* (2015) estas últimas con fines benéficos.

Amor a través del tiempo es una antología benéfica que Lizzie ha publicado en el año 2016 en

compañía de varias amigas escritoras. *Mi vigilante de la noche* ha sido su segunda novela reeditada en el 2016, en 2017 publicó *Matar el pasado* y *Esquivando el destino* en la editorial Meiga Ediciones.

Ha publicado relatos en la revista digital *Anescris y amigos* y *Athalía y CIA*. La radio Acapulco de México ha leído varios relatos de Lizzie, llegando así a cruzar el charco.

OTROS LIBROS DE LA EDITORIAL



